# TICITAL 12 SUDAMERICANA REVISTA MENSUAL / AÑO I / JULIO 1987 / A 5 / URUGUAY N\$ 530

Ernesto Sabato

Octavio Paz

#### EL ARTE ABSTRACTO

**CENTRAL PARK** 

Torcuato Di Tella/Osvaldo Guariglia/Gregorio Klimovsky

# ¿QUE PASA CON LA UNIVERSIDAD?



Hermenegildo Sábat

**SOBRE TORRES GARCIA** 

E.M.Cioran

**FRACTURAS** 

Rubén Bareiro

PARAGUAY: RETORICA Y REALIDAD

# Cuando una mujer ironiza, los hombres pueden empezar a tener miedo

Doris Lessing siempre ha sido una cronista muy avanzada para nuestra época. Su última novela, LA BÛENA TERRO-RISTA, trata de uno de los grandes problemas sociales de la actualidad, el terrorismo. Nos retrata magistralmente las tensiones e ironías de la protagonista, Alice, una chica rebelde y burguesa, que aprovecha todas las ventajas de la sociedad opulenta pero reniega de ella hasta llegar a combatirla con la violencia. La autora describe la manipulación política, el desencanto de la sociedad y la falta de ideales concretos del mundo actual.

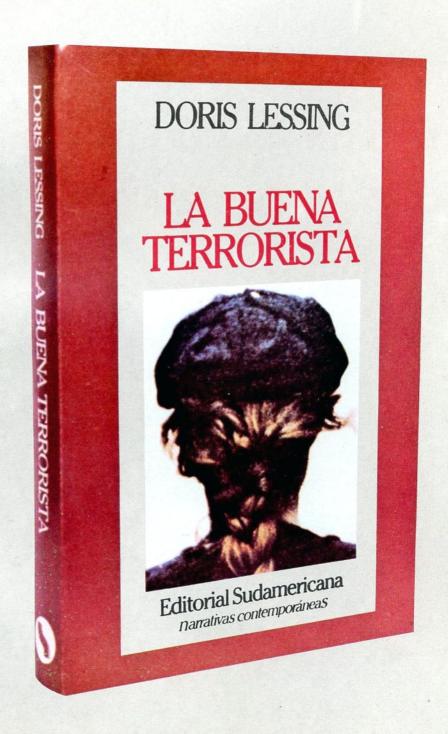
"De esta tragedia a un tiempo desesperada y cómica se sale abatido, pero una vez más lleno de admiración ante el talento de Doris Lessing." Le Monde

"Una de las mejores novelas que he leído en lengua inglesa acerca de la mentalidad del terrorista y la vida interna de un grupo revolucionario, desde "El agente secreto" de Conrad.

> Alison Lurie, The New York Review of Books

"Una novela plagada de situaciones impresionantes y de agudas descripciones de personalidades. Uno de los mejores trabajos de Lessing."

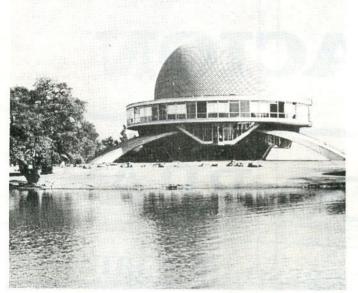
Walter Clemon, Newsweek



Editorial Sudamericana Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

# PLANETARIO DE LA CIUDAD DE **BUENOS AIRES** GALILEO GALILE

Avda. SARMIENTO Y BELISARIO ROLDAN



Con el propósito de establecer un diálogo con posibles civilizaciones extraterrestres, el hombre envía mensajes al espacio infinito. A través del radiotelescopio de Arecibo. en Puerto Rico, se informa sobre la estructura genética de la Tierra, su población y las dimensiones del hombre. También se ha enviado al espacio un disco fonográfico de cobre cubierto en oro con información de nuestra civilización, música y saludos en distintos idiomas, que permitirá preservar por miles de millones de años las características terrestres en otra región remota de la galaxia Via Láctea.

"MENSAJES PARA CIVILIZACIONES **EXTRATERRESTRES**"

Próximo espectáculo AGOSTO - SEPTIEMBRE - OCTUBRE "EL SISTEMA SOLAR"

HORARIO ANUAL DE FUNCIONES

De marzo a noviembre Sábados: 16.30 y 18 Sábados: 18 y 19.30 Domingos: 16.30, 18 y 19.30 Domingos: 18, 19.30 y 21

**ESPECTACULOS PARA ESTUDIANTES** 



Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires

Secretaria de Cultura



LA NACION. Desde 1870 marca el ritmo del periodismo argentino. Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

# Traha Tr

Director: Octavio Paz Vuelta de México

Subdirector: Enrique Krauze Secretario de Redacción: Aurelio Asiain Jefe de Producción: Jaime G. Velázquez

Vuelta Sudamericana

Secretario de Redacción: Danubio Torres Fierro Asesor Editorial: Enrique Pezzoni Coordinador General: Angel Orrego Sotto

Consejo de Colaboración: Adolfo Bioy Casares Natalio R. Botana • Guillermo Cabrera Infante Julieta Campos • Juan Gustavo Cobo Borda Pablo Antonio Cuadra • Haroldo de Campos José de la Colina • Jorge Edwards Salvador Elizondo • Enrique Fierro Juan García Ponce. Jaime Gil de Biedma Pere Gimferrer . Alberto Girri Ulalume González de León • Juan Goytisolo Roberto Juarroz • Juan Liscano Eduardo Lizalde• Enrique Molina Alvaro Mutis · Silvina Ocampo Olga Orozco • José Miguel Oviedo Gonzalo Rojas · Alejandro Rossi Alberto Ruy Sánchez · Severo Sarduy Fernando Savater • Tomás Segovia Guillermo Sucre · José Miguel Ullán Mario Vargas Llosa • Ida Vitale

Octavio Paz Central Park Carlos Fuentes La gallarda de Alechinsky 10 E. M. Ciorán Fracturas Torcuato Di Tella/Osvaldo Guariglia/Gregorio Klimovsky ¿Qué pasa con la Universidad Argentina? Leonardo Sciascia La medicalización de la vida César Aira 25 Los Aragoneses de Famatina Pablo Antonio Cuadra La isla de Los Centauros Claude Lefort Los derechos del hombre y el estado benefactor Danubio Torres Fierro Derechos individuales/Derechos sociales Xavier Rupert de 43 Pudor y pornografía LIBROS José Miguel Oviedo 46 La nieve del Almirante

Sobre el arte abstracto

Ernesto Sáhato

et Oviedo 46 La nieve del Almirante de Alvaro Mutis

#### EL TESTIGO OCULISTA

48

#### LA VUELTA DE LOS DIAS

Antonio Marimón Hermenegildo Sábat: Pintar es una batalla Hermenegildo Sábat 51 Torres García Juan Carlos Onetti Mrs. Marilyn Monroe de Sábat J. G. Cobo Borda 54 El primer Bianco Sergio Bizzio Viel Temperley: Estado de Comunión Luis Chitarroni 60 Voz baja Rubén Bareiro Paraguay: retórica y Saguier 62 realidad

Gerencia comerciai: Editorial Sudamericana, Humberto I 531, Buenos Aires.

Ramón Xirau . Gabriel Zaid

Departamento de Publicidad: Angel Orrego Sotto, Lidia Rey, Carlos Rodrigué.

Oficinas: Humberto I 531, Buenos Aires, Argentina, Tel.: 362-7364 - 7496 - 2128 - 1616 - 1467 - 1332 - 1222.

Distribuidores Capital Federal y Gran Buenos Aires: Brihet e hijos S.R.L., Viamonte 1465, Buenos Aires • Interior: SADYE S.A., Belgrano 355, Buenos Aires • D.G.P., Hipólito Yrigoyen 1450, Buenos Aires • Suscripciones Exterior: Carlos Hirsch S.R.L., Florida 165, 4° piso, Of. 453, Galería Güemes, Buenos Aires. • Taller de Fotocomposición y Películas: Graffit S.R.L. • Impresión y encuadernación: Aleman S.R.L. • I.S.S.N. N° 0326-8187.

Portada: Hermenegildo Sábat: Curiosa deidad maleva.

Las ilustraciones de este número son de Hermenegildo Sá-

TARIFA REDUCIDA CONCESION N° 1316
FRANQUEO PAGADO CONCESION N° 4366

#### ERNESTO SABATO

#### SOBRE EL ARTE ABSTRACTO

L'I texto que ahora reproducimos apareció en la revista cubana Ciclón en 1956. En pleno apogeo del arte abstracto, Sabato vaticinaba la vuelta al arte figurativo. Como aquella revista ya sólo es accesible en muy contadas bibliotecas, lo ponemos aquí al alcance del público lector.

general, de todos los fundadores de escuelas e ismos. Constituyen todos ellos algo así como hombres de acción del pensamiento; seres que, dotados de una gran intuición para lo fundamental, no sufren las infinitas dudas que otros pensadores sienten ante los matices; características que si hace a éstos más sutiles para percibir las finezas de la realidad los inhabilita, en cambio, para registrar las grandes líneas de fuerza, como esos sismógrafos demasiado sensibles —adecuados para los temblores casi imperceptibles— que saltan y son desquiciados por los grandes terremotos, sin poder registrarlos. Estos matizadores de las ideas son los que luego enriquecen, con arabescos y esfumaturas, el planteo un poco brutal de aquellos pioneros del análisis, hasta que las grandes y vigorosas líneas quedan de tal manera atenuadas, divididas y borradas que se impone la tarea de un nuevo espíritu esquemático que revigorice el dibujo ideológico; de la misma manera, y por causas psicológicas análogas, que al desmenuzamiento, y por causas psicológicas debía suceder el constructivismo de Cézanne.

No considero injusto colocar a Wilhelm Worringer en esa clase de espíritus esquemáticos. Sus ideas sacudieron la estética del siglo XX y replantearon el problema de las artes plásticas a una luz intensa y aleccionadora. Sus defectos capitales, a mi juicio, son dos: el primero, que pone en un sólo saco todas las manifestaciones del arte abstracto, tratando de explicarlas siempre mediante su hipótesis central; y segundo, que juzga rectilíneamente problemas que son dialécticos y zigzagueantes.

No es necesario recordar *in extenso* las tesis capitales de Worringer. Bastará recordar que para él existen dos artes opuestos —el abstracto y el naturalista—, no por causas de mayor o menor dominio técnico, ni por una más o menos

Cierto vigoroso esquematismo constituye la fuerza —al mismo tiempo que la precariedad— de Marx, Freud y, en general, de todos los fundadores de escuelas e ismos. Constituyen todos ellos algo así como hombres de acción del pensamiento; seres que, dotados de una gran intuición para lo fundamental, no sufren las infinitas dudas que otros pensadores sienten ante los matices; características que si hace a éstos más sutiles para percibir las finezas de la realidadores de escuelas e ismos. Constituyen todos ellos algo así como hombres de acción del hombre y el mundo, como en la gran época de Pericles, la tendencia a la abstracción ocurre en civilizaciones cuya actitud espiritual es completamente opuesta y en las que prevalece un sentimiento de separación, de discordancia, de desarmonía entre el ser humano y la naturaleza, tal como acontece entre los egipcios.

Las ideas de Worringer proyectan una intensa luz sobre las manifestaciones artísticas de pueblos y civilizaciones que habían sido juzgadas, con una mezcla de candor y arrogancia, como estadios preparatorios y defectuosos del gran arte naturalista europeo. Pero es lícito acusar a

Worringer de un fuerte esquematismo.

El solo análisis del mundo griego basta para comprender hasta qué punto las tesis de Worringer han de ser tomadas con infinitas precauciones. Las fuerzas del espíritu no actúan jamás en una sola dirección sino que, manifiesta u oscuramente actúan sobre ellas las fuerzas antagónicas de modo que la superficie de una cultura es siempre móvil; y aún cuando parezca tranquila o apenas estremecida -como en la gran época de Pericles—, corrientes profundas crean lo que podría llamarse el mar de fondo de una civilización. Así en el momento mismo en que la cultura helénica parece culminar en el espíritu de olímpica serenidad, en el instante en que -según los acreditados lugares comunes- parecen reinar el equilibrio, la gracia, la medida y la proporción, en ese instante en que, como nunca en la historia, el hombre y el mundo parecen profundamente reconciliados, en ese mismo instante ejemplar de la cultura, a pesar de esas manifestaciones externas (y en rigor por las mismas causas) tremendas fuerzas agitaban el fondo del alma griega, de modo que mientras Sócrates aconsejaba —et

pour cause — la proscripción del cuerpo y sus pasiones, en do. Al comienzo, la concepción del hombre esencialmente

¿Cómo conciliar este dramático dualismo del alma Lugares Comunes? ¿Y hasta dónde puede creerse en esa arel arte naturalista de la Venus de Milo, mientras que luego (o simultáneamente), mediante esa dialéctica de las fuerzas contrarias, creó monstruos tan desmesurados como Las la abstracción la única manera en que el espíritu insatis- ria y, en particular, el desarrollo contradictorio de la exprefecho y angustiado se revela sino, y con suma frecuencia, el sión artística. romanticismo o el expresionismo. Que es una de las críticas fundamentales que pueden hacerse a la teoría de Worringer y, sobre todo, a la de su discípulo Hulme en el análisis que éste hace del arte renacentista y moderno.

Como si esto fuera poco, precisamente en esos mismos griegos que practican el naturalismo surge la abstracción. sobre la base de razón pura y geometría, fundamento de todo el racionalismo occidental y de toda la ciencia positiva. ¿Cómo compaginar esta nueva y trascendentalísima forma de la abstracción con la tesis de Worringer? Y como si eso no bastara y la confusión aún fuese insuficiente, obérvese que la abstracción racionalista de los platónicos tiene en parte raíces egipcias, a través del pensamiento pi-

tagórico y su teoría de los dos mundos.

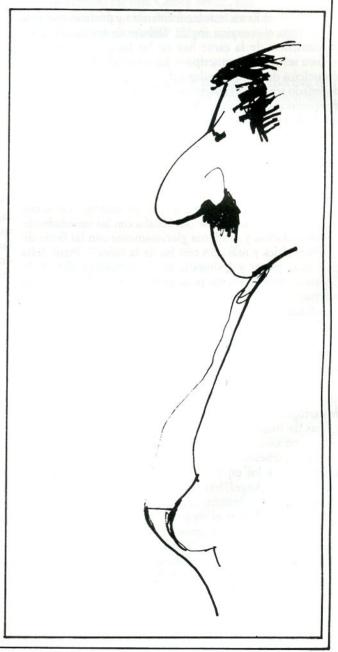
Con ellos se inicia en Occidente esa dualidad que constituye uno de los rostros de nueva visión del mundo, esa mezcla de misticismo y racionalismo, de éxtasis y geometría que, pugnando con el espíritu existencial, perdura hasta hoy y se manifiesta en algunas expresiones platónicas

del arte abstracto de nuestro tiempo.

Según Hulme, epígono de Worringer, hay dos grandes períodos en Europa: la Edad Media y el Renacimiento. En el primero se cree en el pecado original, en el segundo no; todo lo demás nace de esta enorme diferencia. En la Edad Media los hechos son la creencia en la radical imperfección del ser humano y la subordinación del hombre a ciertos valores absolutos, creencias que constituyeron el centro de toda civilización con inclusión de su economía. Por el contrario, la ideología renacentista considera al ser humano como esencialmente bueno y de esa tesis capital se sigue todo el mundo de sus creaciones. La diferencia entre estas dos maneras de considerar la realidad se manifiesta en sus dos antagónicas concepciones del arte: en tanto que el arte renacentista es vital y encuentra placer en la representación de las formas humanas y naturales, el arte bizantino que lo precedió buscaba una austeridad, una perfección, una rigidez que las cosas vitales no podían ofrecerle; y así, el hombre, subordinado a valores absolutos y eternos, busca en las formas abstractas la expresión de su intensa emoción religiosa, el intento precario pero de todos modos bien dirigido de aludir desde un rumbo temporal y cambiante a un Universo Inmutable y Eterno. El humanismo, con todas sus variantes de panteísmo, racionalismo e idealismo, representa, según Hulme, la antropomorfización del mun-

el escenario ateniense Eurípides desataba la furia de sus bueno se manifiesta en una forma a veces heroica, tal como en el arte de Donatello, Miguel Angel o Marlowe; un humanismo de esta clase tiene aún, a juicio del implacable griega con la famosa serenidad olímpica del Panteón de los Hulme, cierto atractivo, pero no merece que se lo admire demasiado porque lleva en germen el romancitismo, sentimonía entre el hombre y el mundo que según Worringer mental y utilitario; tarde o temprano, aquel humanismo explicaría la creación de un arte naturalista y "clásico"? tenía que desembocar en un ser tan abominable como Habría tal vez que admitir que sólo en algunos y felices Rousseau. Frente a esta modalidad antropomórfica, sufiinstantes de equilibrio el pueblo griego fue capaz de creat ciente y superficial, el arte abstracto de nuestro tiempo vendría a reivindicar una nueva trascendencia, una nueva actitud religiosa en búsqueda de lo absoluto.

Hay mucho de verdad en este planteo de Hulme como Bacantes. Y aquí habría que observar —como más detalla- lo hay, en general, en el de Worringer. Su defecto capital, damente veremos en el caso del Renacimiento- que no es a mi juicio, es que no ven el proceso dialéctico de la histo-



Hulme no advierte que el Renacimiento es el resultado cetismo de sus formas geométricas pudiese llamarlos a ende un doble movimiento, pues si por un lado, como consegaño. cuencia del espíritu terrenal y mundano de la clase que surge gracias al desarrollo de las comunas, está animado de una tendencia naturalista, por el otro, y como consecuencia de la misma causa, significa el comienzo de una actitud maquinista y científica. Mientras lo primero conduce a lo concreto, lo segundo inevitable ha de producir un universo abstracto. Y esta nueva abstracción, al menos la que proviene de este proceso, lejos de significar el triunfo de un espíritu religioso significa la reducción hasta sus últimos términos de un espíritu profano.

Si la tesis de Hulme fuese correcta, el arte abstracto de nuevo tiempo sería la búsqueda de una nueva trascendencia, y, lo que aún es más discutible, el único camino artístico para lograrla. Contra estas dos perentorias afirmaciones cabe proponer las siguientes causas del arte abstracto con-

temporáneo.

Primera: el Renacimiento humanista y profano que tanto desdeña el ensayista inglés. Debajo de los sutiles estremecimientos de la carne hay en las figuras de Leonardo —para señalar un arquetipo— los invisibles pero rigurosos esqueletos de sus triángulos y de sus pentágonos, y el todo ordenado según los cánones de la Divina Proporción y de la Perspectiva. Escribe en su Tratado: "Dispón luego las figuras de hombres vestidos o desnudos de la manera que te has propuesto hacer efectiva, sometiendo a la perspectiva las magnitudes y medidas, para que ningún detalle de tu trabajo resulte contrario a lo que aconsejan la razón y los efectos naturales". Y en otro aforismo agrega. "La perspectiva, por consiguiente, debe ocupar el primer puesto entre todos los discursos y disciplinas del hombre. En su dominio, la línea luminosa se combinaba con las variedades de la demostración y se adorna gloriosamente con las flores de la matemática y más aún con las de la física". Piero della Francesca, pintor y geómetra, es el antepasado directo de Cézanne, quien, con sus pirámides, cubos y cilindros, es el antepasado de los abstractos, a través de los cubistas. No es casualidad que los cubistas resusitaran la sección áurea y se interesasen por Luca Pacioli. Esta genealogía vincula indiscutiblemente a los abstractos de nuestra época con el humanismo, la ciencia y el dominio burgués del mundo exterior. Nada, al menos por este costado, de misticismo ni de trasncendencia: Renacimiento liso y llano, humanismo técnico y profano, no de papeles antiguos y excavaciones, sino de cartógrafos, geómetras, fortificaciones, ingenieros, máquinas de hilar y fundición de cañones.

Y como consecuencia, y al contrario de lo que supone la catástrofe, muchos se aferran a un Orden Geométrico. Hulme, la rebelión mística de los tiempos modernos se hizo a través de los espíritus románticos, que, desde Dona- dencia a buscar en la claridad y seguridad de una organizatello y Miguel Angel, hasta Kierkegaard y Dostoievski, en- ción matemática un sistema de coordenadas al cual aferrarzación burguesa. Sus últimos descendientes los hallamos sido imaginado por hombres demasiado preocupados por entre los post-impresionistas como Van Gogh y Gauguin, las pasiones de su cuerpo y de su alma. El platonismo de entre los fauves y los expresionistas, entre los surrealistas y, Sartre en la Náusea no tiene otro origen, como tampoco es en fin, entre aquellos artistas que, aunque surgidos de la posible explicarse de otra manera que espíritus tan románabstracción, derivaron hacia la realización de objetos ticos, oscuros y expresionistas como Mondrian, Kandinsky concretos, inventados por su propio yo y no en virtud de y Vantongerloo hayan derivado hacia el arte abstracto. un proceso de abstracción en el mundo que los rodeaba; actitud típicamente romántica y autista, por más que el as-

Segunda: la dialéctica interna del propio arte. Las expresiones estéticas no siempre son la manifestación (directa o inversa) de la época sino que también obedecen a la dinámica intrínseca de su propia evolución: a la lucha de escuelas, al agotamiento de las formas, al cansancio y hasta al mero espíritu de contradicción que tan a menudo es propio de los artistas. Así, no sin seguir los grandes arcos de cada período (romántico o gótico, renacentista o barroco), los creadores, siempre personales y anárquicos, ejecutan desplazamientos individuales a la izquierda o a la derecha, por arriba o por debajo de las grandes líneas. Y en el gran arco que constituye lo que podría llamarse "el arte de nuestro tiempo", podemos encontrar tendencias tan contrarias como el constructivismo de Cézanne y el expresionismo, el riguroso problema de los cubistas y el desorden surrealista. En los últimos años, sobre todo en la Argentina, esa dialéctica interna de las escuelas ha provocado un creciente auge de la abstracción, lo que no sólo no significa que el arte figurativo quedará enterrado para siempre, sino, por el contrario, que ha de resurgir en una próxima e inevitable revancha, si la tesis que vengo desarrollando es correcta.

Tercera: el ascetismo del arte contemporáneo frente al sentimentalismo burgués. La burguesía que, mediante la ciencia, desencadenó el más poderoso proceso de abstracción que ha conocido la humanidad, no dejó por eso de ser "realista", es decir, miopemente adherida a la capa más superficial y mundana de la realidad. Y de ese modo, paradojalmente, preparó su propia tumba espiritual, al convocar fuerzas mentales que han ido mucho más allá de lo que sus gustos mezquinos y confortables podían desear, hacia las zonas platónicas de las puras formas. Mediante esta independización y esta trascendencia de las fronteras burguesas, el arte abstracto ha dejado de pertenecer a la esencia del espíritu social que lo provocó para convertirse en un arte odiado y despreciado por la burguesía.

Cuarta: el caos. Que es, de las cuatro causas señaladas, la única a la que puede (y debe) aplicarse parcialmente la tesis central de Worringer sobre el esencial desacuerdo entre el hombre y el mundo en la base de cierto arte abstracto. La crisis de nuestro tiempo ha puesto nuevamente al hombre a la intemperie, metafísicamente hablando. El derrumbe de la civilización burguesa y racionalista lo enfrenta dramáticamente a un nuevo caos, y en medio de

Ciertos espíritus angustiados tienen a menudo la tencarnan creciente y tumultuosamente la sublevación del es- se y en el cual encontrar la calma que su desorden interior píritu religioso contra el espíritu tecnolátrico de una civili- les niega. Ya sostuve que el platonismo sólo podía haber

Santos Lugares, 1956

#### OCTAVIO PAZ

#### CENTRAL PARK

Argumento: Unos dicen que, puesto que el mun- pululan bizarras criaturas que, sin embargo, parecen te el modelo interior. Pierre Alechinsky mueve la ca- se ha convertido en una Cobra verde, negra y dorada. beza y, sin decir nada, pinta un rectángulo en el que ¿Es una anamorfosis de Alicia, dama de diamantes de encierra al Central Park de Nueva York, visto desde nuestra baraja sonámbula? La pintura no es visión sisu ventana, al caer la tarde, con los ojos cerrados. El no conjuro. rectángulo rodea al parque; está dividido en espacios irregulares, todos también de forma rectangular, como los palcos de un teatro, las celdas de un convento, Pierre Alechinsky, inaugurada en el Museo Guggenheim las jaulas de un zoológico. Adentro, en cada palco, de Nueva York, el 27 de Febrero de este año.

do exterior existe, hay que negarlo; otros que, puesto vagamente familiares: ¿son ellos o nosotros, nos ven o que no existe, hay que inventarlo; otros que sólo exis- los vemos? En el interior del rectángulo, Central Park

Este poema abre el catálogo de la gran retrospectiva de

Verdes y negras espesuras, parajes pelados, río vegetal en sí mismo anudado: entre plomizos edificios trascurre sin moverse y allá, donde la misma luz se vuelve duda y la piedra quiere ser sombra, se disipa. Don't cross Central Park at night.

Cae el día, la noche se enciende, Alechinsky traza un rectángulo imantado, trampa de líneas, corral de tinta: adentro hay una bestia caída, dos ojos y una rabia enroscada. Don't cross Central Park at night.

No hay puertas de entrada y salida, encerrada en un anillo de luz la bestia de yerba duerme con los ojos abiertos, la luna desentierra navajas, el agua de la sombra se ha vuelto un fuego verde. Don't cross Central Park at night.

No hay puertas de entrada pero todos, en mitad de la frase colgada del teléfono, de lo alto del chorro del silencio o de la risa, de la jaula de vidrio del ojo que nos mira, todos, vamos cayendo en el espejo. Don't cross Central Park at night.

El espejo es de piedra y la piedra ya es sombra, hay dos ojos del color de la cólera, un anillo de frío, un cinturón de sangre, hay el viento que esparce los reflejos de Alicia desmembrada en el estanque. Don't cross Central Park at night.

Abre los ojos: ya estás adentro de ti mismo, en un barco de monosílabos navegas por el estanque-espejo y desembarcas en el muelle de Cobra: es un taxi amarillo que te lleva al país de las llamas a través de Central Park en la noche.

#### CARLOS FUENTES

## LA GALLARDA DE ALECHINSKY

Veo las obras más recientes del gran pintor belga Pierre Alechinsky y me pregunto: ¿qué me dicen sus ritmos, serpentinos, enroscados en suntuosos collares de colores, trenzados como en la afiebrada danza medieval de *la gaillarde*, que literalmente unió las manos de los bailarines de Flandes a Marsella y de Brest en la Bretaña a Brest en la estepa?

Una de las maravillas del barroco mexicano es la extraña ilusión introducida por los artistas aborígenes en la inconografía del mundo cristiano. Esta es la ilusión del paraíso indígena, una abundancia cancerosa de los frutos de la Tierra, donde los ángeles son morenos y los diablos blancos; barbados y sonrientes. Los españoles enseñaban los dientes al reír y ésta era prueba suficiente de su diabolismo; un indio ríe rara vez, apenas murmulla como un pájaro. Pero acaso la antigua cosmogonía mexicana es la única que sitúa el paraíso debajo de la tierra, allí donde todos los demás, Orfeo y Dante y Sartre han decidido ubicar al infierno.

Pienso en México cuando veo los papeles de Aleichinsky, sus hojas de una suprema libertad estética, sus lujosos pasaportes a otro espacio que simultáneamente deseamos y rechazamos porque esta coexistencia del ángel y el demonio en el paraíso subterráneo ocupa el centro de una antigua fe que continúa seduciéndonos y espantándonos. No llegamos solos al mundo; nos acompañan los mil signos de nuestra historia interna y externa. Flores, frutos, águilas, monos, serpientes, ríos, montañas de anchas espaldas, portentos de amor y traición, de paciencia y desorden, una verdadera mandala de direcciónes y capas de tiempo y espacio acompañan al recien nacido, llegan con él cuando aparece en el centro de la tierra que es cielo y que es infierno.

El jardín es el centro del mundo. Pierre Alechinsky pinta jardines. Sus pinturas ocurren en jardines. Sabe que la historia de los jardines es nuestra historia común, el espacio central de las civilizaciones tal y como se ven reflejadas en las aguas del Edén o de Babilonia, la salvaje abundancia de la floresta amazónica o los parques peinados y manicurados de Versalles, los jardines del loco Orsinio del juguetón Fragonard, los del viajero inmóvil Rousseau y los de Gauguin, primero en Arlés y luego la-bas; cuando aún había un allá en este mundo.

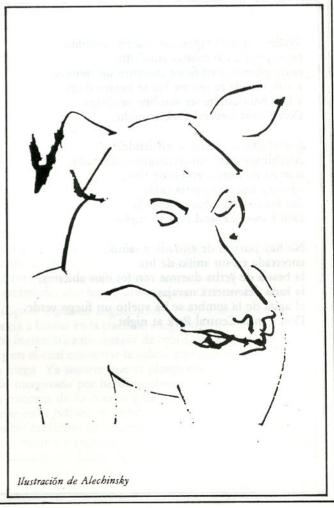




Ilustración de Alechinsky

Y sobre todo, el Bosco, nombre de silva encantada, cuidador de jardines. Alechinsky es el artista europeo que comparte la tierra, la profundidad, la angustia y la rebelión del Bosco y como él es un hereje, un hombre que escoge libremente uno de los senderos que se bifurcan en Blois o Hampton Court y en seguida los transforma, ferozmente, en los jardines salvajes de origen. En los parques de Alechinsky las flores ponzoñosas nadan en los ríos lentos y pesados de una danza erótica donde los sentidos pierden su orientación: rumor de la mirada, perfune del tacto, baile conducido por la serpiente, el cuerpo envolvente, circular y sinuoso, la serpiente que es dueña de su cuerpo en el acto de perderlo, al cambiar su piel. La serpiente habla con su no, entramos al jardín de Alechinsky; nos unimos con sus lengua bífida; mítica, insíncera.

Pierre Alechinsky está más cerca que nadie de todo lo que hemos olvidado. No nos cuenta lo que ya sabemos; su historia es la de las civilizaciones enmascaradas. Viajamos con él por la perferie de las cosas y de las culturas; él nos conduce con alas ligeras y sueños oscuros y hambrientos hacia el centro y sus regiones vecinas. Este es su secreto: no habrá de sacrificar la totalidad que rodea a un objeto dado, un lugar o un tiempo. Porque si Alechinsky está pintando el jardín del hombre, no está a punto de permitirnos un confortable arrullo en el idilio líquido del Paraíso; todos los idilios son mentirosos porque nos exigen un entusiasmo beato, acrítico. Los jardines de 'Alechinsky, envenenados y tedral silenciosa y profunda del anonimato, los vitrales de sensuales, son un recordatorio de que la Edad de Oro nun- un nuevo Chartres, el jardín de los espacios sin firma. Dé-

que, más tarde, habría de matarnos, ya estaba oculto en el Paraíso. ¿Por qué, entonces, esta nostalgia loca, insistente?

Alechinsky no tiene respuesta. O más bien, tiene la mente puesta suprema del artista: no representa el jardín, lo crea. Viola su propio secreto a fin de comunicarlo; gloriosamente repite el error eterno. Su esperanza es que al menos esta vez, en estos papeles maravillosos y frágiles de su libertad, no habrá otro jardín posible, su jardín será único... Podemos aceptar o rechazar este espléndido regalo. El solo nos dice que no habrá otro espacio comparable

Pero por el hecho de ver estas pinturas, querrámoslo o manos y los pies al gran baile de la gallarda, nos convertimos en parte de una nueva serpiente de carne que entre las pinturas, pisotea el jardín, corrompe las orquídeas, envenena los pozos, contamina este tiempo y este espacio una vez más, porque cuanto es compartido es impuro y es la condición de la vida para vencer a la muerte. El artista es acosado por sus vecinos, sus impertinentes mirones, usted y yo, de la misma manera que las propias pinturas abren las ventanas de su pureza a la contigüidad contagiosa que Alechinsky, en un juego irónico, intercepta formalmente con el encuadre del cartón periodístico, el comstrib.

Quizá este artista no tendría reposo final sino en la caca se perdió porque siempre estuvo contaminada. Todo lo monos prisa; para entonces habremos olvidado su nombre.

#### E. M. CIORAN

#### FRACTURAS

Traducción de Alina Diaconú

os textos que aquí se publican son una selección del capítulo titulado "Fractures" del libro más reciente de Ciorán: Aveux et Anathémes, publicado por la editorial Gallimard a comienzos de este año. Se dan a conocer con autorización expresa del autor.

Cuando se ha salido del círculo de errores y desilusiones casi imposible. Se necesita un mínimo de tontería para to-riosidad de existir. do -para afirmar y también para negar.

Para entrever lo esencial, no hay que ejercer oficio alguno. Permanecer todo el día acostado, y gemir...

Todo lo que me pone en desacuerdo con el mundo me es consustancial. He aprendido muy poco por la experiencia. Mis decepciones siempre me han precedido.

Hay un innegable placer en saber que todo lo que se hace no tiene ninguna base real, que cometer o no cometer un acto es la misma cosa. No es menos cierto que en nuestros gestos cotidianos transigimos con la vacuidad, es decir: que hasta el éxtasis. Ella es, en mejor, lo uno y lo otro. sucesivamente, y a veces al mismo tiempo, consideramos este mundo como real e irreal. Mezclamos en eso verdades puras y verdades sórdidas y esta amalgama, vergüenza del pensador, es la revancha del viviente.

No son los dolores violentos los que nos marcan, sino los dolores sordos, insistentes, tolerables, que forman parte de nuestro cotidiano trotar y que nos socavan tan concienzudamente como nos socava el Tiempo.

No se puede asistir más de un cuarto de hora, sin impaciencia, a la desesperación del otro.

La amistad no tiene atractivo ni fuerza sino cuando se es joven. Es evidente que lo que más teme alguien de edad es que sus amigos le sobrevivan.

dónde se puede decaer.

Lo que me une aún a las cosas es una sed, heredada de en cuyo interior se desarrollan los actos, tomar posición es ciertos ancestros, que han llevado hasta la ignominia la cu-

> En la oscuridad y en la pestilencia de las cavernas, ¡cómo debían de detestarse los unos a los otros! Se entiende por qué los pintores que vivían allí no hayan querido eternizar la figura de sus semejantes y hayan preferido la de los ani-

> "Habiendo renunciado a la santidad..." —¡Pensar que he sido capaz de proferir semejante disparate! Debo de tener alguna excusa, pero no me desespero en hallarla.

> Fuera de la música, todo es mentira, hasta la soledad,

¡Hásta qué punto la edad lo simplifica todo! Pido en la biblioteca cuatro libros: por su letra demasiado pequeña, descarto dos, sin examinarlos; el tercero, demasiado... serio, me parece ilegible. Me llevo, sin convicción, el cuarto.

Se puede estar orgulloso de lo que se ha hecho, pero habría que estarlo mucho más de lo que no se ha hecho. Este orgullo debe ser inventado.

Jamas se dice de un perro o de un ratón que es mortal. ¿Con qué derecho el hombre se ha arrogado este privilegio? La muerte, después de todo, no es su hallazgo, y es un signo de fatuidad creerse el único beneficiario.

A medida que la memoria se debilita, los elogios que se Se puede imaginarlo todo, predecirlo todo —salvo hasta nos prodigaron se borran en provecho de las reprimendas. Y es justo: los primeros fueron merecidos raras veces,

mientras que los segundos arrojan alguna claridad sobre lo ración. Uno se da cuenta por qué una carta sensata es una que se ignoraba de uno mismo.

Si yo hubiera nacido budista, no hubiera cambiado. Nacido cristiano, he dejado de serlo desde mi primera juventud, época en la cual hubiera apreciado mucho más que hoy, de haberla conocido, la blasfemia que Goethe, en el año de su muerte, dejó escapar en una carta a Zelter: "La cruz es la imagen más horrorosa que hay bajo el cielo".

Frecuentemente lo esencial surge al término de una larga conversación. Las grandes verdades se dicen en el umbral de la puerta.

Lo que es caduco en Proust son esas pequeñas cosas cargadas de un vértigo prolijo, los malos olores del estilo simbolista, la acumulación de efectos, la saturación poética. Es como si Saint-Simon hubiera sufrido la influencia de las "Précieuses": hoy, ya nadie lo leería.

Una carta digna de ese nombre se escribe bajo el impac-

carta que nació muerta.

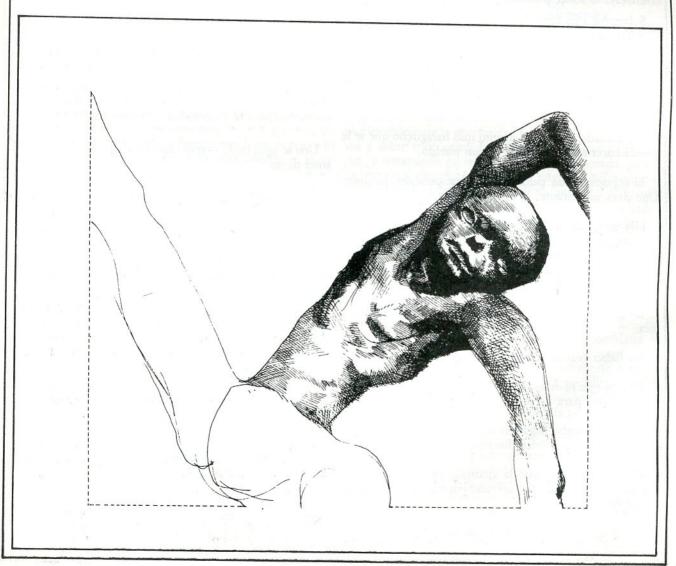
Aquel que es considerado "extraordinario" por sus íntimos no debe proporcionar pruebas en contra de sí mismo. Si un día desea parecerlas a todos lo que fue para algunos, ha de tener cuidado en no dejar huellas, y sobre todo no

Para un escritor, cambiar de lengua es escribir una carta de amor con un diccionario

Mal educado como no se puede serlo, tacaño, sucio, insolente, sutil, captando los menores matices, aullando de felicidad ante una exageración o una broma, intrigante y calumniador... todo en él era encanto y repulsión. Un bastardo al que se echa de menos.

La misión de cada cual es saber cargar con la mentira que encarna, lograr ser no más que una ilusión agotada.

Para crear una complicidad indestructible entre dos seto de la admiración o de la indignación, o sea de la exage- res, sólo existe la música. Una pasión es perecedera, se



#### FRACTURAS

degrada como todo lo que participa de la vida, mientras ¿Puede in que la esencia de la música es superior a la vida, y por su- de asesino? puesto, a la muerte.

Si no tengo el gusto por el misterio es porque todo me parece inexplicable —qué digo: por vivir de lo inexplicable que me tiene harto.

Se ha advertido con toda justicia que la jerga filosófica era tan pasajera como el "argot". ¿La razón? La primera es demasiado artificial; el segundo, demasiado vivo. Dos endebles excesos.

Desde hace meses, desde hace años que él vive sus últimos días y habla de su fin en pasado. Una existencia póstuma. Me asombra que, sin comer casi nada, logre durar: "Mi cuerpo y mi alma han puesto tanto tiempo y empeño en soldarse, que no consiguen separarse". Si no tiene la voz de un moribumdo, es porque desde hace mucho que ya no está vivo. "Soy una vela soplada": es la expresión más justa que pudo usar sobre su última metamorfosis. Cuando yo evocaba la posibilidad de un milagro, su respuesta fue: "Harían falta varios".

Sobrevivir a un libro destructor es no menos penoso para el lector que para el autor.

Es necesario hallarse en un estado de receptividad, es decir de flaqueza física, para que las palabras nos toquen, se insinúen en nosotros y comiencen allí una especie de carrera.

Ser llamado deicida: el insulto más halagueño que se le pueda hacer a un individuo o a un pueblo.

El orgasmo es un paroxismo; la desesperación, también. Uno dura un instante; la otra, una vida.

Ella tenía un perfil de Cleopatra. Siete años después, hubiera podido pedir limosna en la esquina de una calle.

—¡A curarse para siempre de toda idolatría, de todo deseo de buscar lo insondable en ciertos ojos, en una sonrisa y en todo lo demás!

Lo que no es desgarrador es superfluo, al menos en música.

No haber acabado nada y morir extenuado.

Cuanto más se detesta a los hombres, más maduro se está para Dios, para un diálogo con nadie.

El gran cansancio llega tan lejos como el éxtasis, fuera de nuestra memoria. lo cual se desciende hacia los extremos del conocimiento.

Del mismo modo que la aparición del Crucificado ha razón de vivir, al menos la única. cortado en dos la historia, así también esta noche acaba de cortar en dos mi vida...

Como he vivido día tras días en

El renunciamiento es la única variedad de acción no envilecedora. ¿Puede imaginarse a un ciudadano que no tenga alma de asesino?

Un joven alemán me pide un franco. Entro en conversación con él y me entero que ha recorrido el mundo y que ha ido a la India, a cuyos mendigos ama y está orgulloso de parecerse. Sin embargo, no se pertenece impunemente a una nación didáctica. Yo lo miraba pedir limosna: tenía el aire de haber seguido cursos de mendicidad.

En busca de una fórmula susceptible de satisfacer a todo el mundo, la naturaleza ha fijado su elección sobre la muerte, la cual —era de prever— no debía contentar a nadie.

He gritado con tanta frecuencia contra toda forma de actuar, que el manifestarse, cualquiera sea el modo, me parece impostura, o sea traición. —Sin embargo usted todavía respira. —Sí, hago todo lo que se hace. *Pero*...

Mientras me exponía sus proyectos, yo lo escuchaba sin poder olvidar que no pasaría de la semana. ¡Qué locura de su parte el hablar del futuro, de su futuro! Pero, una vez afuera, ¿cómo no pensar que, después de todo, la diferencia entre un mortal y un moribundo no es tan grande? El absurdo de hacer proyectos es un poco más evidente sólo en el segundo caso.

En rigor, es posible imaginar a Dios hablando francés. jamás a Cristo. Sus palabras no encajan en un idioma tan incómodo para la ingenuidad o lo sublime.

Uno se agita tanto —¿por qué? Para volver a ser lo que era antes de ser.

X., fracasado en todo, se lamentabla delante de mí de no tener destino. —Pero sí, pero sí. La consecuencia de sus fracasos es tan notable, que parece revelar un diseño providencial.

La mujer era importante mientras simulaba pudor y reserva. ¡Qué deficiencia demuestra al dejar de jugar el juego! Ahora, en tanto que se nos asemeja, ya no vale nada. Es así cómo desaparece una de las últimas mentiras que hacían tolerable la existencia.

Amar al prójimo es algo inconcebible. ¿Acaso se le pide a un virus amar a otro?

Los únicos acontecimientos notables de una vida son las rupturas. También son ellas las que se borran en el final de nuestra memoria.

El hecho de que la vida no tenga ningún sentido, es una razón de vivir, al menos la única.

Como he vivido día tras días en compañía del Suicidio, denigrarlo sería injusto e ingrato de mi parte. ¿Qué hay de más sano y más natural? Lo que no lo es, es el apetito loco de existir, tara grave, tara por excelencia, mi tara.

#### TORCUATO DI TELLA/OSVALDO GUARIGLIA/ GREGORIO KLIMOVSKY

# ¿QUÉ PASA CON LA UNIVERSIDAD ARGENTINA?

(Coordinación de Danubio Torres Fierro)

Vuelta Sudamericana reunió a Torcuato Di Tella, Osvaldo Guariglia y Gregorio Klimovsky, los tres profesores universitarios de larga trayectoria, para dialogar acerca de la universidad argentina y, por extensión, de la latinoamericana. Los temas, que en la conversación que se transcribe aparecen una y otra vez, fueron el de la eficacia o no del modelo de la llamada universidad de masas, el de la relación que allí se establece entre la dupla profesor/alumno, el de la posible restructuración del sistema educativo, el de la situación de los futuros profesionales en el mercado de trabajo, el del valor futuro de los títulos y diplomas y, por fin, el del contexto político y social en que se enmarca la tarea universitaria. Nuestra revista agradece desde aquí la colaboración prestada por Di Tella, Guariglia y Klimovsky.

Gregorio Klimovsky: —Comienzo por aclarar que, des- ser la de cualquier otro medio de comunicación—, no es riores, tal vez la universidad de masas, la asistencia masiva la ciencia educativa. Seguramente eso llevaría a formas diy una información pasiva podrían admitirse —como, por ferentes de las que actualmente practicamos. No me caben otra parte, sucede con la enseñanza a través de la radio y la dudas de que éste es el camino que debemos transitar. televisión cuando está bien conducida. Ahora bien: esto ya problemas y ser creativos en un momento en que la competencia internacional (por las revoluciones tecnológicas como las de la informática y la biotecnológica) así lo exige. Por otra parte, y como consecuencia de lo anterior, los profesionales y los investigadores necesitan de una clase de formación y de información que reúna algunas exigencias in-

de mi punto de vista, ésta no es una disyuntiva que no ad- desdeñable. Quizás sea un poco caro, y además hay otros mita grados intermedios. Existen formas pedagógicas con- medios más aprovechables, como la educación a distancia o temporáneas que tienen que ver con la televisión y los me- el empleo de la televisión. Digámoslo: todo esto es algo dios de comunicación de masas que permiten, tal vez, cier- muy nuevo y, por otro lado, no tiene que ver con lo que to tipo de compromisos. No obstante, sucede que esta al- tradicionalmente la universidad se ha trazado como objetiternativa no está estudiada suficientemente en cuanto a lo vos y sobre todo como formadora de recursos humanos. que deseamos hacer con semejante instrumento y, sobre Así, y retomando parte de la pregunta planteada, yo me todo, no es por este camino que nos estamos moviendo en inclino no a preservar las relaciones interpersonales entre la Sudamérica. Así, y si tomo en cuenta esto último, diría dupla profesor-alumno (y aquí habría que ver si no existen que el modelo de la universidad de masas está fracasando. otros procedimientos de trabajo cooperativos, de talleres y Depende, claro está, de lo que la universidad se plantee de seminarios que conduzcan a lo mismo) sino a lograr una como objetivo. Si la universidad fuese una especie de órga- mejor organización que, de alguna manera, continúe la de no de difusión cultural, de herramienta de desanalfebeti- la universidad tradicional adecuándola, eso sí, a los procezación al servicio de la difusión de conocimientos supe- dimientos científicos y tecnológicos que han aparecido en

A esta altura, entonces, me parece necesario destacar no tiene nada que ver con la habilitación profesional, la que las universidades como la mexicana, la ecuatoriana, la formación de investigadores, el cuidado del patrimonio Central de Venezuela, y ahora la de Buenos Aires, están cultural, con formar especialistas y lograr que la ciencia, la causando mucho daño amparándose en un rótulo populistecnología y la cultura avancen de modo que se pueda ta y democrático. Producen un tipo de especialistas que no atender a los requerimientos de la nación, solucionar sus está ligado a las necesidades del progreso social y político del país y así, cuando la nación requiera personal idóneo, tendrá que dirigirse a los egresados de otras universidades (que suelen ser privadas, confesionales y reaccionarias). De ese modo, y de una manera sorprendente e indirecta, el populismo y la universidad de masas están causando un daño muy grande a la democracia y al pueblo al ir en una tensas desde el punto de vista cualitativo. Si estos datos no dirección totalmente contraria a lo que uno se hubiera imase tienen en cuenta, pienso que la universidad de masas es ginado cuando se hablaba, primitivamente, en la aparición totalmente inadecuada y está condenada al fracaso aun del reformismo, de universidad de masas. Además, hay cuando, como simple experiencia cultural —como puede que distinguir. Una cosa es la universidad de masas como

#### ¿QUE PASA CON LA UNIVERSIDAD ARGENTINA?

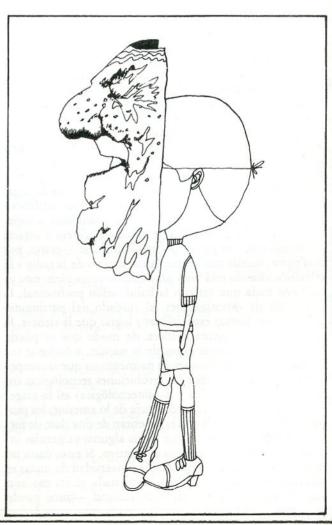
tuales de difusión masiva. Es la universidad de masas tal como la conocemos ahora la que va al fracaso.

Torcuato Di Tella: -Yo coincido básicamente con el enfoque, los argumentos y la teoría de Klimovsky. El emplear la experiencia desarrollada en la Argentina. Para ocurren en otros países, normalmente no identificados con das que, de alguna forma, complemente la de la Universila enseñanza masiva. Por ejemplo, y con respecto a esto último, en los Estados Unidos y en más de un país europeo, también existe la enseñanza masiva pero ocurre que allí hay más recursos dedicados a la universidad y coexisten muchísimas universidades de los más diversos niveles de exigencia. El porcentaje de estudiantes, sobre la población de edad correspondiente, es seguramente mayor en los Estados Unidos que en la Argentina, pero sucede que los recursos (tanto en términos de dinero como en términos de personal y de equipos) son tanto mayores que la relación estudiante/profesor es más adecuada. Sin embargo, incluso en Estados Unidos hay algunas universidades que, sobre todo en su primera etapa de estudios —como es el caso del colege—, cumplen un papel más parecido al de la difusión de conocimiento que al de la formación de profesionales. Lo que pasa es que desde un principio existe una selección (en general, según la capacidad intelectual, interferida en alguna medida por la situación económica del estudiante) y hay calificación. Allí, entonces, coexisten dos universidades: unas a las que es realmente difícil acceder y otras donde es más fácil. A estas últimas concurren estudiantes sin ninguna calificación y lo que imparten —insisto— es bastante cercano a la difusión de conocimientos. Lo que importa destacar aquí es que esas universidades no otorgan, en general, títulos habilitantes. Tanto en Estados Unidos como en Europa ésta es una práctica extendida que cuenta con sólo unas pocas excepciones (en instituciones muy especializadas, vinculadas a la medicina o la ingeniería) y que tiene como consecuencia que quien finaliza con un título de colege no tenga ninguna garantía profesional. En la Argentina este problema hace algún tiempo que es grave y sin duda se agudizó con la decisión del ingreso irrestricto.

El ingreso irrestricto es el resultado de una concertación política, o de un arreglo político, entre las autoridades gubernamentales y el movimiento estudiantil y, además, la izquierda (póngase aquí comillas). Así, tanto la izquierda

hacinamiento masivo de gente en una institución, y a lo como el movimiento estudiantil en el momento en que se cual es obvio que todos tendríamos que oponernos porque comenzó la restructuración del país, presionaron, y es proes muy claro que no optimiza nada porque, en primer lu- bable que si no se les hubiera otorgado el ingreso irrestricto gar, genera un gasto muy caro y una enorme cantidad de se hubiera creado un clima de agitación que pudo ser defrustraciones (entre otras cosas por las deserciones que se sestabilizador. Por eso creo que, dadas las circunstancias, producen) y, en segundo lugar, porque un graduado que fue correcta la posición de las autoridades gubernamentano encuentra su sitio en el mercado de trabajo no es idóneo les. El grupo estudiantil y los sectores de izquierda que exiy no está educado convenientemente —lo que, a su vez, gían ese ingreso no son los únicos que tienen intereses creprovoca otro doloroso fracaso. Pero otra cosa, distinta, es si ados: también los tienen, por ejemplo, algunos grupos ese modelo popular se encara de tal forma que no resulte económicos que no pagan sus impuestos y que son corresabrumadoramente masivo y se lo reproduce en un gran nú- ponsables de que la universidad cuente con poco dinero. El mero como para que nadie que sea idóneo y sortee las problema, entonces, tiene varias puntas, y se complica pruebas de capacitación y de vocación correspondientes, se cuando se sabe que este país hace cincuenta años que funquede sin estudiar -un modelo que, además, y como ciona contra sus instituciones, que en ese clima es difícil quedó dicho, se puede complementar con los medios ac- construir algo sólido y que la universidad pasó por un momento aceptable sólo entre 1956 y 1966 (y aún así, allí hubo serias dificultades) y que hace por lo menos treinta años su nivel es poco exigente.

Por otro lado, importa señalar que el problema de la problema está en cómo salir de lo existente y en cómo universidad masiva y mala se sitúa, sobre todo, en Buenos Aires y en alguna otra provincia, mientras que en la mayor eso debemos intentar entender por qué y cómo se llegó a parte del interior del país no se tiende hacia esa distorsión. donde estamos. Por otro lado, podemos formular una De ahí, entonces, que yo no vea como negativo el surgiconfrontación con ciertos fenómenos de masificación que miento de una enseñanza superior en universidades priva-



dad de Buenos Aires. Por lo demás, creo que está bien que de la Educación Física —aumento que luego se desgrana y subrayar ahora es, primero, que en buena parte del país no tuales se aliviarían notoriamente. se están haciendo construcciones masivas y, segundo, que Hay otro aspecto que debe tratarse. Yo creo que los se deben crear en la universidad estructuras de selección in- problemas de recursos y de concentración de alumnado, terna después del ingreso irrestricto. El ingreso irrestricto es que en realidad existen en las universidades de Buenos el precio que tuvo que pagar el país para evitar la agitación Áires y de La Plata, y que no tienen otras universidades, en estudiantil, pero ese trámite no implica el egreso irrestric- última instancia provienen de una perversa adjudicación to. Nadie pone en duda, creo, que se tienen que crear de recursos que se hizo con la creación de nuevas universifiltros y criterios para fijar límites y niveles. El problema es dades en la época de Tachini (lo que, en su momento, se cómo se los estructura.

lo dicho hasta ahora. Quiero hacer un par de observaciones ese proyecto? ¿Fué un intento por desconcentrar a los estuque tienen que ver, en primer lugar, con el ingreso diantes apoyado en la creación de nuevas universidades en irrestricto propiamente dicho, y en segundo lugar sobre esa sitios donde no existía una concentración de estudiantes transacción, bien diagnosticada por Di Tella, entre el go- que las justificaran. Así se castigó a la concentración urbabierno radical y el movimiento estudiantil. Tanto en uno na de Buenos Aires y del Gran Buenos Aires de un modo como en otro caso se peca, por parte de las autoridades uni- absurdo e irracional. Mientras que ciudades enormes, verversitarias, de falta de coraje y de decisión, amén de que daderas megalópolis como Berlín, París y México, donde una cosa es lo que la Convención Radical aprobó como hay una monstruosa concentración de matrícula estudiandeclaración de su política universitaria y lo que apareció til, crearon universidades satélites que dividieran la matríluego en la ley universitaria sobre el ingreso irrestricto y, cula y la hicieran viable, aquí se procedió exactamente al por fin, una tercera cosa es la que se entiende por ingreso revés: se instauraron universidades muy lejanas, como la de irrestricto.

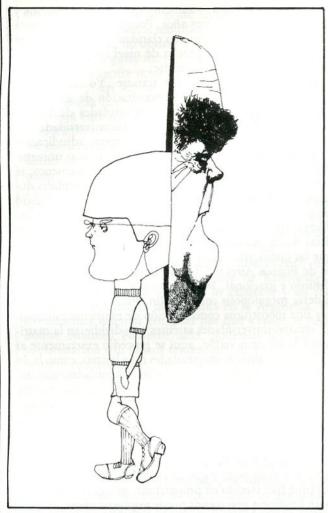
noce como "numerus clausus", esto es: un cupo de alum- cubren las necesidades mínimas de un centro de estudios y, nos establecido en función de las capacidades de una deter- a la vez, insisto, se castigó al Gran Buenos Aires. Todavía minada universidad. Así lo conocimos aquí en la época del no hay una buena explicación acerca de por qué no existe Proceso y así se lo conoce en Europa (donde es un procedi- en el Gran Buenos Aires una universidad de nivel que miento habitual: en la República Federal de Alemania, atienda la enorme matrícula que se concentra de la zona por ejemplo, se establece un cupo para quienes pueden norte a la zona oeste y que se vuelca en organismos privacursar carreras como química y medicina, mientras el resto dos (que han crecido en proporciones geométricas). Y este del estudiantado espera para cursarlas en otros años). Entre es un problema que menos puede resolverse ahora, cuando nosotros, el ingreso irrestricto significa estrictamente una se han echado las bases para el ciclo básico —como lo está prohibición para establecer por parte de las universidades practicando, por ejemplo, la Universidad de Buenos Aires nacionales un "numerus clausus". Ahora bien: ese criterio en San Isidro. Se trata de una forma de tapar las cosas y no no implica, en manera alguna, que no se puedan tomar de resolverlas. Y aquí debo formular una crítica que ya esexámenes de nivel ya que tal idea no figuraba en ninguna bocé antes: en este aspecto, la política universitaria del gode las declaraciones programáticas aprobadas en su mo- bierno radical es totalmente equivocada. Tengo que demento. Por lo demás, en el ingreso irrestricto que conocicirlo con absoluta sinceridad: no se siguió una de las líneas mos entre los años 56 y 66, existía ya un curso de ingreso y concretas de la campaña política que se propuso en la Coun examen de nivel que determinaban quiénes podían misión Asesora de Educación y donde se contemplaba el ingresar y quiénes no, y no por ello se entendía que la me- no caer en concesiones al populismo y a la izquierda. De dida era una restricción al ejercicio de un derecho ciudada- ahí que sea necesario, ahora, propiciar una política univerno. Era, simplemente, una prueba de competencia. ¿A sitaria progresista y crear nuevas universidades, redistribuir quién se le ocurre pensar, por ejemplo, que no se debe exi- la matrícula, elevar el nivel de la enseñanza y encaminar a gir el certificado de estudios a alguien que egresa de la Es- las casas de estudio hacia su tarea específica mayor: el egrecuela Secundaria, o que cualquiera que sepa leer y escribir so de especialistas y profesionales bien preparados para hatiene ganado un sitio en la universidad?

lo que dijo Di Tella de que no en todas las universidades universidad, lo harán las privadas. ocurre el mismo fenómeno. Yo pertenezco a la Universidad de La Plata, que se puede considerar de las grandes y conforma, creo, un panorama bastante completo de lo que que cuenta con alrededor de 50.000 estudiantes, pero que nos sucede. De ahí hay que destacar, me parece, un fenó-Buenos Aires. Allí hay, en verdad, un aumento conside- ñana cuando deseen ejercer su carrera, no encontrarán su rable de la matrícula ya que, de cinco años a esta parte, hu- lugar en la sociedad porque no habrá fuentes de trabajo. bo un fuerte incremento en la Facultad de Humanidades, Por ejemplo: el INOS ha estimado que, dado el sistema de

haya grupos ideológicos distintos que posean sus propios se normaliza en unos tres años. Pongo el ejemplo de esta accesos educacionales y sería muy malo que sólo los tengan universidad porque indica con claridad que si se tuviera el los grupos más confesionales y conservadores. Lo que quiero coraje de imponer una prueba de nivel los problemas ac-

conoció con el nombre de "plan Tachini") y también du-Osvaldo Guariglia: —Básicamente estoy de acuerdo con rante el gobierno del general Lanusse. ¿En qué consistió la provincia de Buenos Aires, o miniuniversidades como las El ingreso irrestricto significa la ausencia de lo que se co- de Lomas de Zamora o Luján, que de ninguna manera cer frente a las exigencias que plantea la modernización del Por otro lado, me interesa hacer un comentario acerca de país. Tiene razón Klimovsky: si esto no lo hace nuestra

Gregorio Klimovsky: -Lo que hemos dicho hasta ahora —a la vez— no tiene planteados los problemas de la de meno irracional: la preparación de profesionales que masobre todo en la carrera de psicología, y también en el área salud existente, el país sólo tiene capacidad para dar traba-



jo a entre 30 y 50.000 plazas médicas y que es imposible financiar un mayor número de ellas (y hasta financiar posiciones individuales como la de la instalación de consultorios particulares). Bien: hoy hay en Argentina nada menos que 80.000 médicos y se calcula que, en términos generales, en diez años habrá 80.000 más. Esta enorme desproporción augura, de manera inevitable, un grave conflicto social. Lo mismo sucede con los arquitectos en la zona del Gran Buenos Aires y de La Plata: existen 5.000 arquitectos en La Plata y hay, en este momento, sólo dos estudios dirigidos por arquitectos que atienden todas las necesidades del lugar. No sé qué hace el resto de los arquitectos; puede que se dediquen a otra profesión (la de taxista, por ejemplo, que seguramente es hasta más remunerativa). La situación, entonces, es alarmante. ¿Qué ocurre? Más allá del discutible criterio del ingreso irrestricto, y de la forma en que se plantea, está el hecho de que no se estudia cómo debe desarrollarse la matrícula. Sostengo, en lo que me es personal, que el Estado debiera reservarse cierta clase de planeamiento de acuerdo con las necesidades del país. Planear no es ninguna ofensa: significa hacer uso de postula-

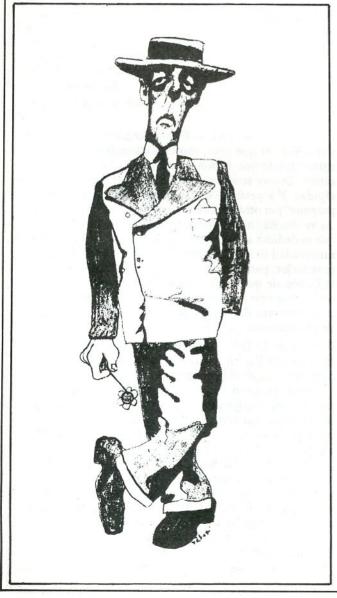
"abierta y popular", como se estila decir (de la que el ingreso irrestricto es algo así como la reductio ad absurdum) puede tener consecuencias muy delicadas: egresados, por ejemplo, cuyos títulos no valdrán absolutamente nada. A eso se añade (y en fecha reciente lo conversé con gente de FLACSO) otro dato que también alcanza una dimensión latinoamericana: el nivel de información que se ofrece a los alumnos universitarios desciende cada día. Se ofrece menos, en menor número de horas, menor número de clases y menor altura intelectual. Aquí es pertinente destacar que, en Argentina, de un año sólo empleamos seis meses para ofrecer información a los alumnos y que esos meses están, a la vez, plagados de feriados y de huelgas.

Torcuato Di Tella: -La planificación de la que hablé

antes implicará, sin dudas, la creación de algo similar a cupos que contemplen, por un lado, el ingreso irrestricto pero no con un sentido laxo, y por otro la capacidad de las instalaciones y del sistema económico en que se enmarca la universidad. Por cierto: este criterio es el que se aplica en los países occidentales desarrollados y también en los llamados socialistas —y aún más rígidamente en éstos. De todos modos, la situación en Argentina es muy particular debido, sobre todo, a nuestra historia reciente, y soy del parecer de que debemos diseñar estrategias partiendo de lo existente y lo posible a fin de evitar —como lo señaló Klimovsky— catástrofes sociales. De lo contrario, habremos evitado una minicatástrofe (como la que pudo crear en su momento la agitación estudiantil) para crear una catástrofe mayor dentro de diez o quince años. Hay, ahora, un período de tiempo para mejorar la universidad: año a año la situación se modifica gracias a la legitimidad que se obtiene a través del sistema democrático y de un sistema universitario como el actual, con participación activa de los diversos claustros —y que forma parte de la legitimidad argentina vigente. Aun cuando creo que la participación estudiantil —de aproximadamente un 25%— es muy alta, es algo que se puede modificar en el futuro y por el mejor camino: el régimen consensual. No nos olvidemos, además, de que en una democracia los cambios son más difíciles de obtener —más difíciles pero, también, más seguros. Los ejemplos de lo que está ocurriendo en Francia y en España son elocuentes. Hay que darse cuenta, por otro lado, de que vamos hacia un sistema educacional heterogéneo donde habrá, en la universidad, un conjunto de estructuras distintas de diferentes grados de enseñanza. El ciclo básico está actuando como filtro porque sale más gente de la que entra y eso no está mal porque viene a ser, en definitiva, un examen de ingreso. Ese ciclo, tal como ésta o un poco más largo, puede funcionar como filtro, insisto, y después de él podría instaurarse —y aquí dejo caminar a la fantasía— otro ciclo de licenciatura, semejante al de las licenciaturas actuales, que otorgue un título que valdrá, sin duda, menos de lo que lo hace el título tradicional, y sólo después un curso de postgrado (muy exigente ya que, sobre todo en algunas materias, se trata de los títulos que tendrán más valor). En materias como computación, por ejemplo, a quien desee ingresar podrá tomársele un exados e hipótesis racionales para formular predicciones y lle- men muy selectivo en su momento, o se le podrá exigir un var a cabo acciones lógicas que tengan un efecto benéfico nivel de nota muy alto en el ciclo básico, lo que hará que para la población y la nación en general. Todo esto me lle- los alumnos así ingresados sean muy especiales. No dudo va a pensar que este compromiso de una universidad de que estas medidas encontrarán resistencias dado que

hay muchos intereses creados. Su resultado, además, será visita, la Universidad de Puerto Rico tenía una matrícula nueva estructura que se sitúa contra la mentalidad dominante en los círculos universitarios y en amplios sectores docentes. Pero primero hay que plantearse si tal objetivo es deseable o no porque, entre otras cosas, debemos enancarlo dentro de las estructuras actuales (que, confiamos, no serán modificadas por el régimen político vigente).

Osvaldo Guariglia: - En términos generales nuestras posiciones son coincidentes. A esta altura, me importa llamar la atención sobre el siguiente punto: creo que lo que con frecuencia distorsiona el papel de la universidad, su presencia social, está en el hecho de que juega un rol encubierto. Me explico porque esto lo pude comprobar personalmente en la Universidad de Puerto Rico, tal como lo compruebo ahora en Argentina. En 1970, en mi primera



que continuarán existiendo taximetristas licenciados en argrande pero continuaba siendo de un buen nivel y luego, quitectura pero que ya tales licenciados (egresados de cur- en 1980, en mi segunda visita, ya se había vuelto imposos acortados) no llamarán la atención —como sucede en sible de manejar. ¿Qué había pasado en este tiempo? En Estados Unidos, donde nadie se asombra de que un obrero ese lapso hubo una explosión demográfica y una caída gesea bachelor. El punto crítico es, aquí, cómo organizar esta neral de los ingresos, lo que provocó una situación social nueva y ante la cual el Gobierno Federal implementó un sistema de becas a los estudiantes como una manera de aliviar tensiones. Eran becas escasas, de poco dinero, pero impedían la desocupación, o por lo menos la encubrían, y además, evitaban la drogadicción, el vagabundeo y otros males. Algo de esto, repito, ocurre en nuestro país, y me remito a lo que sucede en la Universidad de La Plata: dónde van a parar, por ejemplo, los desertores? Porque de 2.000 ingresos producidos, al año siguiente sólo quedan 700 o 500, sobre todo en carreras que tienen mayores visos de profesionalismo. Es obvio que esa gente, a lo largo de dos años, no ha formado parte del ejército de desocupados, que en ese período ha estado a la espera de alguna oportunidad de trabajo y que, cuando la encuentra, abandona sus estudios. El modelo que esbozó Di Tella apunta en esta dirección: es una forma de que ese sector social no salga a la calle y de que gane tiempo a través de una mejor preparación. Sería bueno, y cuánto, que las autoridades universitarias se atrevieran a encarar algo así y propusieran un programa de estudios generales de dos años, y por ese camino, ofrecieran cierto nivel de cultural general y una especialidad —digamos— técnica-contable que capacitara, por ejemplo, para ser mejor empleado bancario (y, todos lo padecemos, nuestros empleados bancarios, sobre todo los de los bancos oficiales suelen ser ineficaces). En la actualidad, para ser bancario, se exige el título de bachiller: pues bien, dentro de unos años se podría exigir este segundo título de que venimos hablando y así la llamada universidad masiva cumpliría un papel social en consonancia con los tiempos que vivimos. Además, tal medida no incidiría en su propia estructura, quiere decir: no impediría que se efectuaran inversiones tanto en recursos naturales como humanos para la tarea realmente importante que es el desarrollo del posgrado y, en especial, el posgrado para la formación de recursos humanos de alto nivel (tanto de profesionales como de investigadores).

> Gregorio Klimovsky: - Algunas breves observaciones. El punto de que hablamos al principio de esta charla acerca de la separación del título académico y del profesional soluciona en parte el problema del "numerus clausus" al que ya nos referimos y sobre el que Di Tella observó que la planificación también puede llevar a él. El "numerus clausus", a mi entender, es un número profesional, una especie de advertencia hecha de antemano que se efectúa a los interesados sobre cuántos serán en principio los que podrán cursar normalmente una materia. Yo creo, por lo demás, y vaya como aclaración, que la universidad tiene que estar abierta porque, si detecta gente con vocación y capacidad, debe ampliar ese número y la concesión de títulos académicos (y aquí me refiero, por ejemplo, al caso del número de médicos que mencioné más arriba). Frente a un criterio como éste, el interesado tendrá que decidir si entra en la competencia académica al ser aceptado en la carrera.

> Por otro lado, pienso que es muy importante la observación que hizo Guariglia acerca de los títulos intermedios,

éste continúa existiendo y llega a tener dos años, habrá que les exija poco: se formarán por su cuenta. pensar en aprovechar la ocasión para otorgar algún título intermedio). Tal como veo las cosas, -y conste que me atrae la idea del ciclo básico—, creo que es verdaderamente conveniente planear la carrera de grado con títulos intermedios, de manera de evitar, por ejemplo, la frustración de la desersión: hay que crear títulos que correspondan al escalón al que llega cada alumno. Y aquí tengo que añadir que comparto las precisiones hechas por Di Tella acerca de los beneficios que el régimen democrático puede dar a la marcha de la universidad, sobre todo en su manera de funcionar. Esto quedó demostrado en la universidad que tuvimos del 55 al 66. Desgraciadamente, mi temor es al de la experiencia mexicana: allí, y de forma un tanto peculiar, se puede hablar de sistema democrático pero hay que reconocer que los organismos de autocontrol democrático de la universidad, curiosamente, y en cierto sentido un poco heterogéneo, han empeorado la situación. Esto plantea, por lo demás, un problema importante, que no atañe sólo a la universidad sino al funcionamiento democrático de un país: ¿cómo se hace —es la pregunta— para que el funcionamiento democrático optimice los instrumentos democráticos para mejorar las instituciones? En este punto comparto lo dicho por Guariglia sobre el problema educativo argentino, y en particular el universitario: las medidas democráticas no siempre han apuntado a lo mejor y de ahí, entonces, que en esta ocasión debamos ayudar para que cumplan cabalmente sus propósitos. Y eso reconociendo —demás está decirlo— que las diferencias con la universidad de la dictadura son enormes y notables.

Una observación final acerca de las universidades del interior que se crearon un poco inconsultamente, sin tener en cuenta lo que sucedía en la Capital. Ahí, tengo que reconocer que, por ejemplo, en el caso de la Universidad del Nordeste terminé por convencerme de que, desde el punto de vista cultural, Corrientes y Resistencia cambiaron su fisonomía v su funcionamiento intelectual con la instalación de universidades: allí hay ahora librerías, movimientos estudiantiles y un alumnado considerable, y además los jóvevista perfeccionista, en el que incluso yo mismo caigo con frecuencia, el resultado quizás no es óptimo, pero como fenómeno social es muy a tener en cuenta. A mi entender, el gran error de las universidades del interior es que fueron creadas según un modelo, el clásico, que ya está perimido y que resultaban inadecuados para el país. La situación puede modificarse con cierta facilidad, quizás creando universidades de punta, conservando aspectos de la universidad de masas y hasta con el fenómeno de la educación a distancia.

sobre la necesidad de diversificar las estructuras universitarias: necesitamos una estructura heterogénea y pluralista y que allí se incluya la difusión o la extensión cultural. Lo los estudiantes no son todos iguales, y que a algunos de mente una vocación no van a perder —creo— el tiempo, do.

aun cuando no los veo asociados al ciclo básico (aunque, si aun cuando la universidad (debido a su condición masiva)

Gregorio Klimovsky: —Habría que someter esa sugerencia a análisis. Tengo la impresión de que en algunos casos sucede lo que vos decís, pero en otros no porque por falta de información los estudiantes ignoran sencillamente lo que no hacen. Por ejemplo: me he encontrado repetidamente con egresados de ingeniería con mucha vocación y veo que se desayunan de lo que no saben, de lo que no han hecho, en el momento en que tienen su primer choque profesional o su primera responsabilidad.

Torcuato Di Tella: - Ese es el problema grave. La capacidad para el autoestudio o la autodidáctica la tiene poca

Osvaldo Guariglia: —Ya que hablamos de ejemplos prácticos hay que decir que el desaliento es enorme cuando el estudiante, a lo largo de dos años, no sabe a ciencia cierta qué es lo que está haciendo.

Torcuato Di Tella: —Hay que cuantificar un poco. Una de las cosas que suceden en las sociedades democráticas avanzadas, donde casi todas las universidades son de masas en algún sentido, es que se posterga la maduración o se extiende la adolescencia. Y el que ésta se extienda durante un par de años, sin que los alumnos ganen la calle, se dediquen a la agitación más o menos irresponsable o abracen la revolución social, ya es algo. Se está otorgando una suerte de canal de formación donde el estudiante puede, por ejemplo, desarrollar relaciones sociales con sus compañeros, con la vida comunitaria.

Gregorio Klimovsky: - Esos procedimientos, Torcuato, por benéficos que sean, son una optimización de los instrumentos de que dispone la universidad y el sistema educativo. En este sentido, se podrían hacer cosas mucho más rápidas. Y a pesar de que la maduración, por un lado, se pospone, por otro también es cierto que los chicos manejan ahora mucha más información que antes (y sobre todo los que se dedican a computación). Lo que no está claro es si la universidad es racionalmente la mejor, o aproximadamente la mejor, para lo que el país necesita. Yo tengo un poco nes ya no emigran. Si se juzgan las cosas desde un punto de la ilusión de que lo que vos decís, y que es una gran verdad, se asemeja bastante a la postura de Adam Smith y Ricardo respecto del Laissez-faire. Yo quisiera un poco más de planificación racional.

Torcuato Di Tella: —Yo diría que, después de un par de años de estudio, en la universidad tiene que darse necesariamente el equivalente a una selección del alumnado. Por lo demás, tanto en América Latina como en Argentina estamos como condenados a tener una universidad de características masivas aun cuando mañana se tome un examen tan liquidador que acceda uno de cada siete aspirantes (y Torcuato Di. Tella: -Es evidente que convergemos esa proporción es, en rigor de verdad, la que el sistema puede absorver). No nos olvidemos de que existe una demanda social para ingresar en la universidad y que ésa es una oportunidad que no debe negarse. Volvemos a lo misque hay que tener en cuenta, puestos a planificar, es que mo: hay que reformar las estructuras universitarias vigentes para así no engañar a nadie y, a la vez, mejorar consideellos podemos obligarlos a perder el tiempo si los progra- rablemente los niveles de información y de formación. Y mas se flexibilizan demasiado. Es un costo —y toda institiene que desmonetizarse el valor de lo que se llama título tución tiene su costo. Aquellos estudiantes que tienen real- univeristario: es algo que está sucediendo en todo el mun-

#### LEONARDO SCIASCIA

# LA MEDICALIZACION DE LA VIDA

(Traducido al español como Occidente y la muerte)

Leyendo los Essais sur l'histoire de la mort en Occident (traducido al español como Occidente y la muerte) de Philippe Ariès, se me ha ocurrido una obvia e importante reflexión (tan obvia que nunca me la había hecho antes, y tan importante como para echar a andar todos los engranajes de la memoria):

que el haber vivido —remitiéndome a la medida dantesca— durante más de la mitad de mi vida en un pueblo siciuna transformación "des attitudes de l'homme occidental sentido decir de poquísimos que fueran esperados en el padevant la mort",1 que en otras partes se ha producido en raíso) y el eterno asarse en el infierno, llamar al médico era un lapso francamente secular y que, percibida y analizada un acto puramente formal, de conveniencia social. Se perhistóricamente, ha cambiado de modo imperceptible, inadvertido, a través de varias generaciones. Tengo, pues, no sólo el recuerdo -con estupor, con maravilla- del pasaje de la lámpara de petróleo a la luz eléctrica (un sentimiento de inundación, de inundación de luz: la primera que cuando el médico, para estar a su vez en regla, escribía noche que al mover el interruptor se encendieron las lámpras en mi casa y en las demás), del coche al automóvil, del gramófono a la radio, de la nieve que en verano traían las carretas desde los glaciares de la montaña al hielo fabricado en el pueblo, de la película muda a aquella, ay, hablada; tengo incluso el recuerdo del paso de una idea de la muerte a la interdicción relativa a la muerte.

Lo que Ariès llama "medicalización de la idea de la vida" es una parte dominante de la interdicción sobre la ministradas, por miedo de que apresuraran el fin o que sómuerte, de la muerte. Quiero detenerme sobre ésta, recordando y reflexionando.

En los años de mi infancia, en el pueblo de campesinos y trabajadores del azufre en que vivía, "llamar al médico" médicos y medicinas formaban parte de aquel decoro del estaba en relación con "llamar al cura". El cura era llama- cual una familia debía dar prueba en la muerte de un ser do para que el moribundo se pusiese en regla con el más querido; eran los elementos de un ceremonial que preluallá; el médico, para que los familiares quedasen bien con diaba al funerario. Nadie se preocupaba por saber el diaglos conocidos, con los vecinos; en resumen, con la so- nóstico; por otra parte, lo que el médico decía no era más ciedad. Que no se dijese, acusando a la familia de desafec- claro que el latín del cura. Y nadie creía en la curación. La to y encima de tacañería: "ni siquiera le han llamado al muerte era "muerte y solo muerte",2 ya se anunciase de médico". Sin embargo, mientras que llamar al cura era un tiempo atrás o sobreviniese de improviso.

hecho de sustancial importancia, dado que entre llamarlo y no llamarlo corría para el moribundo la diferencia entre liano, más bien cerrado y remoto, me había permitido vei una temporaria estadía en el purgatorio (recuerdo haber tenecía, pirandellianamente, a las reglas de la apariencia. Los que lo llamaban (siempre demasiado tarde) a visitar a un enfermo, no creían que el médico pudiese de veras curarlo (y en los hechos, a aquella altura ya no lo curaba), así una receta, ir a comprar las medicinas era un sacrificio extremo a las apariencias, y se tenía el sentimiento, el resentimiento, de estar ante un capricho o abuso de parte del médico (de ahí el considerar bueno, excelente, al médico que se limitaba a recomendar el cuidado del abrigo, lavados externos e intestinales, dietas, y la fama de asno endosada al que prescribía medicinas). En muchos casos, consumado el sacrificio de la compra, las medicinas no eran sulo vinieran a desagradar por su sabor al enfermo o a darle miedo (miedo de cualquier medicamento que no fuese el aceite de ricino o la quinina), inútilmente. Por lo demás,

Cuando se anunciaba, cuando se sentía, cuando no llegaba "repentina" (augurar "muerte repentina" era la máxima expresión de odio), la muerte no era ocultada a quien fuese su presa. El enfermo era informado de su estado: que se preparase. Cuando luego, al convertirse la respiración en estertor, se veía que comenzaba la agonía, venían los saludos extremos y las últimas recomendaciones entre los familiares y el moribundo. Y las recomendaciones no partían del moribundo a los familiares, sino también de los familiares al moribundo. Le recomendaban que tratara de encontrar, entre las ánimas santas del purgatorio, a aquel pariente muerto hace poco o hace mucho; y a veces que le diera noticias de acontecimientos familiares o mensajes como éste: que seguían haciéndole misas; que intercediese, ción, dentro de aquellas categorías sociales que con envidia lamento de Iván Ilich "se sentía a través de tres puertas y desconfianza los campesinos llamaban "letradas". Pero cerradas; es algo insoportable, no sé cómo lo he podido reun amigo mío, de un pueblo vecino (Delia, en la provincia sistir", dice su mujer. Tres puertas cerradas evidentemente de Caltanisetta) conserva viva (y a veces terrible) memoria no bastaban; eran necesarios muros, un desplazamiento de tal costumbre; e incluso recuerda, no como una anécdo- institucional. Que en ese momento no existía y era impenta oída contar sino como una crónica precisa, que, a punto sable, salvo en los casos de escualidez económica, es decir, da del moribundo demuestra que aquella idea de la muer- civilizada. Antes no se admitía que se pudiese nacer o mote comenzaba a volverse insoportable.

calización de la idea de la vida", lo vi desenvolverse, pues, llevado al hospital. entre 1925 y los años de la segunda guerra mundial: en un

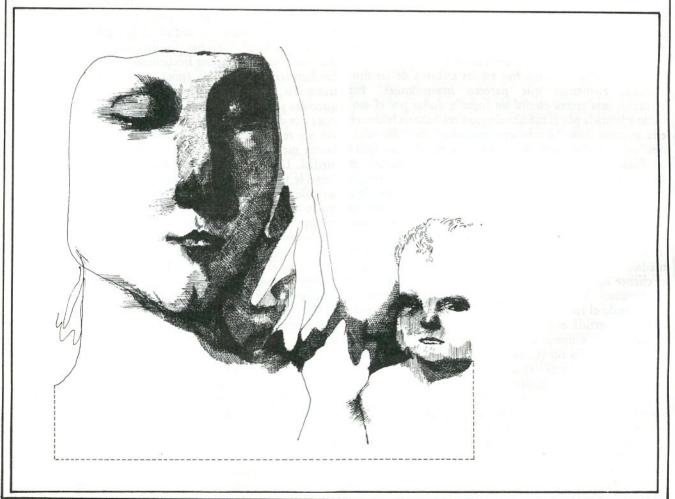
de lo que pediría el cuidado de las apariencias. Vemos de este modo una nueva, distinta, tremenda hipocresía -- ya no aquella requerida por el decoro- que comienza ahora a rodear la enfermedad y la muerte. Los familiares no creen que los médicos y las medicinas puedan hacer algo por Iván Ilich: pero se comportan a su alrededor —esto es lo importante— como si lo creyesen totalmente. Creo que podemos insinuar que los médicos y las medicinas son para ellos, inconscientemente, instrumentos punitivos, respecto a aquel que impúdicamente los convierte en espectadores de su propia muerte, de la muerte. "La idea manifiesta de Praskovia Fedorovna sobre la enfermedad de su marido, dicha a los demás y a él mismo, era que toda la culpa la tenía el propio Iván Ilich y que aquel era un nuevo desprecio que le para cuando ellos se murieran, por la salvación de sus al- hacía.". Por lo demás, el lugar en el que Iván Ilich vive su mas... De eso me acuerdo vagamente, como de una cos- propia muerte ("Desde que se había enfermado dormía tumbre en vías de desaparecer que los míos consideraban solo, en una pequeña recámara junto al estudio") preludia chocante y cruel; de que ya comenzaba a actuar la interdic- ya la muerte "fuera de casa", la muerte en hospitales. El de morir, un viejo encontró aliento y espíritu para decirle a cuando se rebajaba el decoro. Corresponde decir que he los familiares y vecinos que le encargaban que llevara noti- asistido incluso al pasaje de una concepción del hospital, cias y mensajes a los parientes difuntos: "escríbanmelo en en la cual el terror del que tenía que terminar en él se papelitos, porque si no me olvido". Esta anécdota puede correspondía a la vergüenza de los familiares que se veían servir incluso para marcar el crepúsculo de una costumbre, obligados a llevarlo así, a una concepción exactamente ya que la podemos situar a fines de los años veinte (1928- opuesta: del ir al hospital y del ser llevado por alguien de la 29). La reacción "humorística" —o que así fue interpreta- familia como signo de decoro y de mentalidad moderna y rir fuera de la propia casa; hoy se considera un signo de El pasaje de la idea de la muerte a la interdicción sobre atraso o de indigencia el hecho de que un parto ocurra en la muerte que se realiza, sobre todo, a través de la "medi- la casa o que un enfermo, sobre todo si está grave, no sea

Pero volviendo a la muerte de Iván Ilich: hay tantas cosas plano muy popular y en un área de especial atraso. Entre la en ella que tienen relación con la actitud del hombre occiburguesía europea este cambio se produce por lo menos dental ante la muerte y la medicalización de la vida que medio siglo antes, si consideramos como fecha ad quem el podrían escribirse, sobre este relato de menos de cien págirelato de la muerte de Iván Ilich, de Tolstoi. Iván Ilich nas, trescientas de reflexiones y de análisis. Pero me limitamuere, al mismo tiempo, como se moría antes y como se ré a tres puntos que me parece que señalan con más evimorirá después. Estamos en 1884 (la redacción definitiva dencia el cambio de actitud. El primero es el que se refiere del relato es de 1886). Subjetivamente, Iván Ilich vive a la confesión y comunión del moribundo, que ya es claro (precisamente: vive) la muerte antigua: no diagnosticada, que no se cumple la función de ponerlo en regla con el más innominada. Objetivamente, la suya es una muerte "mo- allá sino que constituye ahora una formalidad que oficia de derna": para quienes lo rodean, para nosotros, lectores de pasatiempo, de pausa, de distracción al dolor, que lleva a hoy. Su muerte tiene un nombre para nosotros, y quizás los pensamientos del agonizante no a la muerte y a Dios sipara sus familiares, que ya "modernamente" se lo escon- no, en cambio, a la vida, a la posibilidad de curar: "Volvió dieron: cáncer. Y su muerte se produce, progresa, por un momento a pensar en el intestino ciego y en la posipodríamos decir, con bastante, aunque todavía no premibilidad de curarlo. Se comunicó con los ojos mediante las nente, "medicalización". Los familiares no creen en los lágrimas. Cuando lo volvieron a tender estaba casi bien. Se médicos ni en las medicinas más de lo que pueda creer el puso a pensar en la posibilidad de la operación que le hamismo Iván; pero le imponen al enfermo las visitas de tres bía propuesto". En efecto, lo que le ocurre ahora a Iván médicos (Iván Ilich, cuando todavía confía en los médicos, Ilich confirma que, en el momento de morir, se encuentra prefiere ver a aquellos no célebres de los cuales ha oído que en la bisagra entre dos épocas, entre dos concepciones del han curado a alguien, y una vez, a escondidas, a un home- mundo. Aunque confusa y larvadamente, en él se está ópata) y la asidua del médico de cabecera, tanto más asi- operando una sustitución, que en el futuro se precisará y dua a medida que se acerca el fin. Le obligan a seguir sus perfeccionará: el médico, en el que no ha logrado creer, prescripciones, a tomar remedios. Y vigilan, lo pescan en sustituye al cura, en el que ya no cree. Como si el cura huinfracciones y se lo reprochan con un celo que va más allá biera transferido al médico, a su cabecera, la vieja, antigua

idea de la muerte; y el médico no hará sino desvanecerla, "medicalización de la idea de la vida". Con el médico-juez segundo punto consiste en aquella especie de saludo al hijo Knock o le triomphe de la médicine. Año 1923. (que en su aparente casualidad es como una sobrevivencia del saludo de los familiares del moribundo en el mundo comedia brillante, una burla; creo que contribuyó mucho campesino), que al moribundo le produce alivio y preocu- a que se le considerara así la interpretación de Louis Jouvet, pación a la vez: alivio, paz, advenimiento de serenidad, en llevada en el sentido de la caricatura hasta un extremo que lo que se relaciona con su muerte, según la antigua idea de sólo un gran actor como él podía permitirse. Tilgher, que la muerte; preocupación, en lo que se relaciona con la vida la vio interpretada por otro actor, no la tuvo por una comede su hijo: que no vea la muerte, que comience a respetar dia brillante o una broma; quizás incluso porque, lleno cola interdicción que está por caer sobre la muerte. Y, por úl- mo estaba de pirandellismo, le fue fácil vincularla con Pitimo, en aquel punto de extraordinaria, admirable, "futu- randello, adaptando la fórmula de la dualidad entre la virística" intuición que consiste en la comparación que surge da y la forma a la dualidad entre la salud y la enfermedad: en Iván Ilich entre el juez -él mismo lo es- y el médico. la enfermedad como forma, como "conocerse". Digamos "En resumen, todo ocurrió como en el tribunal. La cara que acertó, respecto a nuestros lectores de hoy. Y sería que él le ponía al acusado, la misma precisa cara se la puso incluso acertada una interpretación escénica en clave no a él el célebre médico... Lo miró, severo, a través de los demasiado brillante y caricaturesca, sino dramática, y con lentes con un ojo solo, como diciendo: acusado, si no se li-toques de lúgubre locura. Pero, indudablemente, en 1923, mita a las preguntas que se le hacen, me veré obligado a dado que el proceso de medicalización de la vida (tout hacerlo retirar de la sala de audiencias". Inescrutable, co- court de la vida, puesto que una idea de la vida incluye mo el juez. Como el juez, no obligado a dar cuenta de na- una idea de la muerte) estaba bastante avanzado; Jules Roda —y sobre todo de la sentencia que emite. Y así como el mains había pensado burlarse, representando un caso parajuez puede equivocarse o acertar haciendo abstracción del dójico y extremo de fanatismo profesional, de fanatismo error o de la razón, puesto que lo que cuenta es la afirma- médico, que en un área socialmente atrasada logra un proción de la ley como quiera que sea interpretada, el médico selitismo total. Seguramente no sabía que su comedia se hace abstracción de la enfermedad o de la salud, puesto que alzaba como una tremenda profecía que por primera vez

subrogarla totalmente a la idea de la vida medicalizada. El de Tolstoi nos acercamos al doctor Knock de Jules Romains.

Knock o el triunfo de la medicina fue considerada una lo que cuenta es la afirmación de la medicina, es decir de la presentaba la realidad de un país atrasado, sobre todo en el



las mutualistas.

Dice el Evangelio que los últimos serán los primeros. Y meridionales todos están enfermos. No se crea que el fenómeno es sólo oficial y estadístico, que aparece en los documentos de las sociedades mutualistas y en los balances pero Estamos en una atmósfera de comedia, estilo Knock, pero necesarios para (digámoslo así) asistirla sanitariamente. una comedia en la cual el triunfo de la medicina llega al notario: se limita a la tarea de registrarlo.

De semejante comedia hay en los archivos de las mutualistas elementos que parecen inverosímiles. Por ejemplo, una receta escrita sin lugar a dudas por el asociado y firmada por el médico sin siquiera haberla leído: en ella se prescriben "2 cajas comprimidos" de "Siuvadardin", queriéndose decir dos cajas de un remedio que quizá sea Furadantin (la escritura es clara y burda, trabajosa; es visible la fatiga de quien, desde la escuela, no ha tenido ocasión de escribir otra cosa que su propio nombre). Otra receta prescribe, entre otras medicinas, un rollo de película en colores Kodak; cabe fácilmente imaginar que el asociado le llevó al médico las envolturas de los remedios, pidiéndole que transcribiera los nombres en la receta; y el médico ni siquiera se dio cuenta de que con las envolturas el cliente había mezclado el de la película Kodak (no lo imaginamos, lo sabemos con certeza, y sabemos también que cuando el farmacéutico telefoneó al médico para señaquilamente: "y usted no se la dé"; el rollito de película, que una farmacia no vendía). Son casos límite y bastante divertidos, pero detrás hay una vista, continua y progresiva degradación de la profesión médica; a veces el médico reacciona ante ella burlándose de su propia degradación y acentuándola. Y vale la pena señalar otro caso límite en este sentido. El médico que al pie de una receta (que prescribe un remedio para una hepatitis) le envía un saludo a la farmacéutica: "Hola Ana María, ¿cómo estás?" lo que recuerda al maquillista que en Los muertos queridos arregla el rostro de los cadáveres que envía a la peinadora a manera

aspecto higiénico-sanitario, como Italia. La Italia, hoy, de de un mensaje amoroso. Y aquel otro, que junto a la Citruplexina prescribe una botella de champaña y un pan dulce: y lo bueno es que la farmacéutica María Rosa Conlas poblaciones de Italia meridional son realmente las pritissa, de la provincia de Cianciana, consignó a la mutualismeras en el avance arrollador de la medicalización. Tam- ta la Citruplexina, el pan dulce y el champaña, mandando bién en lo de velar a un enfermo, como en el final de la co- una cuenta de 2.500 liras. Y una más: el enorme consumo media de Jules Romains, ya que en el caso de los pueblos de jarabe de bromoformio compuesto que se registra en la comuna de Villa-franca Sicula: una pequeña averiguación dispuesta por la mutualista descubre que es usado como rosolí. Y aquí entramos en el tema de la cantidad; de un que no existe en la realidad. Aunque se origine en el hecho examen sumario de las recetas se desprende que cuanto de poder tener gratis médicos y medicinas, el fenómeno es menos cuesta una medicina, tanto más el médico está obliverdadero y de una desconcertante efectividad. No hay gado a recetarla. Por ejemplo, la prescripción de dos libros persona que se asista en una mutualista que no tenga algu- de aceite de vaselina, de diez cajas de Citroepatina y de Alna enfermedad (una por lo menos) y que no tome más de calosio (que llevaría años consumir) es muy frecuente. O una medicina (nunca una sola) para curársela. Natural- enormes cantidades y alto el precio, de modo que el antimente, con el auxilio y el aval de un médico. Fiel al anti- biótico recetado es siempre el más poderoso, cuando en la guo axioma de que el mejor médico es el enfermo, todos se mayoría de los casos bastaría uno más débil y menos costohan convertido en propios médicos, incluso porque, al co- so. Se entiende por qué en la provincia de Agrigento, una mienzo del proceso individual de medicalización, se pre- de las más despobladas por la emigración, el gasto de las fiere descubrir en sí mismo una enfermedad que coexista mutualistas en 1976 fue de 16.979.539.910 liras por con la salud; mientras que el médico —y aquí sobrevive la 4.593.330 recetas; esto quiere decir que, promedialmente, antigua desconfianza— no sabe descubrir una enfermedad cada habitante de la provincia, desde los lactantes hasta los que no decrete la enfermedad íntegra, ya se trate de un pe- octogenarios, ha tenido su receta. Son cifras vertiginosas, queño resfrío o de una leve dispepsia. El médico, en resu- sobre todo la de los gastos de las mutualistas, si consideramen, no es alguien que descubre la enfermedad, le da un mos que probablemente la provincia entera no ha invertinombre y la cura, sino que es sólo el que firma la receta. do para alimentarse, más de los 17 millones que han sido

Una farmacia de pueblo dispone de unos siete mil tipos punto de caer y revolcarse en la degradación del médico. de remedios: cerca de la mitad de los que existen en el Este ya no es el protagonista del triunfo, sino burócrata, mercado nacional. Y no hay una de estas medicinas que no sea —con mayor o menor frecuencia— recetada y pedida. Las farmacias que en una época, en los pueblos, de puro tranquilas, hacían de punto de reunión, están ahora enloquecidas y ruidosas. A menudo, y lo digo puesto que, en mis raros descansos, lo he visto muchas veces, los asociados van sin receta: le piden al farmacéutico que les den una buena medicina para aquel malestar, para aquella enfermedad. Dicen: "después me la hago escribir". Es decir: luego le traigo la receta. Y esto, creo, porque confían, de acuerdo con la calidad de la medicina, que según ellos toma su mérito del precio, más en el farmacéutico que en el médico: aquel tiene interés en dar el remedio más caro y por lo tanto más eficaz; el médico, no siempre. El farmacéutico se encuentra en las mismas condiciones en que se encontrará el médico cuando el asociado le pida la receta a posteriori: puede negarse, pero con el resultado de perder un cliente. Por lo tanto la medicina, la marca que le han pedido, en espera de la receta. También él degradado a colarle la divertida equivocación, el médico contestó tran- merciante que prefiere mercar lo más costoso que tiene en

Y llegado a este punto me detengo, para evitar que estas anotaciones se conviertan en una amarga requisitoria: y me detengo en una obvia comprobación final: que el triunfo de la medicina está por firmar la destrucción del médico, si es que ya no la ha firmado.

#### NOTAS

- 1 "Actitudes del hombre occidental ante la muerte". (N. de T.)
- <sup>2</sup> En español en el original, cita de F. García Lorca. (N. de T.)

#### CESAR AIRA

## LOS ARAGONESES DE FAMATINA

ésar Aira es uno de los más destacados escritores de la literatura argentina actual. Entre sus libros figuran Moreira; Ema, La cautiva; Canto castrato; El vestido rosa y Las ovejas (en un mismo volúmen). Lo que aquí se publica forma parte de una narración más extensa.

atones), bajo el cartel con el nombre de bar, cuelga la ense- na asimismo. ña: un pocillo de café del tamaño de un barril, con su platito. Ahí en el aire, desmesurado, con el platito pegado a de café al reino del crimen. Porque el mal, tal como están la base del pocillo, el dispositivo no podría ser más irreal, y sin embargo haría pensar a quien levantara la vista, infaliblemente, en la realidad que evoca: un pocillo de café, servido en una mesa, humeante. Un triunfo de la afinidad simbólica de la mente.

Pero, un momento. Hay algo que no está. Es cierto que a toda representación le faltan muchas cosas para representarlo todo, incluso el todo entendido dentro de límites modestos, dentro de un marco intimista. Pero a veces la omisión de un detalle, de un elemento a primera vista superfluo, le quita toda propiedad a la miniatura. En este caso, la cucharita. Habría sido del tamaño de una pala. Podría haber estado suelta, apoyada en el platito, y caerse de vez en cuando, con peligro para la vida de los peatones que pasan por esta esquina, incluso los días de lluvia. O mejor, podría haber sido parte de una trama policial truculenta: víctimas aparecen decapitadas en las inmediaciones, guillotinadas en realidad, se ignora cómo se ha podido cometer los crímenes, es un psicópata que durante cientos de noches ha sustraído, entre las tres y las cuatro de la mañana, la cucharita gigante, para afilarla. Es medio mono, se trepa por las paredes y los carteles para recuperar su arma. Con lo que el asunto toma esa tonalidad baudeleriana, cara a Benjamin: los negocios se renuevan, sus carteles también, "la forma de una ciudad cambia más rápido zo Dalí, coronada de laureles cuyas hojas son cucharitas de que la de un corazón". Salvo que el corazón de un asesino psicópata no cambia nunca. En tren de imaginar argumentos para filmes terroríficos, estaría también el del sabio lo-

Precisamente en la esquina, suspendido a tres metros cucharitas punzantes, quizás incluso emponzoñadas con encima de los peatones (de los paraguas abiertos de los pe- curare, teleguiadas. Una gran amenaza, típicamente urba-

> De todos modos, es incongruente adjudicar la cucharita las cosas, coincide con el reino de la efectividad, y el café, el pocillo de café que se toma en los bares en los ratos perdidos, pertenece al capítulo inofensivo de la ensoñación y las pequeñas políticas. Hay una obra inolvidable de la artista surrealista Meret Oppenheim, que es un pocillo, un plato y la cucharita, los tres forrados en piel, una lujosa piel, la que se usa para los tapados de señora (no sé de qué animal). Esa obra, uno de los clásicos del "ready-made modificado", fue admirada durante décadas, en Europa, sin que a nadie se le ocurriera buscarle otro sentido que el indirectamente sadiano, o el sencillamente insensato: el arte, hacer cosas. O "la belleza". Pero bastó para que transpusiera el Atlántico, para que los críticos norteamericanos dijeran que se trataba de una... -cómo decirlo- una revelación de las inutilidades de la cortesía. Si el café, argumentaron esos críticos, es lo que uno pide en un bar para pagar (con el mínimo) el derecho a estar sentado allí un rato, charlando con un amigo, o solo, mirando pasar la gente con sus paraguas abiertos, ¿de qué sirve en realidad la bebida que hay dentro del pocillo? Deliciosa transmutación de los hábitos ciudadanos: uno entra a un bar, pide un "café" y le traen el pocillo de visón o cebellina o zorro. Se lo acariciaría.

Otra obra de arte: la cabeza de bronce del Dante que hicafé, en bronce por supuesto. Aquí estamos en presencia de otro fenómeno entre dos mundos. El más europeo de los artistas contemporáneos, Dalí, el último europeo de la co, genio del mal, que crea la máquina lanzadora de vieja escuela, fue el que supo buscar el auténtico sentido ción, y hagámoslo alrededor de una mesa de café.

sin pulir. Hecha la operación, el escultor le pidió un mes las más recónditas, las del juicio). para pulirlo. Y lo hizo, a mano, durante treinta días, diez al metal, que sólo sus bronces tiene. Cumplido el plazo, la maba: millonaria vino al taller a retirar la obra. Brancusi se ofreció a cargarla hasta el automóvil. Y cuando lo hacía, ella vio ca...! con sorpresa que por las mejillas y la gran barba rústica del el cheque). Su manito, la caricia de las caricias, fue regalaun instante pensativo...

La renovación automática del amanecer, el arte, hace debe nacer, nacer veinticuatro veces por segundo. Nacen, pero no mueren. Tiempo perdido. Las revoluciones del gesto de revolver el café, esperando que se disuelva el azú- y no se entendió nada. car, son una eternidad modestamente positiva, un infinito gesto dentro de cuarenta años, es nuestra vida inútil e in-

que podía dar una comunicación de mundo a mundo: el falta de higiene de esa almohada era notoria, aunque no dinero. Consiguientemente, su bronce admite una herme- más que la falta de sábanas en la cama. Los brazos esquelénéutica simple, y de índole política: si no podemos cam- ticos del anciano, y sus manos contraídas, se apoyaban en biar el mundo, esta ridícula querella de güelfos y gibeli- una manta oscura, de cuya superficie los dedos del morinos, por lo menos cambiemos el tema de nuestra conversa- bundo recogían automáticamente imaginarias miguitas. El cuartucho no tenía otra cosa que la cama, y la puerta, que Claro que no es preciso endosar estas interpretaciones. se abría para adentro; ahora estaba entreabierta, y sólo el De hecho, es mejor no hacerlo. Las obras de arte siguen fulgor del mediodía de verano hacía que algo de luz, muy presentes más acá de las palabras, en un estado de perpe- poco, que después de introducirse por lejanas ventanas tua aparición, el horizonte de perpetua aurora sobre el que mezquinas y recorrer con magnificencia los sórdidos correse recortan nuestras figuras pensantes. Recuerdo en este dores de la posada, llegaban a colarse en este triste rincón. momento otra escultura tan maravillosa como las ante- Lo mismo sucedía con los ruidos de la calle: gritos de niriores, y complementaria de ellas en cierto modo: la mani- ños, el parloteo de algunas mujeres, el resonar de un carro, to que hizo Brancusi para un coleccionista amigo (pero en el piafar de caballos. Junto al lecho del anciano esos rumorealidad, quién sabe para qué la hizo). No tiene descrip- res no llegaban con volumen suficiente para impedir que ción. Es un delgado trocito de marfil de menos de diez se oyeran sus palabras, de modo que el hecho de que no se centímetros de largo, sin forma evidente a primera vista. entendieran no podía adjudicarse a otra causa que la Se diría un cortapapeles incómodo, malogrado. No tiene cucharilla en la boca. Ese solo detalle le quitaba a la escena soporte, y simplemente se apoya en una mesa. Una mano lo inerte que le era connatural. Por lo demás, era un trance para acariciar, se ha dicho (jotra vez los críticos de muerte como cualquier otro. La cucharilla era el tintiamericanos!); y de verdad, en el sistema de Brancusi, la ca- neo del misterio (porque se oía su entrechocar con los dienricia reemplazaba con harta ventaja al modelado, la talla, tes, además, cada vez que el viejo se proponía hablar, es el vaciado. Se dice que una vez Peggy Guggenheim le decir todo el tiempo; podridas y desgastadas como los de compró un bronce, uno de sus "pájaros", terminado, pero un coatí, había conservado todas sus piezas dentales, hasta

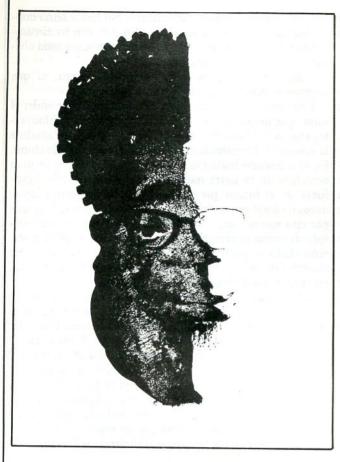
Una monja de caridad y un niño se inclinaban sobre la horas por día, hasta darle ese brillo profundo, incorporado cama. La monja, entrada en años y de voz chillona, excla-

-¡Sáquesela, pues, sáquesela! ¡Hombre, si no se la sa-

—Una pausa. Lo miraba con fijeza, conminándolo. Desgenio corría el llanto. La señora se llevó su pájaro. Brancusi pués de dos días de lo mismo, ya no podía fingir siquiera se quedó con el brillo incomparable de las lágrimas (y con que se lo pedía por las buenas. Con su lógica, femenina pese al hábito, consideraba el asunto una confrontación de da. En este mismo instante, en el dédalo de cualquier voluntades. Y con todo el furor, nada fingido, que le prociudad, una mano desconocida toma una cucharita inima- vocaba la firmeza del viejo, no podía negar que estaba enginable, y revuelve el café, o la suspende por un instante, cantada con la impasse. En dos días había rejuvenecido treinta años. Se volvió hacia el muchacho: —Díselo tú. —Pero no le dio tiempo, y volvió a la carga: —¡Sáquesela y pensar en el cine, donde cada imagen que se nos aparece le diré una cosa! ¡El padre Castañón vendrá cuando se la

El viejo habló, la cucharita le tintineó contra los dientes,

—¿Qué dijo? —le preguntó la monja al niño. Este se lial alcance de la mano. Si pensamos que repetiremos ese mitó a encogerse de hombros. —¡Otra vez en la misma! —gritó ella escandalizada, alzando los brazos con desespesensata la que se miniaturiza y disuelve en el aire de un ración. Pero no fue un gesto, ni un grito, tan marcados como otras veces (esas "otras veces" a las que había hecho re-Un anciano agonizante pretendía hablar, decir quizás ferencia en su exclamación) porque la distraía un pensasus últimas palabras, pero le dificultaba la articulación una miento sorprendente: era que se había percatado, a postecucharita que tenía metida en la boca; la mitad del riori del hecho, que ella sí lo había entendido al viejo, con mango nada más asomaba entre sus labios resecos, de per- cucharita y todo. Lo que había dicho en este estertor era, gamino bien doblado. La cara entera de este anciano esta- podría jurarlo: "Vendrá si no me la saco". ¡De modo que ba seca como una madera, y los ojitos vidriosos, bajo pár- a eso habían llegado! pensaba la monja. Tanto lidiar para pados quebradizos como el papel de seda al que el tiempo que se sacara ese ridículo cubierto de la boca y ella pudiera le ha quitado toda flexibilidad además de ponerlo color ta- entenderlo, llevaba a este inesperado resultado: empezaba baco, tenían un movimiento de metrónomo; ajeno a la a entender el idioma deformado por la cucharita. Pero ya luz. La cabeza enteramente calva, lustrosa y muy oscura, a no iba a retroceder. Que el Señor le perdonara la mentira despecho de los movimientos convulsivos de la boca se piadosa, pero ahora seguiría la comedia hasta salirse con la mantenía en la más perfecta inmovilidad, dentro de un suya. Era por el bien de ese loco, para que no muriese-en hueco bastante profundo en la almohada de plumón. La estado de parodia. ¿Cristo había subido a la Cruz con una



una monja y un niño, los tres dentro de un sueño. Volvió a cierto punto, lo consolaba esa superficie lisa y como lustrala carga, sintiendo que la suya no sería, después de todo, da. Un día, vio surgir en lo alto de ella, a los dos lados, una victoria de este mundo:

-¡Hombre, reaccione! ¡Diga sus oraciones! ¡Dígame si tiene sed, por lo menos! El niño irá a buscarle un vaso de do, que había algo anormal en él. Eran como dos chichoagua, ¿no es cierto que irás? ¡Pero quiero oírlo! —Y a con- nes en punta, y las monjas que venían todos los días no lo tinuación, terminante, amenazadora: -Sáquese esa notaron. Como habían salido, se reintegraron al cráneo al cuchara de la boca.

Le tiró un manotón, rápido como una cobra. Pero no tanto como para que el viejo sacerdote no previera el movimiento y apretara las mandíbulas con vigor metálico. La cucharita quedó en su sitio, entre los labios resecos. Ya lanzada, la monja volvió a apelar a la fuerza (lo había hecho desde el primer momento, sin éxito por supuesto). Dio un tirón, y luego otro más prolongado, jalando con todas sus fuerzas hasta que se puso roja y empezó a jadear. Pero el moribundo era de acero. Ella lo soltó. Decidió probar otra vez el truco del agua; aunque se había mostrado inefectivo hasta el momento, la monja, quizás por su largo trato con jesuitas, confiaba más en la astucia que en la fuerza.

-Ve a traer un vaso de agua -le dijo al niño sin mirarlo.

delgado y bonito como un ángel. Era aragonés, natural de moribundo, y persistía, encaprichada también ella, en vaun pueblo llamado Albalate del Arzobispo, pero su ciarle la boca. Lo incomprensible reinaba en el pequeño madre, a la que había seguido hasta su muerte, un año universo del niño: ni advertía cuál podía ser la obligación atrás, en dudosas peregrinaciones, lo había llevado a Zara- de esas monjas hacia el viejo jesuita, ni adivinaba qué sería goza, a Logroño, Miranda, Burgos, Soria, y al morir lo ha- de él cuando su tío falleciera. bía enviado a Madrid a buscar la protección de un hermano

viejo que tenía, cura, por no decir jesuita. El sacerdote, increîblemente viejo para ser hermano de la difunta (viejo incluso para ser su padre; abuelo habría sido más justificado), se había limitado a poner al niño bajo el amparo de unas buenas monjitas medio legas, medio comerciantes, las cuales no mucho después tuvieron que extender su amparo a él mismo, pues enfermó sin remedio. Juan no sabía nada de su tío al que no vio más que por unos días en el interregno entre la muerte de su madre y su empleo con las monjas; fue a éstas a las que alguna vez les oyó uno que otro dato, de los que pudo deducir que el tío pertenecía a la aborrecida Compañía, que había vivido en América, en Italia, y luego prolongadamente en la corte, interesado en política al parecer. Y de pronto, menos de un año después de la llegada de Juan a Madrid, el viejo cayó enfermo, y las monjas, con un automatismo que no dejó de sorprender al muchacho, que había empezado a conocerlas, se hicieron cargo de él. Lo instalaron en una posada barata (porque sucedía, y esta circunstancia lo sacó a luz, que el cura, ocupado las veinticuatro horas en sus intrigas, no dormía en lugar fijo), le pusieron a su propio sobrino como mandadero, y venían a traerle un plato de comida casi dos veces por día. El enfermo se fue hundiendo aceleradamente en una melancolía o ensoñación atrabiliaria, al tiempo que se debi-

El niño, que ahora se pasaba el día junto a él, pudo presenciar un fenómeno bastante inusitado, y que sólo su candor infantil impidió que le hiciera pensar en lo milagroso. El anciano tenía un cráneo mondo y brillante, que ocultaba usualmente con el sombrero. En la cama, estaba visible, y para evitarse el poco feliz espectáculo del rostro valetudicuchara en la boca? Era un sueño, un mal sueño. Un cura, nario, el niño no miraba prácticamente otra cosa. Hasta sendas protuberancias. "Orejas de burro", pensó, pero se cuidó de hacerle ver al viejo, ya casi inconciente por otro lacabo de una noche. De todos modos, la crisis no tardó en sobrevenir, y el niño lo lamentó por su tío, que obviamente estaba por morirse. Fue entonces, precisamente dos días antes del inicio de esta historia, que ante la inminencia del momento supremo el viejo había hecho dos cosas sorprendentes, difícil decidir cuál más: había declarado tener una importante confesión que hacer, y que haría sólo en los augustos oídos del confesor de Su Majestad, el reverendísimo Castañón; y, segundo y más llamativo, se había metido la cucharita en la boca, y no se la había vuelto a sacar. Tan intempestiva voluntad le impedía comer, dormir y hablar; nada le importaba, y lo último, sólo lo haría ante el confesor, que no debía ser otro que Castañón en persona. Ya había rechazado, con gestos y tintineos, el auxilio espiritual de un cura del común que habían aportado las monjas. De Juan Chavarría era un huérfano de doce años, moreno, éstas, una se había quedado permanentemente al lado del

Realizó lentamente el trayecto, por los corredores de la

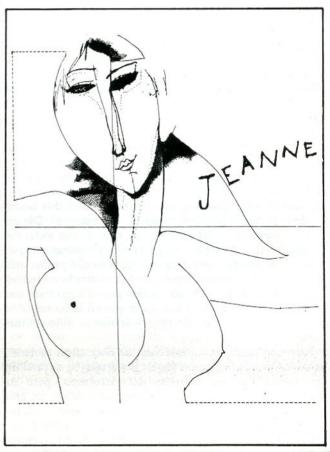
posada, con el vaso en la mano. Tanto más despacio cuanto cadente, por paradójico que parezca. No había reino donque sospechaba que la monja quería quedarse sola para de reinase menos la curiosidad, y en esta precisa circunsprobar su fuerza con más despliegue, y sin testigos: el día tancia histórica, los españoles preferían por sobre todo olvianterior, al regresar corriendo de un mandado, la había en- dar que existían los extranjeros. contrado con los pies en la cama, las rodillas en el pecho del moribundo, ambas manos asidas al mango de la cucha- siempre le dirigía la palabra, por alguna razón. rita, y tirando con todo el peso de su cuerpo. En presencia del joven contenía mal que bien tamaños excesos físicos, niño, que pensó para sí: "¿Creerá que entiendo chino, espero los verbales no tanto. Juan había llegado a ponerse de te cardenal?" Fung Yu-lan, el filósofo desterrado, amaba a era, precisamente, entender. Así, había llegado a pasar en el centro del tiempo, y dos clasicismos en los extremos! que, sin saberlo ninguno de los dos, entendían un idioma nunció, como tantas veces desde el momento de caer enfermo, el nombre de "Castañón", Juan lo percibió con singular nitidez, casi deslumbrado de que alguien al fin hablara como él. "¿Será que he nacido para hablar con una cucharita en la boca?", se dijo, desconcertado. Esa pregunta, en la forma precisa en que la formuló, le trajo a la mente un confuso recuerdo, no sabía bien de qué. Era como si alguien le hubiera contado, alguna vez, mucho tiempo atrás, el cuento de un niño que nacía con una cucharita (una "cucharita de plata") en la boca. Pero a él nunca le habían contado cuentos de ninguna especie.

Salió del corredor a un patio grande y soleado, donde no menos de diez grandes caballos eran atendidos solícitamente por niños no mayores que él. Soldados de pelo engrasado y vistosos uniformes gritaban en todas direcciones: ninguna atención a sus caballos les parecía lo bastante solícita. Los que se desentendían de esa cuestión rodeaban una mesa, al sol, donde se jugaba a los dados. Las mujeres, que característicamente acarreaban baldes con agua, eran requeridas a cada paso. Unos y otras andaban arremangados, sudorosos, y los niños llevaban encima apenas unos calzones cortos. Juan entre ellos parecía excesivamente vestido. Fue hacia la fuente, caminando en forma mecánica, aturdido por el ruido y el movimiento, y debió esperar atrás del chino. En la venta se había hospedado días atrás un chino auténtico, con ropa típica en seda, de la que tenía un baúl lleno: Era una atracción viajera, que recorría las cortes de Europa vendiendo mal que bien cierto saber exótico. A España había ido en el peor momento posible, pero de cualquier modo nunca habría hecho negocio en esta sociedad clerical-borbónica, tan rutinaria como de-

-Bona pulcro diem puer -le dijo a Juan, al que

Una sonrisa tímida fue todo lo que atinó a responder el parte de la cucharita en la boca, en parte por adhesión ju- la juventud, preferencia en la que no era demasiado chino. venil y generosa a las causas perdidas, en parte porque sos- En su transcurso hacia Occidente había sentido esa peculiar pechaba que la voluntad férrea del viejo sólo consentiría en nostalgia de su tierra natal: la creía entrever, allí donde sacársela para morir, y le daba cierto temor perder a tan fuera, en el futuro que iluminaba desde los rostros inmatierna edad a su único familiar en el mundo. Y en parte duros de los jóvenes. Sin saberlo, confirmaba una frase que también porque, para su propia sorpresa, había encontra- por esos mismos años, en Weimar (corte que no había dedo que entendía perfectamente lo que decía su tío, con jado de visitar el peregrino oriental, por cierto, quizá inspicucharita y todo. Eso no se lo había dicho a la monja, por-rando la idea), había pronunciado Goethe: "La China será que el argumento favorito de ésta para lograr su propósito nuestra Grecia". ¡Como si hubiera un solo Renacimiento,

-Vide ranunculus meus -agregó abriendo la mano que se veían obligados a no entender para el otro. En el ca- que acababa de retirar toda monada de la fuente. Las uñas so de Juan, el hecho tenía un costado especialmente cu- eran prolongadísimas, nacaradas, la mano blanca como derioso: él hablaba con un acento aragonés muy marcado, ca- bían de serlo las de las damas (Juan no había visto damas si demasiado, y con frecuencia, desde que estaba en sino de lejos, y con guantes), pero el antebrazo, o la parte Madrid, le costaba hacerse entender, debía repetir sus fra- de éste que asomaba de la fláccida manga de seda verde, ses; y viceversa, no siempre le resultaba fácil entender lo con un dragón dorado al que los pliegues de la tela volvían que le decían con acento de la corte. Ajena su mente, por contrahecho de una manera distinta a cada momento, era anticipado, a toda razón de relatividad lingüística, atribuía fortísimo y temible. Quizás tenían razón los que afirmatales desentendimientos a motivos psicológicos. Cuando, ban en la posada que el chino era un espía, un homicida dos días atrás, su tío se metió la cucharita en la boca, y pro- 'isfrazado que se adelantaba a comenzar, salvo que él lo



hacía solapadamente, la matanza general. En la palma de afuera, y como lo hizo en el preciso momento en que pasasorpresa, pues todavía no había terminado de reconocer ese desagradablemente la piel. objeto entre verde y dorado cuando ya le saltaba a la cara, Cuando entró en la pieza, la monjita había cesado en sus plegó, el pulgar tocó el meñique, la mano entera parecía como buscando la causa de un efecto. La cucharita seguía una serpiente deslizándose por el aire, con cinco ojos rosa- allí, pero lo que espantó a su joven sensibilidad fue lo que dos que eran las puntas de las yemas, redondas, protegidas la rodeaba: nunca había visto a su tío tan descompuesto. por las viseras nacaradas y puntiagudas de las uñas. La ma- La ordalía debía de haber sido terrible. La cara parecía no se dirigía hacia el niño, que la miraba con más atención cambiada, objeto de una reciente, súbita asimetría. Arranque temor. La vio tomar un camino descendente, paralelo car una muela de pertinaces raíces no provocaba un dea su propio brazo, y al llegar abajo introducir el racimo de sastre semejante. Era un milagro que la mandíbula no se dedos delgados en el vaso. En el fondo del vaso estaba la hubiera fracturado. Quizás era eso lo que había pasado, ranita, y el chino la extrajo con precisa deliberación. Casi después de todo. La parte inferior del rostro había girado, de inmediato la mano con la rana estaba dentro de la man- el mentón apuntaba al hombro derecho. ga del otro brazo. La sonrisa de Fung Yu-lan se había extinguido. Se despidió de su joven interlocutor con la más distintamente a cualquiera de los dos gladiadores. Pero los leve sombra de una reverencia, y tomó el camino de su accidentes de Juan habían disminuído la provisión del vaso cuarto. Juan se apresuró a inclinarse sobre la fuente. Volvía a unas gotas apenas, en el fondo. La monja no dejó de hacon el vaso lleno hasta el borde, cuando un caballo muy cérselo notar. grande se desplazó frente a él, como un telón que se cerrara, impidiéndole el paso. Se quedó mirándolo un momen- nías que ser, hombre! —Siempre estaba haciendo esas aluto; el caballo, inmóvil. Tomó hacia su izquierda, para pa- siones étnicas. Le arrebató el vaso, salpicando al piso algusar por delante del animal (no le gustaba hacerlo por atrás; nas de las preciosas gotas. —¡Trae para acá! tenía un temor anormal a las coces) y el caballo dio un pa- . No lo quería para ella, por cierto. Se disponía a practicar so, manteniéndose delante de él. Repitió dos veces la mis- uno de sus trucos favoritos, ya muy practicado, siempre en ma operación con el mismo resultado, y ya empezaba a vano, durante estas fatídicas cuarenta y ocho horas. Despensar que estaba frente a una bestia que actuaba con con- pués de hacer perecer de sed al moribundo, le daba agua, y ciencia, entre malévola y bromista, cuando advirtió que en pretendía aprovechar el momento en que los labios y la realidad el caballo iba caminando a paso constante, y había lengua resecos se distrajeran con la frescura del líquido pasido él mismo, en su apuro algo aturdido, el que había cre- ra arrebatar la cucharita. Juan no concebía por qué seguía ado esta ilusión de obstrucción. Se quedó quieto, y la bestia molestándose. Si había estado a punto de conseguir algo la terminó de pasar. Luego siguió su marcha. Con los pasos primera vez, en las subsiguientes había quedado a mil lelaterales, había volcado un tercio del agua en las lajas del guas del éxito, porque su víctima había desarrollado una patio. Las manchas ya se evaporaban bajo el sol impla- maligna habilidad para deglutir y al mismo tiempo enducable. Le hicieron pensar en la sed de su tío, y se apresuró. recer más que nunca los músculos. Tanto que si por un mi-Tan oscuros le parecieron ahora los corredores, tan lagro el anciano llegaba a sobrevivir a este trance, le quedacontraídas tenían las pupilas, que se llevó por delante a ría el hábito de aherrojar las mandíbulas al beber, aun una sombra corpulenta que con voz de hombre le dijo:

-Creo que tu tío ya se ha muerto.

misa de Juan, que sintió el frío en el pecho. Estaba seguro Le hizo un gesto al niño de que se acercara, y le pasó el vade haber oído mal, pero después recapacitó: debía de ser so: una expresión de deseos del ventero, ya manifestada varias veces últimamente, pues con el traslado del cura al cementerio podría alojar, ya lo había dicho, a un oficial con su Juan había notado que su tío tenía los ojitos algo más vimujer.

to. Dos mujeres que siempre estaban vestidas igual, a las había aumentado? Le puso el borde del vaso en el labio inque en la posada, y en la calle, llamaban "las moras", por ferior, y lo inclinó con brusquedad, para sorprender a la ser aceitunadas, con cabelleras que brillaban de tan negras monja. El trago parvo de agua pasó a la boca y al gaznate y párpados pintados con un polvillo negro con puntitos del enfermo con ruido. Las dos manitas gordezuelas de la brillantes. Las moras iban y venían todo el tiempo, y no se monja se precipitaron sobre el mango de la cucharita, pero

la mano, y tan mojada como ésta, una ranita que no esperó ba Juan, fue motivo de que el niño trastabillara y se salpila inspección del niño. Al ver abrirse sobre ella la jaula de cara la cara con agua. Una de ellas soltó la risa al verlo, y le los dedos y las uñas del chino, la rana, que ya tenía las pati- secó las gotitas que le habían quedado en las mejillas y la tas contraídas en previsión de esta posibilidad, aflojó sus nariz con el dorso del guantelete, que era de un raso frío músculos como resortes y saltó. El niño, espantado por la bordado con hilos metálicos, y lejos de secarlo, le rasparon

sólo atinó a hacer un movimiento en aspas con los brazos. esfuerzos, renunciante. Estaba sentada en el borde de la Al instante, como había sucedido, el sobresalto cesó; la ra- cama, exhausta, roja, sudorosa (tenía hasta lamparones de na había desaparecido, y ante él seguía sonriendo la cara humedad en el hábito) y con la respiración irregular. La extraña del chino. Le miró la mano: vacía. Pero la palma se mirada del niño fue automáticamente a la boca del viejo,

En verdad, un trago de agua les habría venido bien in-

-¿Y para eso tardaste tanto, satanacito? ¡Aragonés te-

cuando ya no fuera necesario.

Volvió a inclinarse sobre el lecho, y le acomodó la cabeza El agua en el encontronazo se había volcado sobre la ca- al viejo. Le acercó el vaso a los labios, pero cambió de idea.

-Dale tú —le dijo, y al viejo: —Beba, padre, sáciese. Ella quería tener las dos manos libres para el zarpazo. vos, y los dirigía al agua con una suerte de lastimosa cu-Todavía hubo un encuentro más antes de llegar al cuar-riosidad. ¿Era una ilusión, o la melancolía de esa mirada daban con nadie. La puerta de su cuarto se abría hacia un hábil movimiento de hombros del niño (que las mataba pensadas maniobras: bajo el impacto, las piernas y el tronco del cura se alzaron, formando con todo el cuerpo una V frustración.

En cuanto al cura, no bien hubo vuelto a su posición extendida, soltó un largo gruñido en el que su sobrino entendió, con toda claridad:

gundo, filosófico, otro "grounff tranj tilín" que significa- el niño de pie, apoyando el peso del cuerpo ya en una pierba: -Pero es agua al fin.

entendió, pero no lo quiso dar a ver, aunque la carcomía la otro de los trucos de la enfermera porfiada. Esperaba que curiosidad. Si Juan hubiera sido algo más psicólogo de lo el vejestorio se durmiera, cosa que haría tarde o temprano. que su volatilidad juvenil permitía, se habría dado cuenta Entonces, podría. Incluso simulaba adormecerse ella, para de que ella entendía, por la mirada intrigada que le vio di- que él se abandonara. Era taimada, subrepticia; nunca rigir al vaso. Pero estaba pensando en otra cosa. Realmen- abandonaba un propósito. Pero tenía miedo, pobrecita. Si te, la clarividencia de un moribundo existía. Los pensionis- el paciente fallecía, su victoria sería pírrica. En cierto motas desocupados y chismosos de la posada habían echado a mento se levantó sin hacer ruido, dio dos pasos, los que la correr una fábula, basada en la presencia de sus ranitas vi- separaban de la cama, asió la cucharita con la mano de-

callando: tenía muchos recursos) le hizo perder efectividad sobre todo este último, que había que ser muy entrometial intento, y no sólo eso: la monja perdió pie y cayó apara- do para notar. Decían estas lenguas fantasiosamente vipetosamente sobre el estómago del moribundo. El accidente rinas que el chino trasmutaba sus excrementos en batraestuvo a punto de lograr lo que no habían logrado sus más cios, a los que daba libertad en los pantanos de las afueras de Madrid. Los propósitos, no los adivinaban, con lo que daban un toque de credibilidad al paranoico apólogo. En muy abierta, y la boca se entreabrió un instante, durante el realidad, la finalidad de éste era dar una razón de esa ranicual la cucharita repicó en escala sobre todos los dientes, ta dorada, nunca vista, que tenía el oriental de mascota v. como sobre las tablillas de un xilofón. Si la monja hubiera ya que estaban, hacer entrar en el régimen del relato a los tenido las manos disponibles, en ese momento se la birla- pantanos que las lluvias inusuales de ese verano habían forba. Pero no fue así, y el fracaso, inesperado y en segundo mado en las afueras, en las estribaciones de la normalmengrado, no hizo más que agregar una gota de hiel a su te seca meseta castellana. Ahora, cómo había sabido el cura agonizante qué decir, aun en su deformado idioma de cucharita, era otra cosa. En este punto, Juan sí se creía autorizado para barruntar la posibilidad de la magia.

Después de estos acontecimientos se quedaron quietos y -Qué gusto a sapo de mierda. —Y al cabo de un se- en silencio varias horas, la monja sentada en la única silla, na, ya en la otra, y el moribundo muriéndose, sin prisa, La monja, en tanto se recuperaba de la caída, también pero sin pausa. Aunque parecía una tregua, no era tal. Era vas y en la ausencia de contenido de su bacinica, detalles, recha y le dio un largo tirón seco, tirón de un vigor que



habría bastado para arrancar de la tierra endurecida un na- se en su conversación, y proferían graves amenazas en voz bo de medio metro de largo. Pero no bastó en este caso. muy alta: Volvió a sentarse en el lugar de su vigilia, llevándose consiella conocía bien por haber asistido a muchos en el mismo quier momento se va a precipitar al infierno! trance, aquí se manifestaba como una desalentadora inexpresividad. Había melancolía, sí, pero surgía como resultado del todo, no de una parte designada especialmente. Era como si el viejo, con su caprichosa teatralidad, se eclipsar a algo tan grande como el alma! librara, a expensas de ella, del trabajo de infundir poesía al asunto. Estas reflexiones rencorosas la adormecieron con los ojos abiertos.

piña (sin cejas ni pestañas): era Sor Crescencia, la más fogueada en burocracias, que había tomado a su cargo los trámites a que las obligaba su protegido, fundamentalllegado a la conclusión de que no valía la pena. Hacían coban, sin saberlo, y no sólo por el corrimiento de las fac-

cían a los anteriores. Y sobre todos ellos flotaba, amena- vestidos, que era lo último en desaparecer, con sus dos gizante o democleica, pero también llena de promesas de gantescas "mariposas" de brocado. Le dio un coscorrón al entretenimiento, la cucharita. Era sorprendente, dentro de niño en la nuca: todo, que lograra pensarla sin la boca del viejo, fuera de la cual no la había visto nunca. Pero habría resultado atemo- putas? rizante ver flotar en el aire límpido de la imaginación, sobre los caminos del pensamiento, una sarcástica sonrisa sin rostro.

Juan también prestaba atención, pero al no saber quiénes eran todos esos "padres" (sólo el "Castañón" te- ga risa. Sor Crescencia, hinchada de satisfacción, abrió la nía algún sentido para él, y a ése no lo mencionaban) las marcha. Cruzaron el patio en un instante, y al siguiente esides y venidas de la segunda monja se le aparecían sólo co- taban en la calle, donde la monjita se detuvo, recordando mo un trayecto abstracto. De cualquier modo, no veía que algo: se acercaran a una solución. El cura en la cama, entre tanto, no parecía interesarse en nada. Dirigía la mirada vacía al techo oscuro, y seguía recogiendo miguitas imaginarias de la manta que lo cubría.

-¡Se morirá en pecado mortal, valga la redundancia! go la mirada profunda y mortal del cura. Rato después vol- —decía Sor Crescencia con vehemencia, como si la otra no vió a probar, con la misma fuerza, con la misma intención. estuviera de acuerdo. —¡Porque es todo una cuestión de Pero se sentía abatida: la sordidez del viejo que moría, dinero, y a él no le importa otra cosa! ¡Qué pienso en su aldeprimente elemento que no podía sino esperarse, y que ma, en su alma, nada más que en su alma, que en cual-

-¡En el alma, en el alma! ¡Eso es lo que yo digo!

-exclamaba Sor Modestina.

-¡Es increíble que una miserable cucharilla pueda

-¡Al alma, al mundo, y a Dios!

Se callaron, porque un poco más y habrían declarado que la cucharita era Satán, y eso iba ligeramente más allá Al fin, apareció otra monja, una vieja pequeñita y lam- de lo que estaban dispuestas a reconocer por el momento. La habían manoseado tanto... Lo más curioso era que se lo decían entre ellas, no al culpable. Se diría que culpaban a la suerte, no al hombre. Sor Crescencia, que había manimente obtener que el confesor del Rey, el Padre Castañón, festado al entrar que se quedaría un instante nada más porun seglar adventicio de la Curia, viniera a tomar de boca que la esperaba un eminente eclesiástico en cuyo despacho del moribundo ciertos datos que sólo sus oídos debían oir. se resolvería definitivamente la cuestión, al cabo de una Entró sin golpear, y de una mirada abarcó los puntos sa- hora y media de cotorreo decidió marcharse. Le tendió a lientes de la situación: la cucharita en la boca, el niño Juan un paquete de tela que había traído y le ordenó que aburrido, Sor Modestina presa de su abatimiento. En las la acompañara. Era un paquete blando, muy liviano. El primeras instancias salían afuera a conversar; ahora habían niño lo tomó con las dos manos y salió al pasillo, donde tuvo que esperar otro cuarto de hora mientras se prolongaba mo si la cucharita estuviera en la oreja del viejo. Acerta- la entrevista de las religiosas. Vio pasar a varios de los pensionistas, conocidos de vista. Algunos lo saludaban. Era un ciones que habían producido los forcejeos. El que se niega niño de indudable encanto angélico. Por eso mismo, desa hablar pierde la facultad de actuar en respuesta a lo que confiaban de él: suponían que debería aprovecharse de ese ligero fulgor para robar. Ignoraban que estaban ante ese Soltó un largo rosario de nombres, engarzados en un in- milagro tan raro (porque, admitida la existencia del miforme de diversas traslaciones, que eran la sal de su vida. lagro, algunos serán más infrecuentes que otros): una ino-Las monjas de edad madura solían caer en la manía ambu- cencia que se parecía a sí misma. Increíblemente, las "molatoria. Sor Modestina la escuchaba con apasionada aten- ras" volvían. El trámite que las había sacado a la calle en la ción, tejiendo sus propias estrategias a toda velocidad. "Si siesta bochornosa había sido breve. Venían sudorosas, emel padre X tiene que pedir audiencia al padre Y, la cucha- pastadas, y de pésimo humor. Juan sabía que en el cuarto rita...' "Si se ausentan a la vez el padre Z y el padre W, la se sacaban toda la ropa y se quedaban inmóviles, sin hablar cucharita..." "Si la cucharita resiste, y el padre V se aper- ni hacer otra cosa que mirar el techo. Ahorraban energías, sona, entonces...' Su cabeza estaba llena de posibilidades. pero, ¿para qué? Llegaban a su puerta, y entraban, sin ha-Pero cada avatar nuevo en el relato de las andanzas de Sor berlo saludado, justo en el momento en que salía por fin la Crescencia la lanzaba por nuevos caminos que contrade- monja, que les echó una mirada crítica —a la cola de los

—¿Desde cuándo te entretienes mirando el moño de las

--¡No eran putas, hermana, eran las "moras"!

-¡Eres tú el que te de... moras, de...monio justificati-

EL juego de palabras encantó al niño, que soltó una lar-

-¡Pero tú no te despediste de tu tío!

—¿Acaso no volveré a la noche?

—¡Volverás mientras él esté vivo!

Toda la eficacia del chiste anterior quedaba exonerada Las monjas, sin llegar a discutir, terminaron acalorándo- con este recordatorio, que llenó de ansiedad a Juan.

#### PABLO ANTONIO CUADRA

#### LA ISLA DE LOS CENTAUROS



En la Isla de Oro — "donde detiene su esquife el argonauta"— Rubén, pastor de mitos, puebla su soledad de centauros.

Escuchamos su animado coloquio con Licidas Medón, Grineo, Astilo y los sacros abuelos. Se ha sentado en la barca y ellos -nunca quietos - suenan sus cascos en las piedras redondas que las olas pulen. Pregunta por Quirón y mira acusativo a los Centauros: -"Quirón quiso elevar sobre la bestia la noble mitad humana. Formó a Castor y Aquiles. Dio a la sublime demencia de Cortés los éxtasis. Mas la flecha del guerrero tiende a los excelentes." Avergonzados los equinos inclinaron la frente. Ya no hablan del Enigma cuyo soplo hace cantar la lira. ¡No les interesa! No preguntan por el alma de las cosas. Les agobia la muerte, el hambre, el oscuro destino. Y callan.

—Lo elemental es lápida—
Ya no son como ayer
—cuando Arneo nos legó (en mala hora) la muerte como casta y macabra novia de la vida—, ahora enflaquecidos, llenos de cicatrices, muestran la torpeza del guerrero vertedor de sangre (Dante los vio en un círculo de su infierno armados de saetas violentos ellos, custodiando a los violentos).

Rubén mira el puerto, ayer activo y ahora abandonado. Pregunta de nuevo por Quirón Y un Astilo envejecido le contesta: — "Quirón fue convertido en Sagitario." El poeta calla. El poeta sabe que le mienten. Necrófilos, volvieron de la guerra convirtiendo sus caídos en astros. ¡Ya no son como antaño! Los vecinos les tiemblan. Los navegantes pasan sin atracar en sus puertos. Cuentan de ellos y no acaban... que descubrieron el vino, domador de hombres, que desde entonces rechazaron de sus mesas la blanca leche que nutre al campesino. Carlos, en su canto, pregonó que los dioses los expulsaron de sus juergas. "Ya borrachos tiraban de los manteles con los dientes rompiendo la vajilla, meando gruesos chorros de sidra". Pero Lícides niega y acongojado dice: —No fue el vino sino el áspero licor del poder. No fue la razón la que perdimos. ¡Nos perdió la razón! ... Escuchamos entonces un lento trote y vimos acercarse a una joven Centaura No como antaño airosa trepando en tropeles con paso de estrofa las colinas, sino a paso de fatiga, desgreñada, secas las ubres y el ijar hundido, dijo ceñuda: El aire trae el tufo de la guerra.

Sobre la difusa lejanía

vimos los negros giros de los buitres y Astilo preguntó: -; Mataron a tu amante? Mas ella: -¿Por qué han hecho que la Patria pese como un féretro? Y observó la arquera en silencio su callosa mano armada. Dijo entonces Rubén: —No escucharon a Hesíodo, el labrador. No trajeron los alisios la prudente voz de los trabajos y los días: El fue quien dijo que el Cronión ha permitido a los voraces peces, a las fieras feroces y a las aves de rapiña devorarse entre sí porque carecen de justicia... Y mirándome ordenó: —Echa la barca al lago.

La sustantiva tierra tatuada por los cascos caminantes, la antigua campeadora de ganados, la que cantó encendida por sus soles ¿qué elegía elevaba al cruel ocaso?
—¿Dónde está la juventud? preguntó volviendo el rostro a la playa desierta.
—En las trincheras.
Y la joven Centaura puso un casco en la regala y los ojos en el herido horizonte de la tarde:
—Los que no mueren escapan por el agua a nado. Sueñan con mujeres. Y las roban.

Estaba triste



#### CLAUDE LEFOR T

## LOS DERECHOS DEL HOMBRE Y EL ESTADO BENEFACTOR\*

Traducción de Cristina Sardov

En cuanto nos interrogamos acerca de los derechos del hombre, nos vemos arrastrados a un laberinto de preguntas. ¿Es posible admitir siquiera la fórmula -nos preguntamos primero- sin hacer referencia a una naturaleza del hombre? O, si nos negamos a hacerlo, ¿sin ceder a una visión teleológica de la historia?

Es más: ¿podemos decir que el hombre avanza hacia el que los derechos sociales, económicos y sociales (mencionadescubrimiento de sí mismo, que se crea en el movimiento del descubrimiento y de la institución de sus derechos sin un principio que permita representar el verdadero ser del hombre y la conformidad de su devenir con su esencia? Ignorar estas preguntas es imposible. Pero si pretendemos soslayarlas para escudriñar solamente el alcance del acontecimiento que fue, a fines del siglo XVIII, la proclamación de estos derechos llamados derechos del hombre, otras dificultades nos esperan. Esta vez, la interrogación parece guiada si no por la observación al menos por la lectura y la interpretación de los hechos. Nos preguntamos, en primer lugar, cuál es el sentido de la mutación ocurrida en la representación del individuo y de la sociedad. Esta pregunta llama a otra: ¿semejante mutación ejerció efectos que iluminan el curso de la historia hasta nuestro propio tiempo? Para ser más precisos: ¿los derechos del hombre sirvieron solamente para disfrazar las relaciones que se habían establecido en la sociedad burguesa, o hicieron posible, y hasta suscitaron reivindicaciones y luchas que contribuyees formulada de manera muy dura.

Suponiendo incluso que admitiéramos que sobre la institución de los derechos del hombre se apoyó una dinámica de derechos, ¿no es necesario acaso interrogarse acerca de

los efectos de dicho progreso? En efecto, una cosa es decir Este texto, del cual se publican vastos fragmentos, sirvió de base a una comunicación realizada en la Facultad de Derecho de las Facultades Saint-Louis de Bruselas, en ocasión de una jornada de estudios organizada por su decano, Francois Ost, sobre el tema "Actualidad de los Derechos del hombre en el Estado benefactor". Fue publicado en el Nº 1984-13 de la Revue Interdisciplinaire d'études juridiques de Bruselas.

© Esprit.

dos sobre todo por la Carta de las Naciones Unidas) surgen con la prolongación de los primeros derechos, una segunda es imaginar que dependen de la misma inspiración, y otra aún es considerar que son en beneficio de la libertad. La pregunta va más lejos todavía cuando nos interrogamos acerca de si el desarrollo de los derechos nuevos no sólo indica una perversión de los principios de los derechos del hombre, sino que puede llegar a socavar todo el edificio democrático. No nos detengamos aquí. Todas estas preguntas se refieren únicamente a la formación y las transformaciones de las sociedades occidentales. Pero nadie ignora que, en la mayor parte de nuestro planeta, la idea de los derechos del hombre es desconocida -por ser incompatible con las tradiciones a veces inmemoriales de las comunidades— o es objeto de una feroz denegación. ¿Cómo pretender ignorarlo? En mi opinión, es imposible interrogarse acerca del significado de los derechos del hombre dejando de lado el espectáculo que nos ofrecen algunos regímenes dictatoriales, establecidos en grandes países moderron al desarrollo de la democracia? Con todo, la alternativa nos, como los que hubo y hay en América latina sobre todo, o los regímenes totalitarios, calificados de socialistas.

Todo un laberinto de preguntas, por cierto. Reconozco que correríamos el riesgo de perdernos en él si quisiéramos acordarle a cada una toda el tiempo que requiere, pero por lo menos no nos encerremos en los límites de una sola de ellas pues, aunque diferenciada, es inseparable de todas las demás.

#### Del Estado liberal al Estado benefactor

"Actualidad de los derechos del hombre en el Estado benefactor": éste es el objeto propuesto a nuestras refle-

xiones. No obstante, apreciar dicha actualidad supone que según su nacimiento sino en virtud de su función y su mécia no cae de su peso. "Parece unánimemente reconocido cuán diferente es del nuestro. Pero la tendencia, cuyas consarrolladas a partir del modelo del Estado de derecho libe- esboza en un registro propiamente político, bajo el efecto ral responden actualmente al modelo del Estado benefac- de la aceleración de lo que Tocqueville llamará la Revolutor." No obstante, sin rechazar esta hipótesis, me pregun- ción democrática. Lo que a mi parecer escapó al pensato hasta qué punto podemos confiar en la oposición de dos miento de Constant es que el crecimiento del poder no es modelos de Estado y, al mismo tiempo, si no restringimos efecto de un accidente histórico, de una usurpación de la nuestra reflexión cuando decidimos aprehender los de- que surge un gobierno arbitrario, sino que acompaña el rechos del hombre desde un punto de vista que circunscri- movimiento irreversible que hace sobrevenir, de la ruina be en el presente la sola función social y económica del Es- de las antiguas jerarquías, una sociedad unificada o, metado. "La principal tarea de éste sería ahora velar por el jor, la sociedad como tal -movimiento que a su vez va a la bienesta de los ciudadanos"; se habría convertido en un par del surgimiento de los individuos, definidos como in-"Estado de asistencia", encargado de "garantizar el libre dependientes y semejantes. Por otra parte, el pensamiento acceso de los bienes materiales y simbólicos a los diversos de Guizot no alcanzó a ver que las murallas ostensibles, mercados". Si pensáramos así sin reservas, entonces la res- sobre todo en favor de las restricciones aplicadas al ejercicio puesta vendría dada con la pregunta: es obvio que los de- de los derechos políticos, que él deseaba erigir en torno del rechos del hombre ya no importarían, o no serían más que estrato dirigente, su distinción entre los ciudadanos, los una mera supervivencia de un modelo perimido, si la auto- hombres dignos de dicho nombre, y los que se escalonaban ridad del Estado se midiera únicamente por su capacidad desde la indigencia hasta la mediocridad, ese edificio no de asistir (el término mismo "autoridad" se volvería ina- podría resistir los asaltos progresivos de los excluidos —emdecuado) y si el deseo del ciudadano se redujera a un pedi- pezando por el de los burgueses despreciados. El hombre do de bienestar. Pero es dable dudar de la validez de la hi- que tanto hizo por el alumbramiento de la sociedad burpótesis, pues deja de lado la naturaleza del sistema políti- guesa no comprendía que ésta necesitaba compartimientos co, el cual no se reduce a la gestión de las necesidades o las mucho menos visibles, mucho menos rígidos, pues, pese a presuntas necesidades de la población. Y es igualmente ser una sociedad de clases, tenía el sello de la democracia. dable dudar de la validez de la representación que se ajusta al antiguo modelo del Estado, definido como Estado de a la democracia sólo como forma de gobierno. La democraderecho, liberal.

larga sólo pudo quebrantar la lucha de las masas moviliza- la esfera convencionalmente definida como esfera del godas por la conquista de sus derechos. Ni la resistencia a la bierno. opresión, ni la propiedad, ni la libertad de opinión o de expresión, o de movimiento, mencionadas por las grandes La posición de Tocqueville Declaraciones, fueron otrora consideradas sagradas por la mayoría de los que se decían liberales cuando se referían a los pobes y perjudicaban las empresas de los ricos o la esta- siones del liberalismo erigiendo un modelo de Estado que bilidad de un orden político basada en el poderío de las bastaría para indicarnos la diferencia del antiguo y el moélites, es decir de quienes, como se decía en Francia, hasta derno desde la instauración de los derechos del hombre. El mediados del siglo XIX, detentaban "honores, riquezas y Estado liberal podría convertirse en una abstracción si preluz''.

naturalmente, a Benjamin Constant. Y es sin duda cierto Remitámonos más bien a Tocqueville, cuya obra nos enseque no hay pensador que con tanta firmeza haya delimita- ña que nuestros primeros interrogantes surgen ya en la prido, en teoría, las prerrogativas del poder central, afirman- mera mitad del siglo XIX. Y, de hecho, si nos atuviéramos do el principio de la soberanía del derecho contra el de la a la imagen aceptada del Estado liberal, no entenderíamos soberanía de un hombre, de un grupo o incluso un el hecho de que ya emitiera los temores que formulamos pueblo, y preconizado la libertad del individuo. Pero en nosotros, que descubriera el peligro del vuelco de un régi-Francia la práctica del liberalismo es mejor formulada por men de libertad hacia un despotismo o, más bien, ya que Guizot que por Constant. Guizot proclama con la misma al final rechaza este término, hacia un sistema de opresión fuerza la soberanía del derecho y, simultáneamente, trata de un nuevo tipo, cuya definición es esquiva. de forjar un poder fuerte que será la emanación de la élite burguesa y el agente de su transformación de aristocracia za a los pueblos democráticos no se parecerá a nada de lo potencial en aristocracia de hecho —de un nuevo tipo, por que antecedió en el mundo; nuestros contemporáneos no

nos entendamos sobre el significado que revistió la institu- rito. Y no creo equivocarme al juzgar que el liberalismo de ción de los derechos del hombre en el pasado y sobre la na- Guizot ya contiene la noción de un Estado fundado en el turaleza de las transformaciones del Estado. La coinciden- poder de la norma y del control. No vale la pena precisar -nos dicen- que nuestras sociedades occidentales de- secuencias medimos, ya es visible e importa observar que se

Tanto Guizot como constant son liberales que conciben cia es para ellos lo que era para Aristóteles, lo que era tam-Empecemos por desarrollar esta última observación. El bién para Montesquieu: el régimen en el cual se afirma la Estado liberal se erigió, en principio, en guardián de las li- soberanía del pueblo y se gobierna en su nombre. Ni uno bertades civiles; pero, en la práctica, aseguró la protección ni otro tienen la idea de una aventura histórica sin precede los intereses dominantes, con una constancia que a la dentes, cuyas causas y cuyos efectos no son localizables en

Por otra parte, tampoco caigamos nosotros en las ilutendemos, aislándolo de ciertos rasgos pertinentes, extra-Cuando se habla del nacimiento del liberalismo se cita, erlo de la configuración de la nueva sociedad democrática.

"Pienso —escribe— que el tipo de opresión que amenacierto, ya que los hombres ya no serán clasificados en ella podrían encontrar su imagen en sus recuerdos. Yo mismo

busco en vano una expresión que reproduzca la idea que la cadena no es un hombre ni una clase, sino el mismo me hago de ella y la encierre: las viejas palabras despotismo pueblo." y tiranía no son adecuadas." Evidentemente, la obra de libertades bajo la apariencia de libertad.

mente a él?

dividual sea un señuelo. En ninguna parte la toma en bro- poder cuyo ejercicio sigue estando bajo la dependencia de ma. Por el contrario, en un pasaje de El estado social y po- la competencia de los partidos y -por todo lo que dicha lítico de Francia, menciona sin ambigüedad su adhesión a competencia supone— del debate que se nutre de las liberla concepción democrática de la libertad. "De acuerdo con tades públicas y que las mantiene. Si el Estado benefactor la noción moderna, la noción democrática y, me atrevo a no se convierte en el Estado policía, es por la razón fundadecir, la noción justa de la libertad, cada hombre, quien mental de que no tiene amo. Si surgiera uno, el Estado presuntamente recibió de la naturaleza la luz necesaria pa- perdería la inquietante ambigüedad que lo caracteriza en ra conducirse, trae al nacer un derecho igual e imprescrip- la democracia. Y el hecho de que no tenga amo significa tible a vivir independientemente de sus semejantes en to- que subsiste esa separación, considerada intangible, entre do lo que sólo a él le incumba y a ordenar su destino como el poder administrativo y la autoridad pública. En virtud le parezca". No obstante, nuestro autor percibe que el de esa separación sigue siendo eficaz el imperativo de la mismo proceso induce a la independencia y a una nueva representación, que es incompatible en última instancia sumisión del individuo -más temible, digámoslo sin con la plena imposición de la norma, pues hace legítima y miedo— que nunca. El hombre liberado de las antiguas necesaria la expresión múltiple de los agentes sociales, inredes de dependencia personal, que siempre le hacían en- dividuales y colectivos, y resulta indisociable de la libertad contrar la autoridad en otro, ubicado por encima de él, o de opinión, de asociación, de movimiento, y de la manique lo hacían personificarla frente a otro, por debajo de él, festación del conflicto en toda la extensión de la sociedad. ese hombre aparece ahora como un ser amenazado por la Pero podemos sin duda interrogarnos acerca de la capaciinsignificancia en el seno de una sociedad uniforme que dad que tienen actualmente los partidos políticos para gacondensa en ella todas las fuerzas antes múltiples y disper- rantizar el ejercicio justo de la representación. Podemos, sas. En ella se confiere una autoridad enorme -una auto- incluso, buscar los signos de nuevos dispositivos suscepridad que se actualiza al mismo tiempo en la opinión, que tibles de regenerarla. Al menos, no podríamos eludir la se afirma extraordinariamente bajo el signo de la uniformi- comparación entre régimen totalitario y régimen democrádad y en el poder estatal, que se afirma extraordinariamen- tico y concebir las transformaciones del Estado sin tener en te bajo el signo de la reglamentación. No vale la pena cuenta lo político. entrar en los detalles de la interpretación de Tocqueville.

'¿El estado benefactor —se pregunta— no presenta, co-Tocqueville nos alerta, pues incita a comprender por qué, mo Jano, una cara oculta: la del Estado-policía?" La presin conocer las conmociones económicas y sociales a las que gunta es legítima. Hay razones sólidas para pensar que no nosotros atribuimos la formación del Estado benefactor, ya sólo la represión puede acentuarse contra los estrados aniestaba en condiciones de concebir el sometimiento de los quilados por la crisis económica, sino que está dentro de la individuos a la omnipotencia del Estado y la pérdida de las naturaleza del Estado benefactor "neutralizar la expresión de los conflictos sociales". No olvidemos, sin embargo, Tocqueville nos enseña que la etapa liberal contiene la que conserva una doble cara, y que cuando una más se iluvirtualidad de lo que nosotros llamamos Estado benefactor mina, más la otra se oscurece. Y no dejemos de prestar y que él llama poder tutelar. ¿Semejante facultad de anti- atención a lo que contraría el proceso de expansión del Escipación no nace acaso de una sensibilidad ejemplar al tado coercitivo y por esto entiendo el dispositivo democráenigma de la democracia y no nos enfrentamos constante- tico que impide que se reúnan en un órgano dirigente la instancia del poder, la de la ley y la del conocimiento. Si Es sabido que Tocqueville se dedicó a explorar las ambi- no fuera así, desconoceríamos la dimensión propia de lo güedades de la democracia y más exactamente los efectos político en nuestras sociedades. Con la mirada fija en el ambiguos de lo que consideraba el resorte de la revolución aumento de las prerrogativas de la administración y, de democrática: la igualdad de condiciones. contrariamente a una manera general, en el fortalecimiento del poder públilo que algunos afirman, no piensa que la independencia in- co, no distinguiríamos más la naturaleza específica de un

Estas últimas observaciones tienden precisamente a vol-No es nuestro propósito. Bástenos decir que tiene una ver a atraer la atención hacia lo que en un ensayo publicaconciencia aguda de la naturaleza social del hombre: como do hace apenas unos años yo llamaba el significado político individuo, éste puede querer ser dueño de sus pensamien- de los derechos del hombre.1 Es verdad que este ensayo tos, modelar su vida e incluso decidir cuáles son las leyes suscitó objeciones a las que soy sensible, sobre todo la de buenas y cuál el buen gobierno; sin embargo, depende ne- Pierre Manent,2 quien me reprocha no medir la brecha que cesariamente de ideas recibidas y de principios de conducta abrió la concepción moderna del derecho entre el Estado y que escapan al ejerçicio de su voluntad y su conocimiento. la sociedad civil —argumento que lo incita a rehabilitar el Por consiguiente, la pasión que pone en deshacerse de los análisis de Marx en La cuestión judía—, y al mismo tiempo lazos que lo sometían a personas en las que se investía una desconocer el beneficio que el Estado no cesa de sacar de la autoridad social -su pasión por la igualdad que lo induce extensión de los derechos sociales y económicos para fortaa rechazar la figura de un amo- no puede hacer que sea su lecer su poder reglamentario (argumento que, en cambio, propio amo. Paradójicamente, sus pasiones, que se ejercen lo incita a detectar, a diferencia de Marx, la efectividad del contra el amo visible, lo llevan a someterse a una domina- cambio, no en el marco de la sociedad civil sino en el del ción sin rostro. Como lo dice Tocqueville, "cada individuo Estado. Tal vez me haya equivocado al no dar un lugar bassufre de que lo aten porque ve que quien tiene la punta de tante amplio a este último fenómeno. Ante todo, me im-

portaba combatir una interpretación, comúnmente difun- go especifica que el principio de toda soberanía reside ría origen a una nueva forma de sociedad.

#### A propósito de la Declaración de 1791

lidar la concepción que acabo de mencionar.

prescriptibles, la resistencia a la opresión (art. 2), y lue- implica la participación de los ciudadanos.

dida, que reduce los derechos del hombre a los derechos en la nación. "Ningún cuerpo, ningún individuo ---agreindividuales y, a la vez, circunscribe la democracia a la sola ga- puede ejercer autoridad alguna que no emane exprerelación que mantienen estos dos términos (el Estado y el samente de ella" (art. 3). Más adelante, haciendo de la ley individuo). Sin embargo, sigo plenamente convencido de la expresión de la voluntad general, precisa: "Todos los que sólo tenemos alguna posibilidad de apreciar el de- ciudadanos tienen derecho a participar personalmente o a sarrollo de la democracia y las posibilidades de la libertad si través de sus representantes en su formación." Sin duda, la reconocemos en la institución de los derechos del hombre Declaración se deja guiar por la idea de derechos naturales, los signos del surgimiento de un nuevo tipo de legitimidad de derechos que residirían en cada uno. Sabemos que y de un espacio público del cual los individuos son tanto habla de la sociedad política como de una "asociación polos productos como los instigadores, y si reconocemos, si- lítica" y le da por objetivo la conservación de esos derechos multáneamente, que dicho espacio sólo podría ser absorbi- naturales. ¿Pero cómo no ver que bajo ese lenguaje utiliza do por el Estado a costa de una mutación violenta que da- nociones cuyo sentido se descubre solamente frente a las que aparecían en el principio del antiguo orden políticoel orden de la monarquía? La soberanía, la nación, la autoridad, la voluntad general, la ley que es considerada su expresión, son presentadas de tal manera que se sustraen a Permítaseme, pues, volver brevemente sobre la interpreta- toda apropiación. Se dice que la soberanía reside en la nación de la Declaración de 1791, ya que ésta me parece inva- ción, pero a ésta ya nadie puede encarnarla; del mismo modo, la autoridad sólo puede ejercerse según reglas que Después de proclamar el fin de las distinciones sociales garanticen que se halla legítimamente delegada, y la vo-(art. 1), la Declaración enuncia, entre los derechos im- luntad general se hace conocer en la ley, cuya elaboración

# Derechos individuales / Derechos sociales

Como consecuencia del ascenso de la "razón democrática" en el Cono Sur, y también como resultado de dictaduras que intentaron degradar la movilidad social hasta su grado cero, se asiste en Argentina, en Uruguay y en Brasil a crecientes demandas y exigencias por parte de los diversos sectores sociales. La democracia aparecería investida, entonces, con el atributo milagroso de todo resolverlo: al igual que Midas, tendría el extravagante poder de transformar en oro las miserias que padecemos. La confusión es dañina porque, entre otras cosas, puede llevar a creer que esa misma democracia es un mero espejismo, una de esas ilusiones vanas que, al desvanecerse en su enfrentamiento con la realidad, sólo traducen desaliento y frustración. Pero -es de sospecharse- en ese malentendido actúan también, y fundamentalmente, dos tipos o dos clases de derechos del hombre según son definidos por un par de historiadores franceses jóvenes (Luc Ferry y Alain Renaut en su Philosophie politique, P.U.F., 1986). Por un lado, los que llaman droits-libertés (derechos-libertades), que son los

derechos individuales que caen en la esfera imprescriptible del individuo y sus prerrogativas, y que se oponen al Estado, y por otro los que llaman droits-créances (derechos-acreedores): los derechos sociales que conciernen a las obligaciones inherentes al Estado (como, en un ejemplo que viene al caso, la de incentivar el derecho al trabajo). Unos y otros derechos son complementarios pero entre ellos asoma una tensión polémica que, en muchas ocasiones, los hace aparecer como antinómicos. Esa tensión es la que se traduce, en mayor o menor medida, en casi todas las constituciones republicanas que han existido desde el siglo XIX hasta ahora. ¿Cómo lograr - fue y es la preguntaque hava una confluencia entre los derechos individuales que el Estado debe respetar y los derechos sociales que tiene que satisfacer? Al comentar el libro de Ferry y Renaut, Francois Furet (Le Nouvel Observaterur número 1069) sostiene que esa tensión sólo puede eliminarse mediante la instauración de un pacto social. Furet precisa que "sólo el pacto social es capaz de sustraer a la civilización democrática, condición del

hombre moderno, a esa inaprehensible deriva a la que su propia naturaleza parece condenarla". Ahora bien: es razonable y explicable -y aquí se retoma el planteo inicial de estas líneas- que, una vez alcanzada la vigencia plena de los derechos individuales mediante el restablecimiento de la democracia, y especialmente en una situación de penuria económica, se tienda a apretar el pedal de los derechos sociales: se obedece así a una dinámica urgente que los vuelve inmediatistas y perentorios. No obstante, para que el pacto social sea viable y tenga posibilidad de encarnación real, es necesario que la antinomia entre derechos individuales y derechos sociales se desdramatice y pierda sus aristas más espinosas. No hay que olvidar, sobre todo, que unos y otros derechos, aunque parezcan opuestos, conforman una sola categoría y que es esa categoría (la de los derechos humanos en sentido lato) la que justamente debemos preservar a través del ejercicio de la "razón democrática": el consenso, el compromiso, eso, en fin, que se llama pacto social. ¿Lo lograremos?

Observemos que este conjunto de proposiciones guarda su coherencia, independientemente de toda referencia a ve la expresión más sórdida de la sociedad civil, la transuna maturaleza del hombre, independientemente de la cripción de un "concepto de la policía" al servicio de la idea de que cada individuo tiene, al nacer, derechos inalienables. Esta coherencia es garantizada por el principio gada del poder, que su sola instancia es ella misma, que al de la libertad política. Pero ocurre que lo que nosotros lla-poner al individuo a salvo de lo arbitrario hace de él un mamos en términos positivos "libertad política" puede símbolo de la libertad que funda la existencia de la nación. llamarse "resistencia a la opresión". Y es verdad que este De ahí que, desde Constant a Péguy, veamos reafirmada la último concepto se sitúa con la libertad, la propiedad y la idea de que la injusticia cometida contra el individuo supeseguridad, en la categoría de los derechos naturales e ra su causa, que degrada a la nación misma, y ello no porimprescriptibles de cada uno, derechos que toda asociación política tiene por objetivo conservar. Cuando la Declaración estipula el derecho de resistencia a la opresión, no podemos pensar que está dándole al Estado el deber de hacerlo respetar. Está bien que le corresponda garantizar la propiedad, la seguridad y la libertad de los ciudadanos; pero la amenaza de la opresión plantea otro problema. Si bien puede emanar de un particular para ejercerse sobre otro particular, nadie duda de que culmina en la hipótesis de un abuso de autoridad contra la soberanía de la nación. De modo que no se recurre al Estado para garantizar dicho derecho de resistencia: quienes deben hacerse cargo de ello son los ciudadanos. Señalemos, de paso, que los juristas son muy formalistas cuando pretenden que sólo existe derecho si se define a su titular y si es oponible. En este caso, la identidad del titular es incierta en tanto que la instancia ante la cual se afirma el derecho no aparece.

Sin retomar en todos sus detalles el argumento que desarrollé en el ensayo ya mencionado, haré tres observa-

1) La declaración en el sentido de que la libertad consiste en poder hacer todo lo que no perjudique a terceros, no implica que el individuo se limite a su propia esfera de actividades. El giro negativo: "lo que no perjudique...", en el que se detiene Marx, es indisociable del giro positivo: "hacer todo lo que...". Lo que es ampliamente reconocido por este artículo es la libertad de movimiento; lo que consagra, es el levantamiento de todas las prohibiciones que pesaban sobre ésta en el Antiguo régimen; y lo que posibilita, al mismo tiempo, es la multiplicación de las relaciones entre los hombres, el levantamiento de las barreras del sistema social —pues de ahora en más cada uno se considera con derecho a establecerse donde quiera, a moverse como le parezca en el territorio de la nación, a entrar en lugares anteriormente reservados a categorías privilegiadas, a acceder a carreras a las que cree poder aspirar.

2) La libertad de opinión no hace de la opinión una propiedad privada, concebida según el modelo de la propiedad de los bienes materiales: es una libertad de relaciones. De acuerdo con el texto mismo de la Declaración de 1791: "La libre comunicación de las ideas y las opiniones es uno de los derechos más valiosos del hombre: por lo tanto, todo ciudadano puede hablar, escribir, imprimir libremente, a reserva de responder del abuso de dicha li-

bertad en casos determinados por la ley".

Así, mientras a cada uno se le ofrece la posibilidad de dirigirse a los demás y de oírlos, se instituye un espacio simbólico, sin fronteras definidas, sustraído a toda autoridad que pretendiera regirlo y decidir acerca de lo que es pensable o no, de lo que es decible o no. Independientemente de todo individuo particular, la palabra como tal y el pensamiento como tal resultan no ser propiedad de nadie.

3) Las garantías de la seguridad —en las que Marx sólo protección del burgués— enseñan que la justicia está deslique cualquiera, una vez violados los derechos de su semejante, pueda temer ser a su vez víctima de la arbitrariedad, sino porque la trama misma de las relaciones sociales en una comunidad política se afirma en la confianza en una justicia independiente de un amo, de cada uno y de todos.

Pierre Manent me reprochó desconocer la paradoja plenamente percibida por Marx: "Los hombres de la Revolución —observa— en el momento mismo en que atribuyen a la instancia política, a sí mismos como gobierno, todos los derechos y poderes, justifican la política como tal en tanto medio del hombre egoísta de la sociedad civil". Y después de citar la Cuestión judía, precisa que Marx ve muy bien que "esta vida cívica, sin contenido propio, sin opinión propia cuando las circunstancias le hacen tomar conciencia de su importancia y de su valor eminente, no puede sino volverse bajo la forma de la pura negación contra sus condiciones de posibilidades, a saber la sociedad burguesa, de la que es, en su opinión, todavía mero instrumento". ¿Pero la contradicción de los hombres de la Revo-

lución es la de los derechos del hombre?

Sabemos que Marx sobresale en una dialéctica que convierte a los complementarios en opuestos: la ilusión de la política — señala ya en La cuestión judía — es gemela de la ilusión de los derechos del hombre. La coherencia de su argumento se apoya entonces en la tesis, que no es por cierto la de Menent, de que el comunismo marcará, con la abolición de las divisiones de clases, la de la distinción de lo económico, lo jurídico, lo político, en lo social puro. A falta de esta tesis, cuya historia demuestra, me parece, que desemboca de hecho en el fantasma totalitario, la crítica pierde todo fundamento. En las líneas citadas por Manent, la otra cara de los derechos del hombre rsulta ser el Terror. ¿Pero el Terror procede de la tarea de conciencia de lo vano de una sociedad que se materializaría dislocándose bajo el efecto de la separación del hombre respecto del hombre, o esta imagen marxista de la socieda civil es sólo una ficción y el Terror, lejos de ser su complementario, no marca acaso la destrucción de la libertad política como tal, la reanudación en secreto de la tradición del absolutismo -como lo verán Michelet y Quinet- y el surgimiento, en una sociedad en la que se derrumba la fe en el monarca y en la religión, de un poder demente que pretende encarnar en la tierra la ley y el saber? Admitir el argumento de Manent que hace suyo el de Marx, me resulta doblemente difícil pues nos priva de comprender por qué la democracia logró establecerse, liberándose del Terror y fundándose en los derechos del hombre.

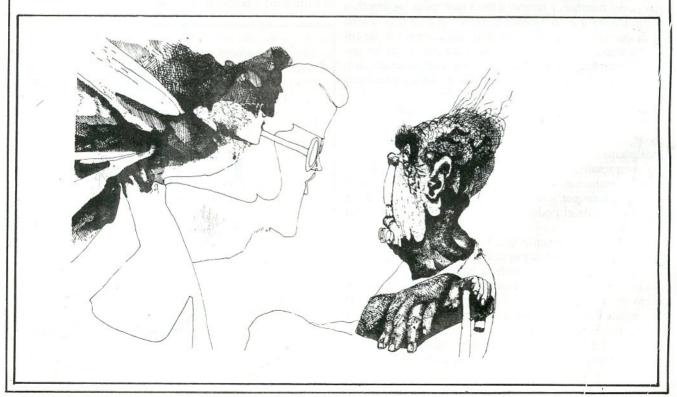
Entiendo que la tesis principal sigue siendo: la democracia sólo habría triunfado instituyendo una separación entre la sociedad civil, teatro de las opiniones sin poder, y el Estado laico liberal, teatro del poder sin opiniones. Gracias a este sistema, el Estado ganaría siempre en fuerza, bajo la acontecimiento que determina al mismo tiempo la forma- voy a precisar, creo que así es. ción de un poder neutral y la de opiniones libres: la desaparición de una autoridad que sometía a todos y cada uno, Del naturalismo al historicismo la del fundamento sobrenatural o natural en que se basaba dicha autoridad y que ésta podía invocar para reivindicar ¿Es decir que debemos cambiar una tesis naturalista por una legitimidad incuestionable, un conocimiento de los fi- una tesis historicista? Lo importante es, más bien, rechazar nes últimos de la sociedad y de la conducta de los hombres, estas dos denominaciones. La idea de una naturaleza del asignados como estaban a un lugar y una función particu- hombre, proclamada con tanta fuerza a fines del siglo lares.

rece mal conocida— se perfila efectivamente en este doble sa. AL reducir la fuente del derecho a la enunciación hufenómeno: un poder destinado a mantenerse en busca de mana del derecho, éstas hacían del hombre y del derecho su fundamento, porque la ley y el saber ya no están incor- un enigma. Más allá de sus enunciados, hacían reconocer el porados en la persona de quien o quienes lo ejercen, y una derecho a tener derechos (según una expresión que tomo sociedad que recibe el conflicto de opiniones y el debate de Hannah Arendt, pero que ella utiliza de una manera sobre los derechos porque se han disuelto las referencias de completamente diferente), liberando así una aventura cucerteza que permitían que los hombres se situaran unos ya evolución es imprevisible. O, en otras palabras, la conrespecto de los otros de una manera determinada. Doble cepción naturalista del derecho ocultó el hecho extraordifenómeno, signo a su vez de una sola mutación: el poder nario que constituía una declaración que era una autodebe ahora ganar su legitimidad, si no enraizándose en las declaración, es decir una declaración en la que los opiniones, por lo menos sin cerrarse a la competencia de hombres, a través de sus representantes, resultaban ser silos partidos. Pero ocurre que ésta procede al mismo tiempo multáneamente los sujetos y los objetos de la enunciación, del ejercicio de las libertades civiles y la mantiene -más y en la cual, al mismo tiempo, nombraban al hombre aún, la activa. Es verdad que el Estado parece neutral, sin dentro de cada uno, "se hablaban" a sí mismos, compareopiniones, o por encima de las opiniones; en cualquier ca- cían unos frente a otros y, al hacerlo, se erigían en testigos so, las transformaciones que conoció en los últimos ciento y en jueces unos de otros. cincuenta años surgieron de la evolución de la opinión yó en Estado laico).

apariencia de neutralidad, y la sociedad civil se debilitaría Al analizar lo que hace a la instancia del derecho en desin cesar, manteniéndose como el ruidoso escenario de opi- mocracia, nos veríamos pues tentados de considerar imponiones que, por no ser más que opiniones de individuos, se sible decidir entre los que se juzgan fundamentales —que neutralizarían unas a otras. No obstante, esta tesis parece nacieron bajo el nombre de derechos del hombre— y los por lo menos unilateral, pues nos hace ignorar el gran que se agregaron al cabo del tiempo. Y, en un sentido que

XVIII, nunca dio el sentido de la obra que inauguraban las La originalidad política de la democracia —que me pa- dos grandes Declaraciones —la norteamericana y la france-

En este suceso, no podemos aislar la representación de la pública o se produjeron en función de ésta (inclusive la naturaleza del hombre; si bien se distingue, no es sepatransformación que, separándolo de la Iglesia, lo constitu- rable de la asignación a sí mismo de lo "natural" -pues el sí mismo es, por así decirlo, a la vez individual, plural y co-



mún: está a la vez indicado en cada uno, en la relación de hace a la ley inmanente al orden del mundo ni confunde cada uno con cada uno, y en el pueblo. La misma razón nos impide, pues, fijar la noción de naturaleza humana, hacer de ella una naturaleza en sí -salvo para caer en lo imaginario— y de adherir a un crítica de los derechos del hombre que pretendería, con el pretexto de volver de la ficción a la realidad, anular su alcance universal. El proceso del naturalismo, tal como fue llevado por pensadores tan diferents como Burke y Marx, invocando la realidad histórica, ignora paradójicamente lo que ocurre de absolutamente nuevo, bajo la apariencia de la afirmación del hornbre, con la ilusión filosófica que borra a los hombres. "concretos" en favor de un ser abstracto. En efecto, ni uno ni otro perciben qué está rechazando la idea de los derechos del hombre: la definición de un poder detentor del derecho, la noción de una legitimidad cuyo fundamento representación de un mundo ordenado dentro del cual los individuos están "naturalmente" clasificados. Al tomar como blanco la abstracción del hombre sin determinación. ambos denuncian el carácter universal ficticio de la Declaración francesa, desconociendo lo que nos lega: la universalidad del principio que reduce al derecho al examen del derecho. Esta última fórmula no se deja anexar por el historicismo y da a entender que la institución de los derechos es, mucho más que lo que acabamos de llamar un suceso, nado a perderse en él, un principio al cual de ahora en más no se puede dejar de volver para descifrar al individuo, la sociedad y la historia.

son dos vertientes igualmente intransitables para un pensaraleza del hombre, y tampoco decir que todos los derechos su principio) y la lesión no es mortal porque el proceso es conquistados posteriormente forman con ellos una cadena de la que cada eslabón lleva igualmente la marca de las circunstancias, pues descubrimos en la institución de los primeros derechos una fundación, el surgimiento de un principio de universalidad. Y menos aún podemos trazar una línea divisoria entre los primeros derechos y los nuevos, ya que reconocemos que éstos se apoyaron en aquellos.

Pero la complicación me parece necesaria y tiene el mérito cle no hacernos perder de vista la distinción que debemos plantear constantemente entre régimen democrático y régimen totalitario. Sería un error traducir esta distinción, en los términos de la filosofía clásica, como la de un régimen regulado por leyes y de un régimen sin leyes, de un régimen donde el poder es legítimo y un régimen en que es arbitrario.

Como muy justamente lo señaló Hannah Arendt, el totalitarismo se caracteriza por el desprecio de las leyes positivas, pero no obstante se ordena bajo el signo de la Ley, siendo ésta, en conjunción con el poder, fantásticamente afirmada tor encima de los hombres, al mismo tiempo en que se encuentra planteada como ley del mundo humano, traída del cielo a la tierra.

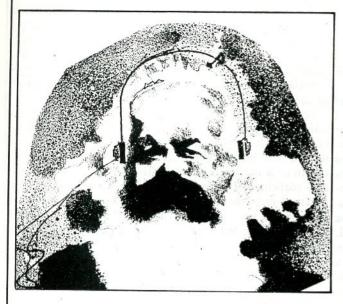
Lo que distingue a la democracia es que si bien inauguró una historia en la cual se elimina el lugar del referente desde el cual la ley ganaba su trascendencia, sin embargo no

su reino con el del poder. Hace de la ley lo que, siempre irreductible al artificio humano, sólo da sentido a la acción de los hombres si éstos la quieren, la aprehenden, como la razón de su convivencia y la condición de posibilidad de cada uno de juzgar y ser juzgado. La división entre lo legítimo y lo ilegítimo no se materializa en el espacio social: solamente se sustrae a la certeza, a partir del momento en que nadie puede ocupar el lugar del gran juez, a partir del momento en que ese vacío mantiene la exigencia del saber. En otras palabras, la democracia moderna nos invita a reemplazar la noción de un régimen regulado por leyes, de un poder legítimo, por la de un régimen fundado en la legitimidad de un debate sobre lo legítimo y lo ilegítimo -debate forzosamente sin garante y sin término. Tanto la inspiración de los derechos del hombre como la difusión de estaría fuera del alcance del hombre y, al mismo tiempo, la los derechos en nuestra época dan muestras de dicho deba-

> Pero si admitimos que éste depende de la esencia de la democracia, quizás estemos mejor armados para circunscribir el alcance simbólico de los derechos enunciados en las primeras Declaraciones, sin ceder en nada a la oposición del naturalismo y del historicismo, y sin desconocer la continuidad de lo que se afirma desde el comienzo hasta nuestros días.

En efecto, lo singular de las libertades proclamadas a fialgo que aparece en el impulso del tiempo y estaría desti- nes del siglo XVIII es que son indisociables del nacimiento del debate democrático. Más aún: son sus generadoras. Por lo tanto, debemos admitir que, cuando son atacadas, todo el edificio democrático corre el riesgo de derrumbarse, y No obstante, pensar que el naturalismo y el historicismo que donde no existen en vano podríamos buscar la primera piedra. En cambio, aunque no son contingentes, los demiento de los derechos del hombre no simplifica sino que rechos económicos, sociales y culturales pueden dejar de más bien complica los datos del problema. Al parecer, no ser garantizados y hasta reconocidos (por lo demás, no veo podemos decir que los primeros derechos nos hacen tocar en ninguna parte, ni en la Inglaterra de Mrs. Thatcher ni suelo firme ya que renunciamos a la creencia en una natu- en el Estados Unidos de Reagan, que sean aniquilados en





reversible y el tejido democrático es susceptible de rehacerse no sólo gracias a circunstancias favorables al mejoramiento del destino de la mayoría, sino por el hecho de que se preservan las condiciones de la protesta.

Sé cuál será la objeción. Las libertades son sólo formales cuando se combinan con la pobreza, la inseguridad del empleo y la indigencia frente a la enfermedad. Pero este argumento me parece insostenible. Aplicado a las sociedades occidentales, ignora el hecho de que esas libertades formales posibilitaron reivindicaciones que lograron hacer evolucionar la condición de los hombres. Pasa por alto el status de esas libertades primeras que derivaron del derecho de asociación de los trabajadores y del derecho de huelga, que a su vez forman un bloque con los primeros derechos adquiridos, a un punto tal que su supresión implicaría actualmente la destrucción de la democracia y, con ella, de los derechos económicos y sociales.

volver contra quienes lo invocan. ¿De qué sirve —preguntan— hablar de los derechos del hombre en su caso? Se trata de un lujo que no pueden codiciar hombres que enfrentan el drama de la carencia o del hambre, de las epidemias o la mortalidad infantil. Simplemente olvidan que de ese aquí y ahora, que dé una respuesta que sirva de verdad. Y modo los oprimidos se ven privados de la libertad de hablar, el hecho de que un hombre, aunque más no fuera uno sola libertad de asociarse y con frecuencia la libertad misma lo, tenga derecho a denunciar lo vano o lo errado de dicha de movimiento, es decir de todo lo que les daría los medios respuesta no hace más que confirmar la articulación de la legítimos y eficaces de la protesta y la resistencia a la opre-

desprecio por los derechos del hombre incita a los presun- del derecho no radica en los errores de la mayoría: derivaría tos revolucionarios a erigir regímenes de tipo totalitario o a de la del espacio público mismo, si, a falta del debate que soñar con ellos. En lo más profundo, este desprecio cubre le corresponde, una opinión maciza, constante y compacta un rechazo, opuesto a los individuos, a las comunidades decidiera en la oscuridad, en lugar de que se formaran y se campesinas, a los obreros y a los pueblos en general, del deshicieran mayorías y que las peripecias del intercambio y derecho a tener derechos.

Es verdad que cuando sostenemos que la democracia es- de las convicciones. tablece la legitimidad de un debate sobre lo legítimo y lo ilegítimo, llegamos al meolllo de la dificultad. En efecto, giéndose, deteriorándose incluso? O, como dicen algunos,

legítimo es lo que así se considera aquí y ahora. Pero, ¿cuál es el criterio de juicio? Se puede responder, por cierto, que radica en la conformidad del derecho nuevo con el espíritu de los derechos fundamentales. Nosotros mismos lo sugeníamos: el sentimiento de ese vínculo guía a quienes se erigieron o se erigen en defensores de reivindicaciones inéditas y al mismo tiempo a la opinión pública que las acepta y a las instancias que les dan una salida jurídica. Sin embargo, la respuesta no libera de la duda. Si bien son constitutivos de un debate público, los derechos fundamentales no pueden resumirse en una definición en la que pudiera convenirse universalmente qué es conforme o no a ellos, ya sea en la letra o en el espíritu. Siempre falta evidencia. Nos veríamos así expuestos a la conclusión de que lo que se juzga legítimo aquí y ahora sólo puede serlo en virtud del criterio de la mayoría. Pero, para adherir a esta tesis, sería necesario que olvidáramos lo que acabamos de decir, a saber que el derecho no puede presentarse como inmanente al orden social sin que se pierda la idea misma del derecho. La paradoja de que el derecho sea expresado por los hombres que esto mismo signifique su poder de expresarse, de declararse su humanidad, en su existencia de individuos, y su humanidad en su modo de convivencia, su manera de estar juntos en la ciudad— y que el derecho no se reduzca a un artificio humano, esta paradoja fue percibida ya a comienzos del siglo XIX no sólo por liberales decididamente hostiles a la instauración de la democracia, sino también por pensadores tales como Michelet o Quinet, tan aferrados a la soberanía del pueblo como a la soberanía del derecho.

La legitimidad del debate sobre lo legítimo y lo ilegítimo supone - repitámoslo- que nadie ocupe el lugar del gran juez. Precisemos: nadie, o sea ni un hombre investido de una autoridad suprema, ni un grupo, aunque fuera la mayoría. Pero la negación es operante: elimina al juez, pero relaciona a la justicia con la existencia de un espacio público —un espacio tal que cada uno es exhortado a Además, aplicado a las sociedades en las que una parte hablar, a oír, sin estar sometido a la autoridad de otro-, y miserable de la población es en este momento víctima de que es inducido a querer ese poder que le es conferido. La una explotación rabiosa, este agumento es muy fácil de virtud de este espacio, siempre indeterminado, pues no es propiedad de nadie, sino solamente a la medida de los que se identifican con él y le dan sentido, es dejar que se propague el cuestionamiento del derecho. Ningún artificio podría evitar que en función de éste se forme una mayoría, libertad y el derecho, la irreductabilidad de la conciencia del derecho a la opinión: lo que falla entonces eventual-Y la experiencia enseña más que claramente que el mente es la mayoría, no el espacio público. La degradación del conflicto mantuvieran la inquietud y la feliz división

Preguntémonos entonces: ese espacio, ¿está o no restrineste principio hace suponer que lo que es de aquí en más ¿no es más que un simulacro que el Estado utiliza para

#### LOS DERECHOS DEL HOMBRE

sentido o en otro.

La paradoja de la que hablé y que creo hace a la esencia su cuestionamiento. de la democracia se ve enormemente acentuada en gan de la fuerza de los más.

En mi opinión, nadie duda de la validez de esta observación. Pero no debe ocultar que la intervención de las masas en el espacio público, lejos de aniquilarlo, amplió considerablemente sus límites y multiplicó sus redes. El neoliberalismo contemporáneo (que vuelve a ganar un asombroso prestigio en nuestros días) no quiere saber nada to de lo legítimo y lo ilegítimo.

Pensemos, por ejemplo, en las reivindicaciones que trajeron aparejada una nueva condicióan de la mujer. ¿Quién consideraría de buena fe que están demostrando solamente un cambio en la opinión o que son guiadas por una simple exigencia de bienestar? El debate sobre la contracepción o sobre el aborto puso en juego sobre todo una idea de la libertad que algunos pueden sin duda cuestionar, pero que hace a la esencia del individuo, de las relaciones interpersonales y de la vida social. Este ejemplo es el más elocuente, sin duda. Pero ya se trate de derechos tan diversos como el de los asalariados privados de su empleo, el de los contra- NOTAS tistas enfrentados a dificultades de administración, el de los asegurados sociales, de los inmigrantes, de los detenidos, de los objetores de conciencia, de los militares (que en publicado nuevamente en L'invention démocratique, Fayard, 1981. la actualidad están privados de la libertad de expresión) o

acreditar sus títulos democráticos? ¿No vemos más que una incluso de los homosexuales —todos derechos que desde opinión que se infla, se encierra en sí misma y se redondea hace años son materia de discusión incesante— admitamos para ajustarse a la acción de un poder omnipotente? Hagá- que indican un sentido del derecho incomparablemente monos esa pregunta, pero coincidamos en que es una pre- más agudo que en el pasado. Creemos observar en todas gunta de política y que sería presuntuoso decidir en un partes el fortalecimiento del poder del Estado como consecuencia de las nuevas reivindicaciones, pero no hablamos de

Los recientes debates sobre el empleo, la seguridad sonuestros días por la penetración, en lo que se instituyó en cial, la reforma de la salud pública y la protección médica, un momento como el espacio público, de una masa que es- el status de la enseñanza privada, que en casi todos los cataba excluida de él. Pero ¿cómo apreciar con justeza los sos provocan huelgas y conflictos masivos muestran que no efectos de dicho cambio? Sin duda, la posición cada vez reinan ni la indiferencia ni la pasividad. Son — se objetamás fuerte del Estado como garante de los derechos so- rá— coaliciones de intereses que chocan, solidaridades corciales, económicos y culturales tiende a reducir la legitimi- porativas que resisten ante un peligro o prejuicios que se dad del derecho a la sanción dada a las opiniones por una despiertan. ¿Pero acaso la defensa de los derechos alguna instancia en la cual parece condensarse el poder social, vez estuvo libre de los intereses y las opiniones? En las dismientras que, recíprocamente, las opiniones, que tienden cusiones sobre la organización de la medicina o la de la encada vez más a encontrar su denominador común, pese a señanza, por ejemplo, ¿sólo se hace oír la voz de los intereque emanan de categorías diferentes a la esfera de esa san- ses o los prejuicios? Todavía creemos encontrar en la crisis ción, se ven virtualmente legitimadas siempre que dispon- económica el motor de una nueva expansión de la burocracia y de la tecnología. ¿Pero no es cierto, por el contratio, que también pone en evidencia, de una manera imprevista, el conflicto de los derechos, que hace descubrir la contrapartida de ciertos males que no por ello lo son menos y la contrapartida de ciertas ventajas que no por ello lo son menos?

Decía que la supervivencia y la ampliación del espacio del sentido de esta aventura, pues permanece anclado en público era una cuestión política. Por ello entendía: una una teoría de la élite que se nutría de la prohibición del de- cuestión que hace al meollo de la democracia. No tengo la recho a la palabra de los estratos más numerosos y sobre to- pretención de responder. Intentar, aunque más no fuera, un do más pobres de la sociedad. De ese modo, nos ciega ante camino hacia una respuesta, sería objeto de otra discusión. los problemas que enfrentamos actualmente, pues en el Para mantenerme en el marco de ésta, me limitaré a esta marco de la democracia no es concebible ningún retroceso. conclusión: no hay ninguna institución que, por naturale-Y también nos vuelve estúpidos en cuanto a la defensa de za, baste para garantizar la existencia de un espacio públila causa del derecho, pues no se puede separar la generali- co en el cual se propague el cuestionamiento del derecho. zación del derecho a la palabra de la difusión del sentido Pero, recíprocamente, este espacio supone que le sea dedel derecho en la sociedad. Así como es importante in- vuelta la imagen de su propia legitimidad desde un escenaterrogarse acerca de los efectos de los derechos nuevos, des-rio acondicionado por instituciones diversas y en el que se cubrir lo que tienen de ambiguo o tratar de detectar la jus- mueven actores encargados de una responsabilidad polítita distinción del derecho y la opinión, que muchos pierden ca. Pero cuando los partidos y el parlamento no asumen su de vista, del mismo modo parece vano negar que para función, es dable temer que a falta de una nueva forma de millones de personas la obediencia muda a normas que pa- representación susceptible de responder a las expectativas ra ellas no tenían otro sentido que el de satisfacer las exi- de la sociedad, el régimen democrático pierda su credibiligencias de una minoría, o mantener en diferentes registros dad. Cuando, por una parte el ejercicio de la justicia, por una posición de dominación, cedió ante el cuestionamien- la otra el de la información, a través de los órganos de la prensa, la radio y la televisión, no se muestran esencialmente independientes, también debe temerse que lo que yo llamaba la distinción del poder, de la ley y el conocimiento, que da origen a la conciencia moderna del derecho, pierda su eficacia simbólica. O, agreguemos: cuando los actores políticos, jurídicos e intelectuales, ofrecen a menudo los espectáculos de su obediencia a consignas dictadas por el interés, por la consideración a la disciplina de grupo, o por seducir a la opinión, es necesario preocuparse por la corrupción que propagan.

<sup>1 &</sup>quot;Derechos del hombre y política", in Libre, Nº 7, Payot, 1980;

<sup>2 &</sup>quot;Democracia y totalitarismo", in Commentaire, IV, Nº 16.

# XAVIER RUPERT DE VENTOS

# PUDOR Y PORNOGRAFIA

Pretendo describir y analizar someramente la desazón que me produce un entorno transparente a mi percepción, que anticipa mis deseos y formula mis aspiraciones.

¿Qué hay de profundamente inquietante en estos obje- mensajes se me ofrecen alternativamente como ser y como más por nuestro dinero: decidido a darnos una obra cuan- mis reacciones cifradas y tipificadas; junto a las "instrucdo pedimos simplemente un libro, un signo de distinción ciones para su uso" práctico, aparecen las instrucciones patamos un país?

duce el sentirse considerado desnudamente ni como sujeto se me ofrecen, como el Estado dota de "razón histórica" y ni como objeto: ni la atención amorosa absolutamente per- "unidad de destino" al grupo o país en que me aconteció comprobar —o temer— el tránsito del ojo o la mano ajena cultural que me envuelve por todas partes aluden directade mi persona a mi cuerpo, de mí a mi especie, o viceversa. mente a la ideología de mi Superego (se trata de algo mo-Es este cambio focal en el ojo que me ve y me mira, que me ral, digno, etc.) y a los impulsos de mi Ello (a mis ensueños escudriña alternativamente como sujeto y objeto, como eróticos o de poder, a mis fábulas compensatorias, a mis individuo y como ejemplar, como Xavier y como Hombre, más secretos deseos y aspiraciones). Es mi gratificación mocomo persona y como figura; es esta mirada "filosófica" que contrasta lo uno desde lo otro, la que me confunde. Y ción, me proponen el bronceado que luciré; antes que una me siento "confundido" muy concretamente por la acu- vivienda me venden una dirección prestigiosa; más que un mulación y mezcla de las dimensiones de mi personalidad programa político me ofrecen una imagen, una Verdad o aludidas —con lo que adquiere un nuevo sentido la defini- un Ideal comunitario. Y el pudor es mi natural reacción ción ignaciana: pudoris est confusionis sensum.

tante el que experimento en un entorno cuyos objetos y no adecuado.

tos, mensajes o instituciones cada vez más solícitos y carga- valor, como objeto y como significado (la mercancía es dos de "interés humano" que se hacen mis cómplices para útil... y simbólica, es la de siempre... pero es "distinta"; tratar "mi" problema, para descubrir conmigo las posibi- el partido defiende mis intereses... a la vez que encarna el lidades de mi futuro, para incitarme a que ejerza mis De- proceso histórico-dialéctico, etc.) que se dirigen a diversos rechos nada menos que Humanos o para aconsejarme que niveles de mi personalidad y apelan a distintos sistemas de me regale con las comodidades que tengo bien merecidas? motivaciones. Junto a la descripción del objeto, leo la de ¿Qué me desazona en este entorno empeñado en darnos mi propia actitud ante él; junto a la de sus caracteres, la de cuando queremos sólo un cigarrillo, o un Estado si necesi- ra su uso simbólico: las imágenes a las que puedo o debo asociarlo (la ficha perforada que da "cientificidad" a la Lo inquietante es la promiscuidad misma de este entor- máquina de afeitar, como el viejo caserón de nobleza al no cuyos mensajes se nos hacen huéspedes que nos apuran whisky y el galán conquistado certifica la utilidad al desoy confunden. Pues si el pudor del cuerpo surge al verse ex- dorante). Los términos "anti", "contra" (antipsiquiatría, puesto a los sentidos, el del alma aparece al verse entrega- contracultura, etc.) asignan un carácter inequívocamente do al sentido. El pudor, como vio bien Scheler, no lo pro- revolucionario o progresista a los productos culturales que sonal ni el examen clínico protocolario. El pudor aparece al nacer. Los mensajes de esta eidosfera política, comercial o ral o sensual misma la que me ofrecen: más que la vacafrente a esta mirada o estos dedos demasiado hábiles que El pudor aparece pues en el tránsito de una intención recorren desde mis instintos a mis ideales y que les ofrecen -o atención a otra. Y es precisamente este tránsito cons- en cada caso la excitación precisa, la imagen exacta: el sig-

inmediatamente cargo de nuestra situación y que en lugar de insignias o galones luce un broche simpático e informal en el que consta el nombre de pila por el que debemos llamarle para mejor personalizar nuestra relación. Hemos empezado viendo la producción y promoción directa de valores o significados, y nos topamos ahora con su directa inyección en las personas y situaciones: con la reconstrucción de la individualidad, la experiencia o la expresión mediante la emisión directa de la imagen o el signo que deberían salir o resultar de ella, y con los que ahora se empieza ya por conformarlas. Se elimina asi todo lo individual o aleatorio para reconstruirlo de un modo sistemático, inscrito va en un código de signos controlados: recuperando lo natural como "naturalidad" lo individual como "diferente", lo espontáneo como "informalidad", el estilo como "lírica", el amor como "erotismo", el personaje como "celebridad", la utilidad como "funcionalidad", el acontecimiento como "novedad", lo emotivo como "romancitismo".

Nuestro malestar puede entenderse entonces como la reacción ante el catolicismo de un sistema que no deja nada por tematizar y que parece sentir un horror vacui ante cualquier acontecimiento exhuberante, ambiguo, rico, no dotado ya de un sentido sustantivo y superlativo. Ahora bien; el acontecimiento experimentado ya como "noticia", la individualidad descrita como "carácter" o la espontaneidad ejercida como "informalidad" poseen ya desde el principio un valor o generalidad que inhiben su auténtica productividad significativa. Nunca podrán ser significativos precisamente porque no empiezan por ser sino por significar. Pero desde el punto de vista de la "ingeniería social", este control de la materia prima significante tiene ventajas evidentes:

1. Por lo pronto, la de ofrecer una experiencia ya pautada que elimina el riesgo de las posibles interpretaciones, o usos divergentes de los hechos. Transformados éstos en conatus de significación, sólo cabe su pasiva asimilación o su rechazo: lo toma o lo deja, pero no lo toca. Se sabe así lo que significa el amor y el éxito antes de haberlos experimentado. Y la situación es entonces, en términos de Hegel, "como la de aquellos que no han conocido el amor más que por las novelas, y creen no poder estar enamorados si no es experimentando los mismos sentimientos y las mismas situaciones que los héroes de las novelas". ¡Avatares de la famosa know-ledge by description cuando suple la knowledge by acquaintance! —del saber "acerca" de algo cuando hace las veces del conocer algo!

2. Pero es que, además, en este proceso la expresión individual no es rechazada sino todo lo contrario: mejorada, rediseñada. Quien aprende a ser espontáneo, progresista o atractivo no siente tanto su expresión personal inhibida como potenciada. Lo que ocurre es que al serle surtida le es también, y en el mismo acto, suplida, de modo que muy dificilmente sentirá su carencia. Con toda naturalidad empuñará el signo inequívoco de sus propias experiencias —por el que habrá pagado toda la exhuberancia y comlejidad personal a cambio de su eficacia y garantía de calidad.

¿Pero no han existido desde siempre, se dirá, modelos o patrones a partir de los cuales construíamos nuestra imagen e identidad? ¿No nacemos ya dentro de un lenguaje y una cultura que "recortan" o dibujan nuestra experiencia con

A la angustia ante el burócrata impersonal se añade hoy la desazón que nos produce el public relations que se hace inmediatamente cargo de nuestra situación y que en lugar de insignias o galones luce un broche simpático e informal tábamos de identificarnos? ¿Qué hay pues de nuevo, de en el que consta el nombre de pila por el que debemos lla-

Lo nuevo, obviamente, es el tránsito de estos modelos de la natura a la cultura o, si se prefiere, de la cultura a la manufactura. Lo bárbaro: la desaparición de límites naturales o religiosos en esta frenética producción de sentido. Y lo impudoroso: que no se trata ya de modelos concretos en lo que podemos (o no) identificarnos, sino de imágenes que se proyectan sobre nosotros. Toda la diversidad del modelo familiar —padres dominantes y / o tiernos y / o inseguros— e incluso la ambigüedad de su versión freudiana —padre castrador y simbólico— desaparecen en estas ideas de virilidad o de Exito manufacturado ya ready to wear. 1

Con lo que la tesis de que somos todos hijos de un mismo Padre deja de ser una especulación teológica y se hace una evidencia social.

Volvamos, para terminar, al pudor. Decíamos que el pudor aparece cuando se teme o siente una presencia demasiado "sabia" que nos analiza a fin de aprender a estimularnos sin necesidad de pasar por nuestra conciencia o voluntad: para hacer de nosotros buenos consumidores, valerosos soldados, cómodos amantes o fervientes patriotas. Para conseguirlo debe estudiar en cada caso las teclas o registros que conviene estimular: ahora la voracidad y luego la caridad, hoy nuestra hombría y mañana nuestra picardía. Lo único que no puede permitirse es apelar a nuestra personalidad global: de ella conseguirían respuestas más o menos aleatorias, nunca los reflejos automáticos que pueden arrancarse a cada una de nuestras "teclas" directamente estudiada y estimulada como una facultad particular. De ahí el constante cambio focal de la atención que se cierne sobre nosotros. O mejor, sobre cada una de nuestras debilidades o fantasías, fijaciones o frustraciones.



De ahí, también, la vergüenza que nos produce el sentirnos objeto —literalmente objeto— de esta atención. "Nuestra vergüenza —decía Sartre— no es el sentimiento de ser este o aquel objeto de culpa, sino, en general, de ser un objeto: es decir, el reconocerse uno mismo en este ser degradado y coagulado que soy para el otro". Pues bien, hoy nadie puede evitar ya sentirse el objeto —o la serie de objetos- que él es para este gran otro constituido por el lenguaje político, comercial e institucional. Nadie puede dejar de verse caricaturescamente representado, pornográficamente presupuesto y exhibido en los carteles o mensajes que le proponen la realización técnica, segura y barata de sus más mezquinos o sublimes deseos. "Escucha tu propaganda de laxantes, decía W. Reich, y te enterarás de Poder que sólo dejamos de sentir como una agresión cuanquien y cómo eres."

Pero este sistemático atentado al pudor sólo se completa cuando a la violación institucional de nuestra intimidad se añade la desautorización científica de nuestra reacción frente a esta violación; cuando la máxima "donde el Ello estaba el Yo debe alcanzar" se traduce muy precisamente por "donde la coyuntura social nos propone, nuestra estructura personal debe llegar". A partir de ahí, el "caso" de Dora, por ejemplo, no será ya el de la situación patológica en que la joven se encuentra (el affaire de su padre con Frau K., su consiguiente relación con Herr K. etc.) sino el de "su" problema, el de "sus" fantasías se-

Y lo que en el origen del psicoanálisis era una orientación pronto se transformó en un dogma o principio para la profesión psicoanalítica. El pudor no es para ella más que una forma orgánica de insinceridad para con uno mismo; un patológico temor al rechazo y a la pérdida de amor; una tensión entre el Yo y el Ideal-del-Yo que debe ser resuelta y neutralizada si el individuo ha de recobrar la confianza en sí mismo. La curación consiste precisamente en airear todo lo implícito o reticente; en llevar a la conciencia —o, si se prefiere, al Logos— todo lo tácito o escondido, que el psicoanálisis identifica sin residuos con lo "reprimido". Sólo así podemos alcanzar lo que la Ontopsicología de Maslow denomina la madurez— "el estadio en que la naturaleza exterior se manifiesta plena y libremente en lugar de mantenerse patológicamente envuelta en sí misma". Sólo así llegaremos a ser tan objetivos y desinhibidos como exige nuestro medio; sólo entonces tendremos el coraje de utilizar sin falsa pudibundez un medio que nos ofrece nuestras propias aspiraciones como mercancías o servicios.3

Pero la verdad es que el instinto de protección de lo íntimo, de lo que no lleva aún —o ya— su máscara, no es algo que deba reprimirse sino, todo lo contrario, preservarse: el totalitarismo gravita siempre en torno de una sociedad o un tratamiento que nos obliga a decirlo todo. Y es que desde que nos plegamos a esta instigación institucional a la explicitud y al desenmascaramiento, nos transformamos no ya en sujetos pacientes del Orden o el Saber establecidos sino en sus activos discípulos o cómplices.

La moderna adicción a la psicología y a la pornografía puede entenderse desde ahí como una característica interiorización y reacción mimética de los individuos condenados socialmente a la exposición y abertura. Violados sus últimos reductos, objetivados y comercializados sus más íntimos reflejos, los sujetos sólo saben liberarse de esta presión: bien, asumiéndola y ejerciéndola personalmente, bien, aplicándola a los demás; bien dedicándose a desvelar sistemáticamente su alma al analista, bien, observando el cuerpo o la conducta de los demás conforme a estos patrones de objetividad, es decir, inspeccionando y consumiendo su anatomía o su conducta sexual fuera del contexto en que se produce.

Con la psicología y la pornografía, el individuo se libera así haciendo de la necesidad virtud de su condición una pasión, de lo sufrido algo querido y asumido. La angustia y vergüenza ante este medio sólo se pierde pues al precio de transformarse en cómplice de sus mecanismos: ejerciendo sobre uno mismo o aplicando a los demás la violencia del do nos identificamos con ella y llegamos a ser sus aliados.

#### **NOTAS**

Según Horkheimer, la autoridad del padre no generaba conformismo sino, primero obediencia, luego internacionalización de sus principios y, por fin, la propia rebelión contra él. El hijo, que ha hecho suyos los principios con que el padre le educó, comprueba que tampoco su padre está a la altura de ellos -y es en el nombre mismo de estos principios que destrona al padre, y se libera de su autoridad. Pero desde que la figura del padre y las funciones de la familia han sido sustituidas por servicios e instituciones, la nueva autoridad social o estatal no favorece ya el proceso de "interiorización-rebelión" sino el de "mimetismo-conformismo." Hay que tener en cuenta, sin embargo, que éstos no son los dos únicos mecanismos posibles para transmitir pautas de conducta: a ellos podrían aún añadirse la edificación doctrinal, el dogmatismo religioso, la identificación con la pandilla, etc. Y mi hipótesis que he desarrollado en otro lugar, es que en cada momento histórico tiende a dominar aquel mecanismo que optimiza las posibilidades de sobrevivencia del nuevo individuo en el medio, con lo que la valoración tanto moral como pragmática de la 'interiorización" que Horkheimer nos propone se hace mucho más problemática.

<sup>2</sup> Como Escribe Steven Marcus, "los tres adultos más cercanos a Dora, aquellos a quienes ella más quiere en el mundo, parecen estar conspirando -separadamente, en tandem o conjuntamente- para negar la realidad de la experiencia de Dora. "Y la intervención de Freud es consistente con esta hipótesis: reconoce que los adultos han montado un complicado juego de mentiras y engaños, pero acepta la atribución que ellos han hecho del problema a las fantasías sexuales de Dora, que Freud tratará de que lleguen a hacerse conscientes. C.D. Schneider ha desarrollado este argumento en relación con el tema que sigue. Sólo así podemos alcanzar lo que la Ontopsicología de Maslow denomina la madurez — "el estadio en que la naturaleza exterior se manifiesta plena y libremente en lugar de mantenerse patológicamente envuelta en sí misma".

3 Abandonando su búsqueda de la "planta primigenia", Goethe reconoce, en su Teoría de los Colores que "hay que permitir que los últimos fenómenos (Urphänomenen) permanezcan latentes en su eterna paz y esplendor". Como él, y como Nietzsche mismo, Max Scheler utiliza también una imagen orgánica para responder a esta ideología según la cual todo debe ser aclarado: "Igual como la parte de las raíces encargada de la función nutritiva tiene mayor necesidad de secreto y oscuridad, mientras que las hojas necesitan luz, así nuestra vida psíquica parece tener profundas raíces que funcionan sólo a la sombra, y una esfera de conciencia y claridad en la cual los elementos están separados los unos de los otros". Pero nadie mejor que Kierkegaard ha descrito este temor, esta ambivalencia de sentimientos que experimenta al hombre cuando sabe que otro quiere entender o penetrar "lo que él ha amado con entusiasmo juvenil, lo que ha admirado en el ímpetu de su fuerza, aquello con lo que ha mantenido, en la intimidad de su alma, un trato misterioso y enigmático, aquello que ha ocultado en su corazón: lo que el amante oido solitario ha recogido, lo que ha ahuyentado un sueño, lo que se ha tenido siempre en la mano como un pasatiempo femenino, lo que ha acompañado a uno en las claras noches de luna, por las calles de la ciudad oscura, al rayar el día, lo que le ha hecho compañía yendo en coche, aquello por lo que uno ha entrado en su hogar, aquello de lo que la habitación ha sido testigo".

# IRROS LIBROS

# La nieve del almirantE

de Alvaro Mutis

por José Miguel Oviedo

☐ Alianza Editorial, Madrid, 1986

El primer libro poético de Alvaro Mutis (escrito en colaboración con Carlos Patiño) se titula La balanza y data de 1948. En el segundo, Los elementos del desastre (1953) - que él ha querido poner al frente de su Poesía recopilada (Bogotá, 1985)-, ya aparece la figura patética de Magroll el Gaviero, el tenaz y funesto viajero que ha agotado todos los puertos sin encontrar jamás el suyo. Quizá por eso, en un decisivo en el puente que Mutis ha último gesto de vana esperanza, lo que oímos de Magroll en ese libro es una oración, una letanía que se presenta como "antídoto eficaz contra la incredulidad y la dicha inmotivada"; la oración termina así: "Recuerda Señor que tu siervo ha observado pacientemente las leyes de la manada. No olvides su rostro. Amén". Su destino es, por cierto, individual, pero refleja el de la entera especie: es un hombre como todos, es todos los hombres. Esta figura aparecía todavía en el libro siguiente (Los trabajos perdidos, 1965) como una más al lado de otras, no menos inquietantes y peregrinas: el húsar, el granadero napoleónico, o el anónimo aventurero que vio mejores días y que está ahora varado en algún Caravansary (1981) y Los emisarios inhóspito lugar que se parece (1984), en los que hay más de un texmucho al infierno. Pero ya en la pri- to fronterizo entre el cuento y el pomera recopilación de Mutis (1948- ema. De hecho, en ciertos relatos de 1970), el Gaviero ocupa un lugar estos dos libros está la génesis de

Summa de Magroll el Gaviero (1973). De ser una simple voz del discurso poético, pasó a convertirse en un verdadero personaje: no sólo una inflexión generadora de imágenes y visiones, sino un protagonista, un ser cuya consistencia excede los límites del texto, pues éste no recogía sino fragmentos, breves iluminaciones de su vida entera.

Creo que Magroll es un elemento sabido tender entre el lenguaje más puramente lírico y el de la poesía narrativa y aun con la misma narrativa en prosa. Por un lado, en su obra el verso suele tener la honda respiración del versículo, la letanía y el ensalmo, cuando no la directa sentenciosidad de la prosa, todo lo cual explica por qué el lector de Mutis es asaltado constantemente por ecos de Saint-John Perse y Césaire. Por otro, su modo narrativo reelabora situaciones, escenas y personajes provenientes de su poesía -como ocurre en La mansión de Araucaíma (1973; 1978)-, y aun llega a entrecruzar y confundir los géneros en prosa y en verso dentro de un mismo libro, como puede verse en central, como anuncia su título: la novela corta La Nieve del Almiran-

te, a la que ahora sirven como epílogos o textos complementarios. Todos esos fragmentos eran como partículas de un gran diseño, entonces latente; la reciente novela les otorga todo su sentido y los imanta en un relato que tiene el carácter de testamento y balance de una vida: la historia del Gaviero queda aquí contada y saldada, de modo orgánico y quizá definitivo. A pesar de la naturaleza premonitoria (y quizá preparatoria) de las piezas dispersas en sus otros libros, Mutis no nos había dado indicios de que convertiría finalmente a su personaje poético en un auténtico protagonista de novela, completando así la transición de un género a otro. Lo que ha logrado al intentarlo por primera vez es simplemente obra maestra.

La importante función unificadora que Magroll cumple en los textos de Mutis se combina con otra, no menos decisiva, que es la de servir de espejo o proyección a través de los cuales el autor puede reflexionar sobre su propia experiencia humana y estética: un alter ego existencial y textual, puesto que vive las grandes aventuras que el otro habría querido vivir, y suele escribir ("inscribir", sería tal vez más apropiado) las respectivas crónicas. Magroll cuenta sus peripecias por delegación del autor; en esta novela esa relación vicaria está subrayada por el uso de

una ilustre convención narrativa: el autor publica el manuscrito de Magroll que encontró entre otros viejos papeles en un libro del siglo XIX y cuyo tema (Enquête du Prévôt de Paris sur l'assassinat de Louis Duc D'Orléans) atrajo su atención en una librería de viejo. El "Diario del Gaviero", dirigido a su amada Flor Estévez, está escrito, característicamente, en "una mezcla indefinible de los más diversos géneros: va desde la narración intrascendente de hechos cotidianos hasta la enumeración de herméticos preceptos de lo que pensaba debía ser su filosofía de la vida" (pp. 15-16). Los diarios de viajes, los ficticios cuadernos de bitácora, los manuscritos encontrados en una botella o en un lugar insospechado, son habituales en los libros de aventuras, a los que Mutis ha recurrido siempre en busca de modelos: son, como los suyos, relatos escritos en tono exaltado, cargados de pasión, exotismo y tragedia. En La Nieve del Almirante la huella de Conrad es evidente, especialmente El corazón de las tinieblas: en ambos el relato de un viaje se convierte en una jornada moral, cuyo centro es el descubrimiento del mal, del carácter indefendible de la vida.

El diario cubre un período de más de tres meses (marzo 15 a junio 23) durante los cuales Magroll emprende la fatigosa y riesgosa navegación del río Xurandó, que lo llevará desde el sofocante trópico hasta los páramos de las tierras altas. Su propósito es algo trivial o insensato: llegar a los aserraderos de la cordillera y dedicarse al negocio de transporte de la madera. El mismo sabe que su plan no es sino una quimera, pero eso no le impide emprenderlo; en realidad, no tiene nada que perder: "Todo esto es absurdo y nunca acabaré de saber por qué razón me embarqué en esta empresa. Siempre ocurre lo mismo al comienzo de los viajes. Después llega la indiferencia bienhechora que todo lo subsana" (p. 19). Los compañeros con los que comparte la precaria lancha a motor no lucen menos infelices: el capitán en permanente estado de ebriedad, el silencioso indio que sirve de mecánico, el práctico de cara indescifrable, el gigantesco pasajero rubio con el que Magroll apenas puede entenderse, son todos fantasmas, restos de los hombres que fueron. ¿Qué mueve a estos desdichados? Lo mismo que a él: "una fervorosa vo-

cación de felicidad constantemente traicionada, a diario desviada y desembocando siempre en la necesidad de míseros fracasos" (p. 25). Magroll sabe que en esos intentos se le ha ido la vida, que la ha desperdiciado y que todo pudo ser de otro modo; esa vida virtual y promisoria lo contempla burlonamente pidiéndole cuentas y un último esfuerzo, el definitivo. El sabe que pudo ser otro: ese otro lo habita como un doble ardiente y acusatorio, que lo impulsa a la aventura. La que narra su diario ocurre tanto fuera como dentro de él, y prueba su urgente deseo de inventarse una vida distinta de la real, digna de su imaginación, para combatir el horror inevitable de la muer-

Esto remite a uno de los rasgos principales de Magroll: su dolorosa lucidez. En una atmósfera embrutecedora y salvaje, poblada por seres elementales y violentos, el Gaviero observa y medita, examina minuciosamente las culpas que purga. La derrota le ha dejado una lección. que él destila en sentencias amargas sobre el sinsentido de la vida, la ciega violencia del abrazo erótico y el esperado manotazo de la muerte. Magroll conoce bien a los hombres y a las mujeres, y desconfía de ambos: de acuerdo con su experiencia, suelen ser tan míseros como él, desesperados y aferrados por la promiscua soledad que pasean por burdeles, hoteles de paso, bares de mala muerte, hospitales de caridad en los que se han degradado una y otra vez. Escribe para él y para ellos, sabiendo que es inútil y que nadie lo escuchará: los hombres están condenados a repetir los pasos desventurados de sus antecesores en la historia. Sus advertencias, oraciones y aforismos son marcas o signos en clave para que, cuando ya sea tarde, alguien sepa que el Gaviero no se engañó, que vio la verdad y supo decirla. Como él anota: "Poner el dedo en la llaga. Oficio de hombres, tarea bastarda que ninguna bestia sería capaz de cumplir" (p.29).

La sensación de inutilidad y fatalidad de esa tarea es abrumadora. A lo largo del viaje, Maqroll descubre que esos hombes, cuya derrota los hace tan despreciables, comparten su destino con él, más allá de la obligada convivencia en la lancha: repiten los mismos delirios que agobiaron su vida, regida por el azar y la estupidez. Cuando el capitán cuenta su historia, Magroll comenta: "Había episodios que me resultaron familiares y que bien podían haber pertenecido a ciertas épocas de mi propio pasado" (p. 34).

Pero el aire perversamente filosófico y especulativo del Gaviero, está contrapesado por su naturaleza febril, fácil presa de los arrebatos y extravíos de la mente. De esto da testimonio el bochornoso material onírico que el protagonista registra para estudiar el impacto que el viaje y el cambiante paisaje van produciendo en su espíritu ya disminuido. Sus sueños (él las llama "visitaciones") son muy reveladores porque hablan de una vida triunfante y aun célebre; sus lecturas históricas proyectan imágenes heroicas que son, otra vez, ecos de una vida que no fue, vanas fantasías de un corazón vencido. Ilustran el lado nocturno de la mente de Magroll, que tiene una función compensatoria: "Sueño que participo en un momento histórico, en una encrucijada del destino de las naciones y que contribuyo, en el instante crítico, con una opinión, un consejo que cambian por completo el curso de los hechos" (pp. 37-38). El Gaviero lee en las "visitaciones" las posibles claves de su destino; quizá en ninguna parte de la novela las haya sintetizado con la fuerza visionaria de su anotación correspondiente a abril 18:

"...suelen presentarse para recordarme las constantes que tejen mi destino: el vivir en un tiempo por completo extraño a mis intereses y a mis gustos, la familiaridad con el irse muriendo como oficio esencial de cada día, la condición que tiene para mí el universo de lo erótico siempre implícito en dicho oficio, un continuo desplazarme hacia el pasado, procurando el momento y el lugar adecuados en donde hubiera cambiado mi vida y una muy peculiar costumbre de consultar constantemente la naturaleza..." (p. 57).

Entre muertes violentas y fiebres tropicales, este hombre se va acercando al final de su viaje. Llega a su destino, los aserraderos de las tierras altas y frías (lo que implica una vuelta a sus orígenes, porque nació allí y allí fue feliz en los brazos de Flor Estévez), pero llega cuando ya es tarde o ha perdido todo interés en la empresa. Además, las instalaciones están bajo vigilancia militar, hay una confusa situación política, creada por traficantes y guerrilleros, que él no entiende del todo. El fugitivo de su tiempo se topa de pronto

con la cruda ambición del poder y la cidiosa historia del presente. Enfrente el hecho de que no hay nada que hacer allí, de que todo ha sido en vario; ni siquiera lo espera su amante en la tienda "La Nieve del Almirante", y el lugar mismo es una ruina. El pasado ha muerto, el futuro no guarda nada para él; sólo le queda por vivir la vacía soledad del presente.

Siguiendo la pauta del diario, el relato es rigurosamente lineal, interpolado con episodios laterales y pequeñas historias subsidiarias que aumentan el dramatismo de la peripecia principal. Todo sigue moldes perfectamente tradicionales: hay decenas de relatos con semejantes situaciones y personajes; todo está encuadrado como para evocarnos visiones de libros ya leídos o de grabados ya vistos. Aunque la novela ocurre en un indeterminado presente, tiene un marcado sabor retrospectivo, que evoca un mundo donde ocurrieron aventuras maravillosas pero en el que ahora sólo resuena la cantilena elegíaca de Magroll, como un triste epílogo a una época desaparecida. Ese efecto de pátina y de nostálgica lejanía es una sugerencia del admirable arte verbal de Mutis. Ya sea en prosa o en verso, es característico del autor un lenguaje de alta temperatura lírica, incandescente y tempestuoso, de una turbadora precisión. Su prosa es una cosa viva, que respira y se ajusta rítmicamente al clima de los lugares y situaciones que describe; su propia perfección y su clásica elegancia agrega a la novela un toque de ironía: la decadencia humana y el esplendor del arte se funden paradójicamente en un último fulgor. La identidad total del lenguaje y visión es lo que crea la imborrable sensación de que no sólo estamos leyendo, sino experimentando algo directamente: la vivencia de una atmósfera grandiosa y aciaga es siempre impecable. En los pasajes descriptivos de la naturaleza salvaje que rodea a los viajeros, eso es todavía más notorio: nos sofocamos bajo el sol de fuego del trópico, sentimos los vívidos olores del mundo vegetal, sufrimos la corrosión de la materia bajo el impacto de los elementos, nos estremecemos con el frío de las alturas y el terror de los malos pasos. Todo el tiempo estamos allí sin mediaciones, destruyéndonos junto con el Gaviero. La cohesión entre la novela y los cuatro breve textos que la complementan (extraídos de Caravansary y Los

emisarios) es también consecuencia de la fuerza con la que el lenguaje nos sugiere un mundo unitario, habitado por el Gaviero, con sus obsesiones de náufrago enloquecido, los recuentos de su fracaso y la ilusa esperanza de algún día conocer a "ese ser que lo había acompañado toda su vida y al que le ocurrieron todas estas lacerías y trabajos" (p. 133).

Al principio cité a Conrad como el influjo dominante en la novela. En realidad, Conrad es sólo el más eminente dentro de una larga línea de autores que han contribuido a dos géneros que convergen en Mutis: el relato de viajes y la novela de la selva. Por todo el libro resuenan también claros ecos de Valéry Larbaud, Melville, Salgari, el Arthur Conan Doyle de The Lost World, Carpentier, Eustaquio Rivera, García Márquez... En las páginas finales de La Nieve del Almirante hay un pasaje que es casi una paráfrasis de la cé-

lebre última línea de La vorágine: "Parece que se los llevó la corriente muy abajo" (p. 114). En varios de esos libros, el viaje del héroe en el espacio se convierte en un viaje en el tiempo y, finalmente, en un viaje hacia el fondo oscuro de sí mismo una honda experiencia física y metafísica. Al término de su jornada, Maqroll reflexiona y descubre que todos los viajes que ha realizado carecen de sentido; mejor: que todos son uno sólo, éste que ahora realiza persiguiendo la misma quimera, quizá porque "vale la pena recorrerlos para ahuyentar el tedio y nuestra propia muerte, esa que nos pertenece de veras y espera que sepamos reconocerla y adoptarla" (p. 100). La más alta lección de la vida (y de esta novela) es precisamente la que nos permite tocar ese terrible secreto y perseverar, contra toda razón.

Los Angeles, marzo 1987

# EL TESTIGO OCULISTA

 Lacan, crítico teatral, disentía con Shaw. Para el primero, Ofelia era el personaje por antonomasia del teatro isabelino y del teatro a secas; Shaw, iracundo, melindroso, prefería buscar ese prototipo en obras menos conocidas del cisne de Avon. Isabella y Helena eran sus favoritas. De todos modos, hay un juicio lacaniano con el que aun los no lacanianos de espíritu evitarían disentir: sólo los ingleses pueden hacer Hamlet... Polonio (en la voz de Hume Cronyn) pronuncia los consejos de Laertes y la felicidad se rinde ante la evidencia. Cabrera Infante los soñó dictados por Brillat Savarin, y la gravedad sentenciosa del Polonio natural se transformó en un homenaje a la gastronomía (a Lezama, tal vez) y a las islas. Un actor inglés al que le tocó pasar de Laertes a Polonio y de éste al fantasma del rey, creyó que su vida y el mundo iban a poblarse de estas sustituciones. Dejó dicho que era un abuso creer en Dios cuando con Shakespeare alcanza.

• La sobriedad y la inteligencia del trabajo de Sara Glasman sobre Hamlet en Conjetural 12 es un buen lugar para asomarse a ese

extraño banquete desde el análisis. Analizar es, desde que Lacan inauguró esa perspectiva en el seminario de 1958, leer a Shakespeare en un tiempo exacto, tiempo ya de la regularizada clepsidra; cerca de la exaltación y del acontecimiento, cerca del acto y de la exégesis. No ocurre lo mismo, apurándonos a criticar lo que el apuro condiciona, con Intraducción, breve trabajo de Ricardo Goldenberg sobre las tragedias de la letra. Persuadidos de la importancia que un buitre o un milano (Kite, susurra Shakespeare) pueden proyectar en vuelo bajo, preferiríamos cierta lentitud de desarrollo a las disquisiciones abruptas con que la exposición oral nos seduce, sobre todo en un trabajo escrito. Freud, en cuyas sinuosidades y protocolos intervenían matices y escrúpulos, es esa insistencia estilística del hallazgo oportuno. Reconocerla en los intersticios no es lo mismo que extrañarla en el tratamiento. El reclamo de economía de Hamlet resuena meritoriamente en la indagación de Luis Gusmán, precisa acaso porque sospecha la incertidumbre o la corteja. Hay, en todo caso, una graduada parsimo-

nía intelectiva que reduce el efecto capcioso de lo paradójico en pos de complejidades asequibles. En A y la cabecita de mujer, Guillermo Koop se interna en un territorio difícil; un lector vanidoso, que descree de lo que lee, aventuraría una hipótesis poco sutil: qué ha entendido de qué se trata a pesar de todo; un lector poco sutil, a quien hojear le parece un ejercicio válido, aventuraría una hipótesis vanidosa: que, a pesar de todo, no ha entendido nada. Buscar cierto equilibrio entre la vanidad y la falta de sutileza puede permitir inefables en esta exploración en la que se cruzan diversos saberes e intuiciones. "Cuando el estilo de Conjetural sea aprendido por los apuntadores de una banal lacancomancia", escribió alguien en quien convergen el aforismo y la afonía, "la vaga vehemencia y el estupor asertivo de lícitas licenciadas y licenciados (con sus citas copiosas, sus chistes ahuecados por el tedio y sus fórmulas de inversión sintáctica convertidos en tics modernos), el mundo será nuevamente habitable". Pero se supone que es difícil aprender lo que el psicoanálisis nos enseña.

 El crítico norteamericano Leslie Fiedler otorgaba mayor convicción a Torrentes de primavera, novela primeriza en la que Hemingway ensaya el arte de parecerse a otro (Sherwood Anderson) que al resto de su producción (en la que Hemingway consuma con éxito el arte de parecerse a sí mismo). Identidad del escritor en ese supremo momento en el que descree (al contrario, cree demasiado). Sueño que algunos enamorados de la literatura practicaron. ¿Cuándo se cumplen más efectivamente Proust o Joyce que cuando imitan? El arte es algo gozosos ('Art is a joyful thing'), corroboró Pound, teorizador de máscaras. Y eso es lo que, pese a Turing, las máquinas se pierden, queremos creer. La malicia consternada de ese crítico —¿Adamovich?— que, engañado por Nabókov, dijo de éste que tenía tales dotes para la imitación y la parodia que hasta era capaz de imitar el genio. ("Pero cómo podríamos distinguir", pregunta Hofstadter, "la imitación de la genialidad de la genialidad misma?").



· Responsoriales, de Hugo Mujica, es un sosegado repertorio de brevedades intensas. Las recorre una custodia móvil que por momentos ilumina al borde de unas apariciones sigilosas. Algunas de ellas son recuperadas luego por el lector como despedidas que buscan, en el interior mismo de las palabras, el fulgor intraducible de la esperanza. Ese dominio apacible de la voz del poeta, mediado a veces por una inflexión extranjera, parece, en una primera lectura, un susurro demasiado constante. Son los riesgos que corre el que ha descubierto el movimiento en la inercia, la luz en la oscuridad. La oscuridad es un camino y la luz un lugar, averiguó Dylan Thomas en dirección al altar bajo la luz del búho. Poesía, pues, plena de deserciones arraigadas en esa voz que se desnuda. De Hugo Mujica hay además otros libros. Uno con un título vagamente modernista que contradice la entonación ya muy definida de su voz: Sonata para violoncello y lilas. Otro, Camino del nombre, instigador, desde su temprana sabiduría, de esa busca permanente de la que emanaron las mantras y el Hesicasmo. Origen y destino, colección de ensayos que rastrean la memoria poética en los presocráticos y en Heidegger, está actualmente en prensa.

 En una tesitura muy distinta. un territorio en el que la palabra se abre a torsiones y distorsiones que son con frecuencia ritos exasperados, Solía, de Susana Cerdá. Publicado por Tierra firme, una colección que asienta gradualmente la lectura de esa "mala letra" que es, en esta patria de desdenes, la poesía, sólo la humillación de releerlo después de haberlo leído mal (que no por oculista y testimonial deja de ser dolorosa )persiste aún.

 Basilia Papastamatiu fue bautizada en la Argentina para desconsuelo de empleados del Registro Civil y de tipógrafos de todas las latitudes. Los sonoros exabruptos griegos de su apellido encontraron refugio en una isla: la isla de Virgilio Piñera y José Rodríguez Feo en la que desembarcaron una vez los tripulantes de Granma. Cuba es su patria de adopción. En Argentina, Basilia codirigió, hace unos cuantos años, la revista Airón. Poco después publicó un libro singularísimo pese al título: El pensamiento común. Los textos eran tan impresionantes y la edición tan extraordinaria que no es raro que nos hayamos olvidado. Un cubano en París -Severo Sarduy- hizo el esfuerzo de recomendarlo en 1969. Después, de nuevo el silencio. Alguna antología -notablemente la de Néstor Sánchez para Monte Avila- se ocupó de admitir los textos de Basilia sin perder el tiempo en discriminaciones genéricas. El trabajo de Basilia es uno de los más laboriosos y eficaces de la literatura argentina, a la que, sin prioridades, nos gustaría que perteneciese. Comparable en algunos aspectos al de Leónidas Lamborghini, poeta en quien la obsesión y el trapajo se aúnan en un espacio vastísimo de horizontalidad proyectiva, Basilia Papastamatiu también se ocupó de reescribir. Pero los textos que hacían las reescrituras de Lamborghini cobran una dimensión dramática ("Eva Perón en la hoguera", por ejemplo); los de Basilia guardan una proporción lírica y hasta bucólica (la reescritura, y fragmentación de la Diana de Montemayor). Paisaje habitual recoge gran parte de su producción. Hay una dificultad: el libro fue publicado en Cuba y, por lo tanto, es difícil de conseguir. Los lectores cómodos pueden buscar con alguna fe: ¿Qué ensueños los envuelven?, que ediciones Insurrexit distribuyó a comienzos de 1986.

# LA VUELTA DE LOS DIAS LA VUELTA DE LOS DIAS LA VUELTA DE LOS DIAS

# HERMENEGILDO SABAT: PINTAR ES UNA BATALLA

por Antonio Marimón

Si la curiosidad conduce a atravesar ese zaguán en Bartolomé Mitre al setecientos —a una cuadra de una plaza que no por casualidad ha de llamarse ahora Roberto Arlt-, si además se asciende por una trabajosa escalera cuyo hueco es oscuro, sucio, despintado, y se llega a una puerta de madera con una placa de bronce que anuncia "Hermenegildo Sábat", el interesado habrá de encontrarse con un rincón insólito de Buenos Aires. En la primer sala, con piso de madera, hay dos grandes mesas de trabajo; la ventana entornada que da a los ruidos de la ciudad, permite apreciar a medias un lienzo todavía en el caballete. Abrochados a las paredes, y diseminados por esos mesones, se observa una multitud de recortes y citas: la orquesta de Aníbal Troilo en 1952, Duke Ellington, Louis Armstrong, Gandhi, un poema pasado a máquina de Duchamp y algún fragmento de una de las tantas declaraciones de Picasso... Ese es el mundo gráfico, es el taller de un artista que le ha dado iconografía a la escena pública rioplatense de los últimos veinte años, y que ha representado con indudable eficacia a ciertas individualizadas figuras míticas de nuestra vida. Será inevitable para el curioso recurrir a la memoria. De la lectura cotidiana de Primera Plana o La Opinión, en los años '60 y '70, habrá quedado una imagen de Kafka, de Lezama Lima o Edmundo Rivero; de la agitada crónica políti-

ca de 1972-73 habrá el recuerdo de aquellos inolvidables pasos de danza que daban Lanusse y Perón frente a un tablero de ajedrez sobre el espacio blanco de la página, o bien de ambos como caretas portadas por niños, en un real alarde de sutileza dibujística. Ni hablar de que el uruguayo Sábat, cuya línea se detuvo magistralmente en Gardel, Troilo o Jorge Luis Borges, cuya pasión por el jazz figura en libros como Yo Bix, tú Bix, él Bix o Scat!, cuya cepa tanguera quedó fijada sin duda en Al troesma con cariño, esté sentado delante de uno. Con el pelo largo y algo canoso, los ojos grandes y oscuros coronados por un par de lentes que caen a la base de la nariz; con una boca grande, una expresión reflexiva, una corbata de rombos tapada bajo un guardapolvo azul, manchado, que denota el uso y el trabajo cotidiano, este hombre responderá sin rodeos a la siguiente entrevista, que se complementa con un texto del propio Sábat sobre Joaquín Torres García.

-¿Cómo fue que empezó a dibu-

jar para la prensa?

—Yo me asumi

—Yo me asumí como periodista, es decir, que mi trabajo es una vertiente de la redacción. Yo no podría trabajar en un diario fuera de la redacción, y de hecho no lo hago. Eso me lleva mucho tiempo. Pero como en lo mío no participan las palabras, este detalle me garantizó la continuidad en los años duros, y también me garantiza una forma de sustento. No es fácil encarar dibujo y texto a la vez. Si eventualmente tengo que escribir, lo hago aparte. Yo prefiero narrar con imágenes, lo mío es hacer sugerencias visuales. Después el lector realiza su composición de lugar.

-¿Cuál es el procedimiento que

sigue en la redacción?

—Leo los memorandum que envían los secretarios a la secretaría general. Ocasionalmente participo en alguna reunión, pero no sé demasiado del material donde va a encajar mi dibujo, ni leo la nota. Yo no ilustro las palabras de la nota. Si hiciera una ilustración concreta, mi trabajo perdería la razón de ser.

—¿Cómo afianzó este estilo?

—Bueno, tiene que ver con *La Opinión.* Yo trabajé de mayo de 1971 a marzo de 1973 en La Opinión. Ahí se cruzó un hecho circunstancial, un poco fortuito: como el diario se imprimía en un taller que no daba facilidades prácticas, se dificultaba también la reproducción de fotografías. Esa ausencia de fotos permitía un parentesco visual con Le Monde, y abrió naturalmente el espacio para el dibujo. De pronto se creó una situación rara y arbitraria: el único ilustrador era yo, y como necesitaba imperiosamente un trabajo, fui desarrollando ese espacio, pese a que el dibujo en la prensa había sido cercenado, combatido y prohibido.

-¿Usted es consciente de la

influencia que consiguió?

—Yo hago comentarios gráficos sobre el poder, pero sé que mi vida no pasa por el poder; me siento mejor entre otras personas. Como he tomado distancias, puedo hacer mi tarea sin salir disparando en busca de canongías. Claro, la continuidad en el trabajo a veces lleva a sospechas en cierta gente. Yo tengo mi idea muy clara: si no estoy en el diario Clarín, estoy acá, en mi taller.

—¿Hay suspicacias?

—Hay una suspicacia a priori y otra a posteriori, como consecuencia de la difusión de los dibujos. La a priori es que uno tiene algún deseo de participar en la cocina de las cosas, y la a posteriori es que si uno hace otra tarea además del periodismo, ella será irrelevante. Esto se explica porque hay quien pinta toda

la vida y jamás roza ninguna estimación, en una sociedad que nos margina. Entonces el trabajo mío en un diario que tira un millón cien mil ejemplares puede despertar resentimientos.

de canongías. Claro, la continuidad —En sus dibujos periodísticos es en el trabajo a veces lleva a sospechas en cierta gente. Yo tengo mi rostros, ¿cómo trabaja esos idea muy clara: si no estoy en el rostros?

—Llevan mucho tiempo. Hay un elemento que me ayuda bastante que es la televisión: a través de ella tengo acceso a un careo visual con gran cantidad de gente. Un dibujo primerizo de cualquier personaje es una aproximación superficial. Yo lo sé. El trabajo repetido lleva a reconocer las características del individuo, sobre todo en los personajes políticos, tan difíciles de aprehen-

der. He observado lo siguiente: cada vez tengo más resistencia a hacer dibujos de personajes políticos internacionales, porque es dificultoso apreciar las mismas percepciones sobre ellos que existen en su lugar de origen. Tal dificultad no se me presenta con artistas, escritores o intelectuales.

—Se los capta en otra relación de

—Sí, uno los ve a través de sus obras. Pero con los políticos, en todas partes cambian las ecuaciones de percepción, lo gracioso en Madrid a lo mejor acá no lo es, y viceversa. En todos lados, lo gracioso inmediato es muy local, muy distinto. Uno tiene que tratar de no ser ecuménico. Tampoco hago dibujo de memoria, eso me llevaría a una



# TORRES GARCIA



Estas palabras de Hermenegildo Sábat fueron leídas en la presentación del libro Torres García editado por Gaglianone en Argentina.

El 9 de agosto de 1949, día del sepelio de Joaquín Torres-García, nos dejó dos escenas imborrables. La primera, en el Ateneo de Montevideo, donde, instantes antes de cerrarse el cajón mortuorio, su hijo Horacio elevó la cabeza para besarla. La segunda, rato más tarde, en el Cementerio Central, en el cual Julio Payró improvisó un apasionado y emocionante alegato en memoria de quien fue su primer maestro de pintura en Barcelona. Aún sobreviven muchos testigos de lo que cito, aunque falten, también y además, los protagonistas doloridos de mi testimonio. Horacio, el menor de los cuatro hermanos de la familia Torres Piña, falleció prematuramente en New York, donde su pintura tuvo razonable éxito. La obra de su padre es ahora altamente cotizada en ese centro

mundial, lo cual es una ironía ya que cuando concurrió con toda su familia a principios de la década del '20, debió hacer de todo para sobrevivir en ella, y eventualmente la abandonó frustrado. Cuando Julio Payró afirmó en su fogosa arenga que los murales del Pabellón Martirené de la Colonia Saint Bois se encontraban entre las más importantes contribuciones de la cultura occidental, despedía frustrado al orfebre que iluminó su propia —y deslumbrante— percepción. Esa ceremonia de despedida de los restos de Torres clausuró quince años de actividad constante, denodada y ascética, donde el Maestro pintó, esculpió, construyó y educó y se creó, además, el tiempo necesario para intentar persuadir a una sociedad que él creyó culta e instruída pero que resultó ser solemnemente educada. Muy posiblemente, les 42 años que vivió fuera de su país deberían haber sido los más importantes, habida cuenta de su participación activa y su contemporaneidad con los cambios iconoclastas y las transformaciones esenciales que ocurrieron en la estética y, en particular, en la relación de los artistas con sus obras. Sin embargo, por razones que, imaginamos, ni siquiera el propio Torres podía prever, esos últimos quince años fueron tan difíciles pero incomparablemente más fértiles que aquellos frenéticos y duros itinerarios europeos y norteamericanos.

Para comprender ese lapso montevideano, se impone otra breve explicación. Cuando el padre de Torres García decidió regresar a Cataluña, en 1891, Uruguay vivía aún, y, por doce años más, un período de convulsiones internas y guerras civiles que, aparentemente, no han cicatrizado en la memoria de algunos. Uruguay, no es una novedad, es un espacio geográfico muy curioso; sus habitantes, en su gran mayoría, saben desde que nacen que la vida tiene los límites del propio paí: Esta circunstancia conduce a una evidencia obvia: los uruguayos nacen predestinados. Cuando son mayorcitos, sus opiniones transcurren en espacios ne-

resa. A mí me importa el individuo y la situación, y documentarme para que ese individuo esté bien dibujado. No es factible lograr todos los jo? días un dibujo impactante. Cuando puedo, tomo una punta anterior y sigo un desarrollo. Y para no repetirme, en épocas de mucha reiteración de situaciones me voy a otra sección: de política paso a economía, por ejemplo. La posibilidad de sorpresa no se da todos los días, no se puede dar.

-¿Qué modelos influyeron en su estilo?

lítico, murió un año antes que yo naciera y se llamaba como yo. Me gustaba mirar sus dibujos, la colección

historietística, cosa que no me inte- pios de siglo y la revista Caras y Caretas: Cao, Mayol, Eduardo Alvarez eran tipos muy notables.

¿Le han rechazado algún traba-

Sí, en una oportunidad bastante especial no fueron publicados mis dibujos para protegerme. Durante la dictadura recibí un mensaje, era la voz de Suárez Mason; decía que si seguía dibujando me metían en un avión y me tiraban a la mitad del río. Algunos comandantes mandaban a pedir mis originales; yo solicitaba

—A menudo es contradictoria la -Mi abuelo fue caricaturista po- relación de los dibujantes con la pintura, ¿qué sucede en su caso?

-La pintura para mí es una forma de experimentación. Ya ve que elegí de dibujantes franceses de princi- para pintar otro camino: el camino

riesgoso que es trabajar en un diario. Yo acepté ganarme así la vida que tener vinculación de dependencia con galerías. Siempre me moví con comodidad en una redacción. No me muevo con comodidad en agencias de publicidad, y me muevo con timidez en las galerías

—¿Por qué ese rechazo?

-Hasta hace 45 años acá había una industria editorial noble, fecunda y poderosa. A principios de siglo, La Nación agregaba a sus lectores la "Biblioteca de La Nación"; ahora, hay revistas que se venden con un best seller. Entonces había también galeristas que compraban obra y la ubicaban. Creo que la situación se fue deteriorando de manera paralela al deterioro del país.

cesariamente reducidos, por no decir exclusivos. Una singularidad distintiva reside en el hecho de que, siendo un país laico, donde la Iglesia no tiene lugar en el Estado. sus habitantes han creado mitos donde no hay espacio para el disenso y, mucho menos, para la crítica. Un ejemplo rotundo de esta costumbre uruguaya es José Batlle y Ordoñez, quien, además de redactar leyes sociales que en su momento generaron sorpresas y hasta envidias continentales, fue quien separó la Iglesia del Estado.

Cuando Torres García llegó de regreso a Montevideo, en 1934, el mito de Batlle era un volcán en erupción. Se encontraba en el poder Gabriel Terra, que había ganado legítimamente las primeras elecciones posteriores a la muerte de Batlle, pero es recordado, u olvidado, como dictador, porque quebró una estructura de poder ideada también por Batlle. El odiado gesto de Terra, instrumentado en el cuartel de bomberos de Montevideo, culminó, el 31 de marzo de 1933, con el penoso suicidio del ex Presidente Baltasar Brum, que conmovió al pueblo, con seguridad mucho más que las decisiones del apóstata batllista.

Otros mitos menos sangrientos pero tan perdurables siguen siendo José Enrique Rodó y Carlos Vaz Ferreira, pero tampoco caben dudas de que, aunque llegó tarde, la breve y fructuosa presencia de Jo-

aquín Torres García supervivirá opiniones, tendencias y hasta iconoclastas. En principio, parecería que Uruguay fue y seguirá siendo como Torres lo pintó, y, aunque sea cierto e indudable, porque el peso de su obra y su profundo pensamiento es abrumador y excluyente, tememos que esta evidencia no haya sido motivación del gran artista, mayormente preocupado por la incomprensión provinciana que sus obras, libros y conferencias provocaban. Es cierto que Torres en Montevideo ganó lealtades y comprensiones que no pudo obtener, salvo excepciones muy destacables, en Europa. Pero por encima y más allá del respeto, iluminó militancias místicas. El derrotero de Torres ha sido y sigue siendo modelo para quienes fueron sus alumnos y es justo decir que, si la vida del Maestro fue cúmulo de virtudes, especialmente en el desapego por el éxito y en la obstinación por no traicionar un ideario que lo condenaba a la pobreza, sus alumnos se han distinguido por repetir esas actitudes. Más difíciles de imitar y, tal vez, de admitir, son las libertades que el Pensador Torres se tomaba cuando el Pintor Torres actuaba delante de una tela o algún cartón, prescindiendo de dogmatismos ajenos o propios y confiando, como correspondía, en sus inagotables vertientes creativas. Aún más improbables de emular son

las propias frusraciones de Torres, que comenzaron con la mutilación y destrucción de varios murales barceloneses y terminaron con el incendio del Museo de Arte Moderno de Río de Janeiro en 1978, que hizo desaparecer más de 70 de sus obras. Cuando se sorprendió por la apatía e indiferencia montevideana a su regreso de Europa, Torres expreso un enorme y espantoso desaliento. Quien ahora ignore sus vicisitudes y afanes, conociendo únicamente la cotización actual de sus pinturas, deberá admitir que esa obra, conjunción de clacisismo griego, reglas áureas del renacimiento e inmanencias americanas, es una prueba permanente de juventud que no será alterada por posturas, novedades o arrebatos propagandísticos. Todo esto lo ubica al Maestro por encima de las contiendas domésticas en Montevideo (y, ya que estamos acá, en Buenos Aires) que pretenden cubrir todo, desde la política hasta el fútbol, tratando de resolver lo

En este marco feliz, donde se incorpora una importante obra a la bibliografía del Maestro, sumo mi homenaje a este enorme artista, que vivió poseído por valores éticos superiores que supo trasladar a su obra, su familia, sus alumnos y aún a aquellos que no tuvieron la dicha de conocerle.

Hermenegildo Sábat

-Este circuito suyo tan particular, ¿no lo aisla un tanto del mundo artístico?

-Creo que el peso de los grandes museos, de la historiografía, es muy fuerte si se está demasiado cerca de esos elementos.

−¿Tal peso es en esta época mayor que en etapas anteriores?

—Creo que sí. Yo lo noto más en Europa. El mayor artista francés era un hombre que murió hace un año y medio, Jean Dubuffet. El no pintó hasta los 45 años; era bodeguero, tenía negocio familiar y cuando arrancó en pintura ya parecía un Fórmula 1, no un principiante. Claro que se extendió su obra porque murió a los 84 años. Quizás no empezó antes por el peso de su cultura. Hay grandes artistas en la actualidad (Bacon, por ejemplo, es grande, pero el facilismo lleva a querer imitarlo por el final sin llegar al principio.)

-¿Cómo entiende usted el acto de pintar?

—Yo trato de encontrar en la pintura respuesta a cosas. No puedo hacer pintura sin representación de figura humana. No puedo hacer especulaciones más o menos geométricas, primero porque no las siento, y segundo porque no me interesan. Pintar es una batalla. El trabajo en el diario se encuentra en un sistema de producción, una forma ahí es parte de una sumatoria de eficiencias, ¿no? En la pintura no hay esas urgencias, ni esa sumatoria. Entonces me tomo mucho tiempo, los cuadros cambian mucho hasta que los doy por terminados. En dos meses o en un año puede cambiar de concepto el trabajo que voy haciendo. No sigo un boceto previo: pinto en la tela y ahí viene toda la pelea. Básicamente creo esto: la pintura no se hace con dialéctica. se hace con mucho trabajo con los colores, con los materiales. Es una batalla porque yo voy cambiando con el cuadro, el cuadro me va pintando a mí. El último siglo y medio produjo pintores con grandes dotes dialécticas, como los muralistas, y otros nutridos por la acción plástica, como los impresionistas. Y estas dos corrientes son las más profundas y más perdurables, posiblemente.

-¿Usted en cuál se ve?

 Por simpatía, por mi acción -que no califico dentro de escuelas- me siento más cerca de los impresionistas.

 O sea, que para usted la pintura es más importante que el discurso.

-Whistler decía: el tema del pintor es la pintura, y Matisse: quiero pintar, hay que cortarse la lengua. En el siglo XX el asunto del contenido ha llegado a ser tan opresivo que a veces se ha partido de poemas dialécticos, discursivos, para terminar en la plástica. Pero Paul Klee parte de imágenes, no de palabras. Las posibilidades de que haya individuos que practiquen palabra e imágenes son pocas.

-¿Y Duchamp?

—Es un caso totalmente atípico. Pintó con intensidad cuatro años, luego pintaba muy poco y jugaba al ajedrez. El fue de los primeros en hacer en el arte un comentario sobre el arte, con aquellos famosos bigotes de la Gioconda. Ahora es una simple moda elaborar comentarios sobre lo que hicieron otros, ¿verdad?

# MRS. MARILYN MONROE DE SABAT

por Juan Carlos Onetti

Este texto apareció en el diario Acción de Montevideo el 26 de julio de 1964.

Como comprenderá en seguida cualquier lector con paciencia, no pretendemos, y dios con mayúscula nos lo impida, invadir territorios ajenos. El balance arroja el triste resultado de un deficiente con regular en todo tema, en toda empresa que intentemos.

La ignorancia, años atrás, estaba parcialmente compensada por la simpatía y la buena fe. Algo entendíamos, algo podíamos trasmitir, quedaba; nos permitía discutir.

Al parecer, la sabiduría, el amor y el respeto sobran. Si usted coloca una tela en el piso, se trepa a una escalera y emplea el secreto que nos fue revelado por Perelló, tal vez resulte un buen pintor tachista. Dependerá de su sensibilidad y de la mezcla adecuada de la receta.

Si usted se resuelve a contar una historia cualquiera -mucho mejor si es triangular- y mantiene férrea la voluntad de no dar opiniones e impedir que las den, piensen, tengan, los personajes elegidos, puede escribir una novela -corregimos: libro- inscripta en el neoobjetivis-

Respecto a la música, la noche de San Juan está demasiado próxima y es de consejo callarse y esperar.

Todo esto, que acaso nos resulte útil en el futuro, va como prólogo a lo que vimos en la exposición de Hermenegildo Sábat, poseedor de varias patentes respetables para comprobar ante las autoridades legalmente constituidas que ésta fue siempre un poquito más excitada que los nobles pursang que corren en el Derby.

Pero, simultáneamente, la veintena de retratos desparejos que nos muestra están o estaban exhibiendo con su ya vieja, proverbial grosería, que Sábat tiene talento y que ha sido elegido por el destino para terminar en el Museo Nacional de Bellas Artes. Tendremos un clásico más para colmar la dicha de una o dos parejas que escalan diariamente en el Parque Rodó.

Pero Sábat... ¿Se hará buenito y respetuoso para coronarse con nuestros flacos laureles académicos? ¿Continuará —como dese-amos y prevemos— aislado y furioso?

Hay muchas preguntas. Una, al pasar, refiere a los prominentes compradores de retratos que cobran por semana lo que el artista gana en un mes de trabajo verdadero, escrupuloso, con responsabilidades que

no pueden transferirse, solitario, sin voluntad para hacer demagogia.

Ya confesamos la placentera consciencia de nuestro alfabetismo. No hablaremos, pues, de cuadros de una exposición. Otros lo cemos asmáticos, tuertos o cansaharán para contribuir a que las horas transcuran con mayor alegría.

Sólo queremos aconsejarle a Sábat que se muera de hambre, rodeado por el apetito y afecto de sus deudos, antes de vender el retrato de Marilyn Monroe.

Que tenga, también él, paciencia y ensaye el mate, el café, el monótono mascar de hojas de coca. Dicen que todo eso ayuda.

Pero esa cara inefable, esa cabeza que logra la ubicuidad de un cabaret, un encuentro de amor, un fracaso resuelto con pastillas, una ignorada expectativa en el mármol de la morgue, llegará a valer muchos dólares. Pronóstico.

Esa cabeza, ese gesto de mujer usada de mala manera, se escapa del marco, del casual Sábat, invade el salón. Y, como de costumbre, nadie tiene la culpa. La retratada era neurótica o, más simple y triste, infeliz. El autor es un joven pintor compatriota que promete. Y así termina por ahora, la historia.

Tiene de malo, moraleja, que Marilyn continúe empeñosamente muerta y que Sábat moleste a los colegas por el inquerido defecto de ser distinto.

Dijimos que el retrato pluvial de Marilyn Monroe invadía - aquella tarde- el salón de exposiciones. Pero las exposiciones tienen término y el autor, si no malvende antes el cuadro, terminará llevándoselo a

Admitiendo que Sábat tenga casa, ¿dónde colocará la expresión lacerante de Marilyn Monroe, dónde podrá hacerla caber y sofrenar su inevitable, fantástico crecimiento?

Aconsejamos anular la tela con un paño mortuorio y olvidarla. Esperar que Miller se entere, la pague y se la lleve. Pero desconfiamos de esa raza, la de los intelectuales, esparcida desde siempre y demasiado por el vasto mundo. Carecen, cuando saben pensar y escribir, de toda ternura retrospectiva. Nos merece más esperanza Joe Di Maggio; es el

Y, finalmente, la copiosa erudicción. Bernard Shaw dijo que el premio Nobel era un salvavidas que se arrojaba a los náufragos luego de haber alcanzado la orilla. Connolly defendió su idea: "¿Cuándo dirá El Estado: Aquí tienes estas mil libras, pulso; porque Sábat, en definitiva, joven; vete adonde se te antoje por seis meses y tráeme a tu vuelta algo hermoso?"

En todo caso, como algunos nados, Hermenegildo Sábat nació para pintar. Casi, casi exclusivamente para eso. ¿Y entonces qué?

Cuando aparece un pintor como Sábat, y suponiendo que tuviéramos gobierno, ¿por qué no gatar dinero en él? Todas las inversiones son riesgosas, claro. Pero si se piensa con calma, el riesgo mayor lo corre el artista.

Si el supuesto lector no conoce a Sábat, le aconsejamos que intente acercársele. Es casi seguro que el visitante recogerá de la eventual experiencia mucho menos que lo conseguido por nosotros durante años de amistad. Y es seguro que el pintor cosechará una crisis nerviosa o un verdadero ataque hepático.

Pero esto no debe amargar ninguna conciencia ni detener ningún im-

descubrirá en la bilis expulsada tonalidades adecuadas para el cuadro en marcha o para el que estaba a punto de imaginar.

Ya se habló en demasía de que el amor y el odio se mezclan, se confunden y se necesitan. Ambos sentimientos, en Sábat -o, si ustedes prefieren en los retratos de esta exposición— no llegan, y nunca, a fusionarse. Hay casos en que odio y amor han sido trabajados con deleite y larga, sincera paciencia.

Como es de costumbre y cómodo se puede hablar del famoso inconsciente que delata o de la confesión no buscada por el artista. Pero el diablo sabe por diablo. En todos los retratos son visibles, y deliberadas, proporciones de atracción y recha-

Acaso Sábat necesite y aguarde un modelo totalmente puro, un Lucifer o un San Francisco. Entretanto. qué podemos hacer, la gente es así, como él la ve y como él la pinta.

# EL PRIMER BIANCO

por J.G. Cobo Borda

Bianco escribí en dos ocasiones sobre sus libros.1 O, más concretamente, sobre Las ratas y Sombras suele vestir. Por ello, cuando Mónica Ottino, con implacable eficacia, organizó este homenaje, a un año de su muerte, pensé que debería hablar de algo distinto. ¿Quizás sobre su gran novela, La pérdida del reino (1972)? ¿O sobre su inteligente y sensible libro de ensayos, Ficción y realidad (1977)? ¿O sobre su amplia labor como traductor, que iba de Ambrose Bierce al Mago de Oz, de La cartuja de Parma a El hombre elefante? ¿O sobre su trabajo en Sur, donde fue eminencia gris entre 1938 y 1961, de su número 47 a su número 270? ¿O, quizás, cometer alguna infidencia, glosando sus cartas, como aquellas que dirigió a Germán Arciniegas hablándole de sus discrepancias con Victoria Ocampo y su ulterior reconciliación,

En vida de José y que había incluido en mi reciente recompilación: Germán Arciniegas de cuerpo entero (Bogotá, Planeta,

> En verdad, no sabía bien sobre qué hacerlo. Pero la traviesa sonrisa de Pepe me ayudó. Me acordé con qué gusto había trabajado en la biblioteca del Jockey Club preparando su prólogo sobre Voltaire y Diderot para los clásicos Jackson (1949) y cómo su primer libro había obtenido el premio del Jockey Club, en el momento de su aparición. Sí, traicionaría a Pepe hablando de La pequeña Gyaros, un volumen de seis cuentos editado por Viau y Zona, de 145 páginas, y que había aparecido el 21 de noviembre de 1932 aquí en Buenos Aires. Papel grueso de muy buena calidad, los pliegos aún sin cortar, cosido, generosos márgenes y unos nítidos tipos de imprenta: un libro de otros tiempos. Cuando lo encontré, en una libre

ría de viejo de la calle Talcahuano, en un segundo piso, y le comuniqué muy horondo a su autor el hallazgo, pidiéndole el favor de que me lo firmara, me respondió, de inmediato: "Sí, sí, ven pronto. Así puedo quitártelo más rápido de las manos". Me divertí mucho con su reacción, y encontré en ella un aliciente más para leerlo de inmediato. ¡Así que también Pepe tenía pecados juveniles que esconder! El, que era tan parco, con su propia obra, renegaba de sus primeros intentos. ¿Por qué?

Lo leí de un tirón, gozando con esa secuencia de adulterios cosmopolitas en una mundana Buenos Aires donde la gente escucha "Ondina", de Ravel, y donde la definición de un personaje bien puede abarcar la totalidad del volumen: "Julia —como verdadera porteñase aburre siempre. Imaginate una mujer linda, elegante, caprichosa y aburrida. ¡Qué fuerza extraordinaria! ¡Qué enorme poder disolvente! (...) En el fondo, tiene la inmoralidad de una cantidad de acciones que no se atreve a cometer". Y éste era el mérito principal del libro: publicado por un joven de 24 años buscaba hábil, cautelosa, incipientemente, no mostrar una palpitante tajada de vida sino el reverso de la misma: lo no dicho, lo pudorosamente oculto, "ese fondo de sana barbarie que todos tenemos, que quizá constituye la más preciada condición del hombre culto" (p. 76).

> "En 1492 Cristobal Colón descubre América. 1880 marca una fecha de no menos importancia para nosotros. La Argentina, en nombre de América, toma su revancha: acaba de descubrir Europa. Hasta entonces, las guerras civiles y "el trato pacífico con los indios", como dice la Constitución, nos ocuparon por completo. En nuestra febril actividad olvidamos la existencia del otro continente. Después del ochenta continuaron las revoluciones, pero ya casi no quedaron indios. Entonces recobramos la memoria.

> Para ser sinceros, debemos convenir en que existía de por medio un factor de orden material, una de esas causas económicas que tanto entusiasmaban a los pensadores finiseculares. Las carnes, los cueros, los frutos argentinos, que durante mucho tiempo sólo llenaron necesidades inconfesables, puramente localistas, adquirían cual nuevas cenicientas una sorprendente personalidad. El Banco de la Provincia estaba en

trance de ocupar el tercer lugar del mundo. (...)

En la casa de Fernando, esa prosperidad se puso de manifiesto en una pujante floración de colgaduras, caminos de alfombras, artefactos de bronce "para la iluminación a gas", engendros artísticos de toda clase, muchos de ellos premiados en el Salón de París.

El tiempo apaciguó ese lujo horrible. Bajo la doble curva de los cortinados -cortinados de damasco y cortinados de puntillarecién, en tercer término, aparecían los visillos estragados de una lepra rosácea por obra y gracia de las moscas. Una telaraña de miseria envolvía la casa entera, deslucía los colores, se esforzaba en prestar al mobiliario un tinte opaco y mortecino. Sólo los cuadros y las estatuas -gesticulantes cancerberos del pasado- conservaban inalterables toda su agresividad" (p. 25-27).

Este era el escenario del primero de los seis cuentos que integraban el libro de "José Bianco (h)", como rezaba la portada. Entre 1929 y 1930, Bianco había publicado cinco de ellos en el suplemento de La Nación: "El límite", "Amarilideas" "Rosalba", "La pequeña Gyaros" "La visitante". Con ellos, y uno inédito hasta el momento, "Tibulo", arma este volumen. Ha pasado más de medio siglo desde su aparición, y lo he releído con algo más que curiosidad arqueológica. Como si nuestra sensibilidad se complaciera, de nuevo, con el encanto que emana de esa cercana y sin embargo, ¡ay!, tan remota antigüedad, colocando muy próximas piezas de carácter disímil y obligándonos a reconstruir mentalmente la atmósfera que las envolvía y les daba sentido. Hay, nadie lo duda, una reivindicación del esteticismo, del alejandrinismo, del propio modernismo, y todos los poetas jóvenes españoles -lo comprobé hace dos años, in situ- intentan convertirse en griegos decadentes o bizantinos resurrectos. Pero el aroma que exhalan estas páginas primeras de Bianco tiene que ver con otros estímulos. Como en el Contrapunto, de Huxley, o en los salones de Proust, se trata de gente que explora su sensibilidad con el estilete de su inteligencia. Puede hacerse casi tanto daño como ofrecernos diálogos inolvidables.

En una casa de Belgrano, de 1800, un hombre, por ejemplo, Fernando, toca al piano una sonata de Mozart, para una mujer marchita que aguarda, con resignación y una pizca de expectativa, ser seducida. "Repetir el mismo episodio, recorrer la esfera invariable: ruegos y palabras sofocadas de besos o si no amenazas, violencia, tal vez" (p. 23).

Esa mujer que añora, cómo no, a París, y ve Buenos Aires como un "perfilado y melancólico croquis de Utrillo" (p. 11), es la misma que considera toda nueva aventura como una complicación más y que, sin embargo, como drogadicta, se precipita en ella, incorregible. A la vez hastío y fervor, "el amor habría de perseguirla hasta la vejez". Por ello ni la devastación que provocaba su propia risa en la piel del rostro, ni los tajos siniestros que abrían las arrugas, la podían detener. Haciendo de su maquillaje escudo para disimular senos colgantes y muslos blandos se iba insatisfecha y, sin embargo, ansiosa, a cumplir la cita.

Aquí comienzan los equívocos: quien de antemano aceptaba entregarse no es reclamada y lo que parecía un encuentro venal parece transformarse en una relación espiritual. que dejaba atrás "sentimientos groseros y mezquinos intereses". Pero cuando ella, a lo largo de los días, se ha entregado, infantil y despreocupada, al goce de descubrir esa nueva relación, la casa y sus secretos, todo da una nueva vuelta de tuerca. El "barroso sedimento sexual", que aun latía pero que ya formaba apenas parte natural de una relación más compleja, que la rejuvenecía, termina en una escena grotesca. Todo había sido un ardid de Fernando, para acrecentar la expectativa. Ahora, deseoso de gustar "el sabor acre y macerado de su encanto", intenta, en vano, obligarla a ceder. Forzarla, como ella había previsto, desde el comienzo. Desilusión total.

El cuento concluye así: "Y por primera vez luchó contra el hombre, furiosa, obstinada. Fernando retrocedía avergonzado. Entonces, arrastrando su abrigo por el suelo, Isabel hizo una salida teatral: los cabellos desgreñados, la mandíbula floja, la boca entreabierta, orlada de espuma, con una sensación completamente nueva, indefinible, mezcla de odio, de estupor y de asco. Y no volvió nunca más".

Sólo le quedaba apelar a su talismán: el comienzo de una elegía de Tíbulo: "Siempre, al inducirme —Blando me ofreces el rostro— Pero, Amor".

La música, el cloral que ella usa para dormir, los desencuentros. esos salones con sofáes profundos, donde siempre se entablan diálogos indirectos que aluden, en lo no dicho, a algo inexpresable, las ululantes y desaforadas pasiones barnizadas con la más irreprochable cortesía: todo el futuro Bianco está allí. Ya sabe cuál es el instrumento que le corresponde: el understate-

Por ello, en "El límite", el segundo cuento del volumen, y al que sí incorporó a sus páginas escogicas.2 un gran diván Luis XV y unas cortinas de tul, arman el decorado de una "pensión aristocrática de la calle Libertad" (p. 44). Allí un niño descubre -no tengamos miedo de las anacrónicas palabras— el Mal, con mayúsculas: el influjo perturbador que los seres ejercen unos sobre otros, y la fuerza atroz con que la inocencia arrasa a aquellos que ha elegido como víctimas. El viejo y frío colegio, que luego veremos tan bien retratado en La pérdida del reino, es aquí el espacio que se contrapone al interior caldeado donde su tía Amanda y su prima Bebé lo acogen con displicente familiaridad, sin prestarle más atención que aquella que se presta a un huésped no convocado. El narradorpersonaje, en cambio, agranda, desvirtúa y magnifica su actuación, situándose en un primer plano. Esto lo logra contándole todo, a su antojo, en las noches del internado, a su joven compañero inglés Jaime Meredith, quien padece ataques de epilepsia. Cuando, al final, la prima Bebé se casa con un diplomático argentino mayor y se va a vivir a París, esta noticia contada con aparente sequedad a un Jaime Meredith que nunca ha visto a la tal prima Bebé y que, sin embargo, de algún modo, a través de esa voz ajena, ha terminado por enamorarse de ese fantasma, lo arrastra a la muerte. El narrador, cruel y despechado, en su fantasía infantil, ha logrado que sus deseos se apoderen de la mente del otro, inoculándole su veneno. Por ello se pregunta: "¿Es que puede una persona, sin saberlo, llegar a pesar tanto en la vida de otra? ¿Es acaso posible que a gran distancia, sin proponérselo, pueda su influencia trabajar secretamente en un desconocido?" El narrador se responde a sí mismo en estos términos: "En última instancia, es po-

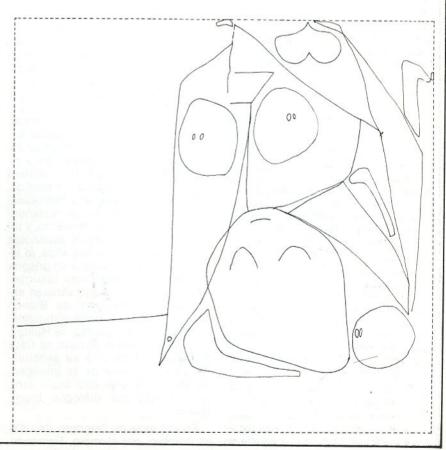
ro después es mísero, Triste y áspe- sible que no se trate sino de coincidencias, de hechos aislados que uno se empeña morbosamente en vincular, dándoles un giro perverso y sutil..." (p. 57). Sólo que la duda ya ha quedado instaurada como lev.

Perverso y sutil era, en realidad. Bianco con su materia narrativa. La moldeaba a su antojo introduciendo entre ella y el lector una distancia: esos intermediarios, esos otros narradores jamesianos que nos ofrecen un diverso punto de vista, ángulos insospechados. La abrían y la exponían, en sus diversas facetas, dándonos a nosotros, lectores, la opción de elegir. Con razón Borges, al reseñar Las ratas, en 1944. diría: "Es de los pocos libros argentinos que recuerdan que hay un lector: un hombre silencioso cuya atención conviene retener, cuyas previsiones hay que frustrar, delicadamente, cuyas reacciones hay que gobernar y presentir, cuya amistad es necesaria, cuya complicidad es preciosa". Por ello Bianco, en este primer libro, está muy lejos de intimidar a su callado interlocutor, con truculencias o explicaciones. Lo toma de la mano para ahogarlo mejor ra prolonga, como en un eco distor-

en un mar de sugerencias tan indefinibles como atroces. Como nada está dicho del todo, todo es posible.

En el tercero de los cuentos, "Amarilideas", el escenario es más exótico: el puerto de la Guayra, cerca de Caracas. Los personajes: viajeros, no del jet-set, sino de los cruceros internacionales. Gente rica, o que aparenta serlo. Como en el anterior, la posible e insinuada relación entre dos mujeres se da a través de las cartas que Esteban, el deslucido y triste confidente de una de ellas, envía a un amigo de Buenos Aires, contándole las peripecias del viaje. No sólo lo que sucede sino, sobre todo, lo que no sucede. Cómo una mujer no sigue a otra por inercia, apatía, o por miedo a inhalar un perfume demasiado terrible. ¿Cuál es este perfume, Safo o la morfina? La pregunta queda abierta, como una frágil quimera sobre estas vidas marchitas.

"Sólo veneno puede esperarse de aguas estancadas": el epígrafe de Blake, en el cuarto cuento, "Rosalba", nos sugiere ya ese mundo de una mujer que al permanecer solte-



sionado, las palabras de la protagonista del anterior cuento (Julia Mac Donald) cuando rememoraba: "El matrimonio aparecía ante mí como la salvación, el único escape al aburrimiento de Buenos Aires. Por eso me casé" (p. 63).

Rosalba no se casó, y "empezando y concluyendo dentro de sí", resulta semejante a "esos pabellones verdes, de madera enrejada, abandonados en el fondo de los jardines" (p. 92): algo que se pudre, en su irredimible inutilidad. Algo obsoleto y de mal gusto. Su pasado es el que ahora revive con el hijo de quien quizás fue su amante. Una época sumergida, que de algún modo ha naufragado con ella, en esta quinta donde marginada lee novelas tontas y asiste a su propia caída, sin término. "Los ojos de Rosalba, bajo los párpados pestañudos, proyectaban, en cambio, un resplandor acuoso e intermitente en la penumbra, como las pupilas de las alimañas sorprendidas en los matorrales". La abyección se torna animal. El aroma acre de los helechos y sus hojas "larguísimas, felinas, velludas por el revés", palpitan, morbosas, mientras el personaje, apático e indolente, preso en el propio lastre de su abyección, admira la juventud de Arturo, el joven sano que muy pronto habrá de morir, entre las rocas de la playa. Ese asomo de vitalidad truncada la enclaustrará de nuevo en su alcoba, cerca de la cual, pared de por medio, duerme Juan el jardinero...

Los dos últimos cuentos, "La pequeña Gyaros" y "La visitante", se unen entre sí, como espejos de dos caras. La figura que componen sus reflejos es una tercera clave de todo el asunto. Un matrimonio, Felicia y Alberto. Un amigo común, Esteban, y la mujer con quien éste vive, Hilda Brauer. Desde hace un año Alberto, sin llevar a su mujer, pues Esteban e Hilda no están legalmente casados. va dos veces por semana a cenar en dicha casa, haciendo el trayecto entre su residencia de Belgrano y el apartamento de ellos, en la plaza Vicente López. Sobra añadir que, entre tanto, Alberto ha terminado por convertirse en amante de la compañera de Esteban. Esa noche, la noche del cuento, Felicia, por vez primera, decide acompañarlo. Esteban, antiguo conocido suyo, casi obligado por ella, también la ha invitado. Allí, poniéndose en evidencia, termina por concertar una futura ci-

ta con Esteban. ¿Cambio total de parejas, venganza, curiosidad que quiera saciar sus dudas, celos? Bianco no lo dice. Prefiere escribir otro cuento, el último del libro, "La visitante", en el cual Hilda Brauer. vista primero por la mujer de Alberto, es contemplada ahora desde la perspectiva del propio Alberto. Los diálogos que los dos amantes mantienen acerca de Esteban y de cómo, al final, esa mujer extranjera, dejara por fin a los dos hombres unidos a través de su recuerdo. Un esbozo, quizás, de la relación entre el narrador y el personaje de La pérdida del reino, cimentando su verdadera amistad a través de las mujeres que comparten.

El líbro concluye con una pregunta mundana. "¿Seguirá Ud. Hilda, siendo la viajera soñadora y errante, la que en Cannes, rodeada de ingleses, cruza apuestas fabulosas jugando al bacarat, la que se marcha al Cairo cuando el invierno avanza y, a la vuelta, pasea su aburrimiento entre dos judíos de perfil sinuosos, los labios displicentes, los labios marchitos, pintados de azul?"

Así, con estas palabras, "aburrimiento", "marchito", se cierran estas páginas sobre un mundo extinto. El mundo, el gran mundo, representando sus dramas en un apartamento porteño, alquilado para pasar el duro invierno europeo. Un libro poblado de muebles y de flores, de leves muselinas y pintores como Fortuny, ahora revalorado por Pere Gimferrer en la novela de igual título, que siempre roza el límite de lo prohibido y que parece contener todo intento de ruptura e insumisión, con una delicada y vibrante tensión de nervios a flor de piel. Como en el Mallea de Cuentos para una inglesa desesperada (1962) hay también aquí un énfasis poético en la teatralidad de ciertos gestos, pero los cuentos, en definitiva, atestiguan su voluntad de presentarse como tales. No trozos de prosa, o retratos de sociedad, sino narraciones que envuelven un suspenso graduado y en medio de su desenvolvimiento nos van revelando la catadura moral de los seres en cuestión. Es un libro incipiente y algo alambicado, pero es, también, un libro que se deja leer con interés. Así era la gente, entonces. Así, con un cambio de decorado, es también la gente ahora. Sólo que los sentidos de Bianco se conservan frescos en estas páginas: pefumes, músicas, perfiles, todo queda vivo allí. Bianco, nacido en

1908, año en que según dice Borges era fácil la esperanza, comenzaba su carrera de hombre de letras con algo que combinaba el encanto de la mundanidad refinada con el terrible dolor de las oportunidades perdidas, sin remedio. De ahí el título del libro: La pequeña Gyaros, esa isla griega a la cual se deportaban los criminales durante el imperio romano. Un poeta latino había escrito: "realiza una acción digna de la pequeña Gyaros / si quieres ser alguien. A la virtud todos la alaban, pero hiela de frío". Sólo el pecado. la culpa, la traición asumida como algo necesario, lograba otorgar algo de vida a ese mundo ya estéril, y clausurado sobre sí mismo.

Bianco, quien se definía a sí mismo como "un escritor sudamericano que algunas personas conocen en su propio país", concentraba lo mejor de su clarividente agudeza narrativa en ese mundo volátil, desarraigado, y por ello mismo mucho más doloroso, que desarrollaría en su restante obra narrativa. Aquello que llevó a Alvaro Mutis a afirmar, respecto de La pérdida del reino: en dicha novela "fluye y se manifiesta con terrible evidencia, la imagen y el más cierto sentido de nuestra condición de criollos, de hombres de dos mundos, con todo lo que significa de esterilidad, desconcierto, ambigua identidad e inevitable signo de prematuro deterioro". El primer Bianco, el de La pequeña Gyaros, ya comienza a modular en estas páginas los primeros acordes de ese tema capital.

#### NOTAS

1. J.G. Cobo Borda, "José Bianco: homenaje a tres voces", en La otra literatulatinoamericana, Bogotá, Procultura-El Ancora Editores, 1982, p. 62-70. Allí reproduje las notas de Borges (1944) y Alvaro Mutis (1978) sobre Bianco.

J.G. Cobo Borda, "José Bianco (1908-1986)", en Letras de esta América, Bogotá, Universidad Nacional, 1986, p. 169-178.

2. Páginas de José Bianco seleccionadas por el autor, Buenos Aires, Editorial Celtia, 1984. Es interesante comparar las dos versiones de "El límite" midiendo la distancia entre la incluída en La pequeña Gyaros y la recogida en este volumen antológico. Lo recargado y un tanto amanerado de la primera se vuelve fluidez y esencialidad en la segunda: Bianco tachaba lo supérfluo en aras de una ambigüedad mucho más desnuda.

# VIEL TEMPERLEY: ESTADO DE COMUNIÓN

por Sergio Bizzio

Viel Temperley nació en Buenos Aires en 1933. Con su primer libro, a los 23 años, obtuvo la Faja de Honor de la SADE. Entre ese libro y el último volaron 30 años. Sus lectores, pocos, hablan de Viel como de uno de los mejores poetas actuales. Ahora —el presente vale— llega de una sesión de rayos

y está en la cama, una frazada prolijamente doblada a la altura del pecho.

 Ojóó —hace, sonriendo, y en el piso suena el teléfono.

Por todas partes hay pequeños cuadros pintados por él o por Luisa, su mujer. Hay una biblioteca fina y alta rodeada de fotografías y un Cristo azul acosado por un bosquecillo de plantas sin flores. Viel no es un poeta de cuchicheo mallarmeano. No dice "un texto por fin real que será la explicación órfica de la tierra", ni "un Cosmos organizado bajo el signo de la belleza". El dice: "Lo mío tenía que ser todo un mundo". (Tiempo atrás, hojeando la novela de un sabio, rozado yo por el eco de su éxito, se me ocurrió que la percepción de la belleza tiene que ver más con las sensaciones que con el juicio —lábil ocurrencia, pero me gusta esa antigüedad. ¿No hay un dios que desaparece automáticamente si se lo toca demasiado?) Y si habla de sus libros —en este caso Legión Extranjera (1978), Crawl (1982) y Hospital Británico (1986)-, hace justamente lo contrario de las gentes que, diría Arreola, caen unas en brazos de otras sin detallar la aventura.

—Desenchufá —pide—. No quiero que me interrumpan.

Le digo que parece que hubiera entrado en escena de golpe, en este último año, cuando tiene nueve libros editados.

—Creo que eso es culpa mía. No hice ningún movimiento para acercarme. No estuve en ningún grupo. Siempre rehuí las presentaciones. Y hasta Carta de Marear, que apareció en 1976, había publicado cinco libros... pero yo tenía la intención de

romper mi poesía; la notaba demasiado rígida, como atada a un molde, un principio, un medio, un fin: sabía qué iba a decir. Después pasé de decir a ver, empezó a interesarme la poesía que me permitía no solamente esconderme sino evadirme y hacer un mundo, tener un mundo.

—¿Evadirte de qué?

—De lo excesivamente claro. Yo me destrozo en cada imagen para esconderme, pero dejo (por ejemplo en Legión Extranjera) citas y personajes que hacen de distintos poemas un sólo poema. Así que después de esto, cuando tuve oportunidad de mandar todo al diablo, me encierro con un título, Crawl, y la intención de dar un testimonio de mi fe en Cristo, al que nunca había nombrado: decía "Dios"; un dios panteísta, no el hijo, el hombre. Y el hecho es que me encuentro con mi poesía al no saber cómo hacerla. Termino explicando cómo se nada, como poner una mano al nadar... Pero descubro que para escribir Crawl tengo que aprender a rezar, y empiezo a tener una relación distinta con la oración y con el silencio. Y al fin de todo consigo mencionarlo como "éste" o "ese", con minúscula, porque en aquel momento de mi vida espiritual hubiera sido una mentira poner reiteradamente "Jesucristo". A lo largo del libro lo nombro una sóla vez. Yo no era dueño de ese

—Más que la búsqueda de El Nombre parece la búsqueda de un nombre. ¿O pensás que sos un po-

eta religioso?

—¿Un poeta religioso? No. De ninguna manera. Seré un místico, un poeta surrealista, cualquier cosa, pero no religioso. Hablo de marineros y de nadadores. Jesucristo aparece a través de un rufián, de un vago, de un bañero. Pongo "Besarme el rostro en Jesucristo" queriendo decir que Cristo me había llevado a besarme a mí mismo en él. En él, pero a mí mismo, eso es lo que me interesa. No me dirijo a él dejando de lado mi amor por esa chica al lado de la lámpara: lo busco ahí. Me bastó con haberlo puesto una vez.

Di testimonio. Macanudo. Ya después me copo con la tapa, con el marinero de la caja de cigarros John Player... Yo creía que existía. Me lo había presentado un tío en una pieza empapelada con flores. Y recuerdo que lo quise. Pero ahí dejé de verlo y no volví a encontrarlo hasta mucho tiempo después en un atado de cigarrillos. Había soñado con él, y lo tomé como la cara de Cristo. Dios es idéntico a un marinero, tal vez un marinero judío, por la mandíbula tan fuerte, cuadrada. En lugar de un salvavidas, entonces, le pedí a un amigo que dibujara una corona de espinas. Finalmente se me ocurrió acompañarlo con la diagramación. Si mirás Crawl desde arriba es como un cuerpo que va nadando. Yo desplegaba el poema en el suelo y me paraba en una silla para ver dónde había algo que se saliera del dibujo. Me pasaba horas arriba de la silla fumando y mirando, y corrigiendo para que tuviera esa forma. Incluso trato de que las estrofas no tengan puntos hasta la tercera parte, porque quería que fuera un respirar, quería que cada brazada fuera una respiración. Solamente al final, cuando habla con otros hombres, hay puntos y cortes. Pero donde es pura natación, son estrofas.

—¿Y en cuanto al leit motiv "Vengo de comulgar y estoy en éx-

tasis"?

-Eso sucedió un día en que estaba terriblemente angustiado y me metí en el Santísimo, la Iglesia que está acá atrás del Kavanagh. Sin embargo no soporté estar ahí adentro. Salí, me senté en el pasto, en la plaza, y tuve de pronto una sensación de éxtasis extraordinaria... Y me dije que ese era el motivo para empezar cada parte. Y en la primera sigue "aunque comulgué como un ahogado". Eso, como un ahogado... Otra vez, yo venía caminando por el puerto, y entre una fila de plátanos sentí un ataque de Dios, el golpe de Dios, y me puse a llorar. Hay un plátano en Crawl. También recuerdo que cuando yo era muy chico vivía en Vicente López, y todas las mañanas mamá me llevaba al río, cargado en la espalda. Yo todavía no sabía caminar. Y un día me caí al agua. Recuerdo que estaba sentado debajo del agua en paz, sin extrañar absolutamente la vida, la respiración, el mundo. Lo único que sentía era el éxtasis de ver una pared color tierra cruzada por el sol: era un manto anaranjado que yo tenía ante los ojos. Y era feliz.

-En El Nadador escribís "...agua

ella y respiraba". -Respira el cielo. Por eso en la vida en el mundo. Crawl me quedo tranquilo hasta que un día nublado estoy en una playa y al cerrar los ojos sale el sol y veo que iba a escribir acerca de esos dos tipos haciendo guardia en la arena. Ese libro sería Hospital Britámi mujer. Nos sentamos delante de apareció nada. un pabellón, al que llamo Pabellón Rosetto. Volaban unas mariposas y había unos eucaliptus muy hermo- nico.

sos, nada más que eso, y fui rode-

tan azul que el hombre / entraba en ado y traspasado por una sensación de amor tan intensa que me arruinó

−¿Cómo?

—Sí, la sensación de estar rodedos figuras blanquísimas, y me dije ado por cielo, y de que ese cielo me tocara como carne, y que podía ser la carne de Cristo y que al mismo tiempo lo tenía a Cristo adentro... nico. Yo estuve en el Británico. Caí Yo era amado con una intensidad enfermo cuando ví a mamá que que estaba en el límite de lo soporquería morirse, y murió cuatro días table. Eso duró una semana. Cuandespués de que a mí me trepanaran. do volví a casa me tiré en el living y Habíamos pasado tres meses los abrí la ventana para que el viento dos tirados en la cama. Bueno, me moviera la enredadera y estuve hasoperan del mate y a los dos o tres ta el amanecer tratando de recupedías salgo al jardín. Iba del brazo de rar ese estado de comunión, pero no

-Bueno, apareció Hospital Britá-

-El libro de un trepanado. El que

escribió ese poema no existe más. Yo, en aquél entonces (no sabía que iban a darme rayos) salí volando con la cabeza abierta: iba a escribir. Se me ocurrió la solución de las esquirlas, lo ordené, escribí lo que habla de la muerte de mamá... y el resto en el estado de un tipo que se había salido de la realidad porque tenía un huevo en la cabeza. Después sí, después tienen que darme rayos. ¿Quién carajo armó todo eso? No tengo idea. Llega gente, vienen a visitarme, caen cartas, pero lo que yo tengo que ver con el efecto de ese libro es muy poco. No soy el autor de eso como de Crawl. Hospital Británico es algo que estaba en el aire. Yo no hice más que encontrarlo. Hospital Británico me permite creer que me salí del mundo y no sé para qué. El cielo estaba en la enfermera que pasaba...

# El espigon mas largo, el aviso y el crawl

Vengo de comulgar y estoy en éxtasis aunque comulgué como un ahogado

mientras en una celda de mi memoria arrecia la lluvia del sudeste,

igual que siempre

embiste al sesgo a un espigón muy largo,

y barre el largo aviso de vermut que lo escuda

con su llamado azul, casi gris en el límite,

para escurrirse por la tez del mundo hacia los ojos de los nadadores:

> dos o tres guardavidas dos adolescentes

y un vago de la arena que cortaron con una diagonal

el mar desde su playa.

Viel Temperley

# Voz BAJA\*

#### por Luis Chitarroni

Alan Pauls había propuesto inicialmente que esta reunión se llamara "miseria de la crítica", y fue a partir de eso que escribí las páginas que siguen, más entusiasmado que crítico y con una lejana simpatía por cierto lejano fervor, pero casi sin ninguna certidumbre. Pido por primera vez (aunque esto se repetirá) disculpas.

#### Una justicia idéntica

Fue miseria y no crítica la palabra clave. Miseria no evocaba en mí ninguna relación especial, nada suntuoso a la manera de "Miseria y esplendor de la traducción", de Ortega. Ninguna respuesta inteligente tampoco, como la "Miseria de la filosofía", de Marx. Miseria significaba algo complicado, lo suficientemente confuso como para retroceder y empañarlo con un eufemismo. La miseria, para los que hablamos el idioma de los argentinos, es una villa: un territorio ocupado por casitas bajas de chapa del que nunca nos cansaremos de contar -capciosos, miserables, muy clase media- las antenas de televisión. La miseria se oculta, y a esa bondad se le ocurre algo urgente y eminente: emergencia. La miseria de la crítica es entonces la emergencia de la crítica. ¿De una nueva crítica? ¿Cuál era la vieja? ¿Nueva respecto de aué?

(Para no contestar esas preguntas, tendré que formular otras. Voy a tratar de prescindir de la biografía, aunque no creo que importe, después de todo, si aquí o allá me llamo a mí mismo yo.)

—¿Qué creía que era la crítica?

—La crítica era para mí un instrumento portátil, monótono y preciso, útil para dar cuenta tanto de los aforismos de Karl Kraus como de los

rismos de Karl Kraus como de los Adagia de Wallace Stevens, de las disgresiones metafísicas de Macedonio como de las monodias (con y sin mayúsculas) de Girri. Pero un instrumento portátil monótono y preciso es un metrónomo, una máquina de escribir, cualquier cosa. No la crítica.

-¿Y qué reconocía como crítica? —Durante la década pasada, algunas desviaciones, algunas emergencias. Emergencias reales del peligro real de que una voz contradiga ciertos dictados, analice y profetice: pronostique. La indisciplina, siempre, la indisciplina. Si me obligara, yo elegiría un artículo de Oscar Masotta: "Roberto Arlt, yo mismo". (Cierto que es un artículo que supone un cierto background, pero es que la crítica necesita, aunque el lector se acerque sin preocupaciones, que crea en cierta "familiaridad" que lo precede.) ¿Por qué? Por su intrepidez, por su intemperie, por su sabiduría desbocada, por esa apelación un poco vehemente a autoridades y lectores que no necesita convertir a los primeros en patrones ni a los últimos en caníbales. Por su intuición miserable que prescinde de todo didactismo: Masotta habla allí de una "literatura de tonos" y hace poco, Alan Pauls, en un trabajo sobre "Las malas lenguas" de nuestra literatura, descubría para un asombro que me gustaría compartir que las sutiles inflexiones de violencia en las páginas de Borges y Bioy (o de Osvaldo Lamborghini) son tensas consignas clandestinas de furor capturadas por el oído interno para que se las desarrolle en esa especie de voz baja del pensamiento que es la escritura de una zona literaria argentina, la zona empotrada en la maledicencia de esas "malas lenguas"

Pero un tono era también lo que Masotta encontraba, ni más ni menos. Un tono que le permitía, hablando de Roberto Arlt y de sí mismo, hablar de la muerte de su

\* Este texto fue leído en la reciente Feria del Libro en la presentación de un libro de Alan Pauls sobre La traición de Rita Hayworth de Manuel Puig que forma parte de una colección de Editorial Hachette dedicada a la crítica literaria.



padre, de su cara en el espejo, de hablaron del panóptico de Benjadel Profesor Sánchez Sorondo.

Arlt? En esa fusión entrañable, en librero Las flores del mal de esa imposibilidad de despegarlo de la crítica como una escala real de valoraciones más o menos arbitra- mento tóxico, y todo resulta mentira rias y una ficticia magnitud de objetividad que charla sus hallazgos a la ligera. Pero eso era autobiografía -objetarán. La duda ha demostrado que tiene algo podrido que puede revertirse: siempre es suficiente.

Aunque ya no esté de moda, nadie se escandalizará de que cite a Roland Barthes, al Barthes de La chambre claire, un pretexto asimétrico que incluye franjas de seguridad alarmante en un contexto por lo general no asertivo. Barthes dice: "La historia es histérica", y sospechamos que el juego de homofonías siempre es peligroso, hasta para R.B. Agrega: "sólo se constituye cuando se la mira", y, juiciosamente, empecinados todavía en no entender del todo, bajamos la vista. Un breve reconocimiento basta para constituir, me parece, al lector. Un breve reconocimiento de cierta evasiva falibilidad nos demuestra que los buenos críticos - Borges, Masotta, Barthes- tienen razón aun equivocándose, aun careciendo de un instrumento portátil.

#### Tenues avisos espirituales

Monótona y precisa, en cambio. un sector de la crítica está extasiado con los sistemas, y en realidad no hay nada que objetar porque, aunque no nos guste posar de estetas, la simetría produce cierto éxtasis. Pero no deberíamos creer que cualquier simulacro aparatoso es un sistema. Deberíamos precavernos. La monografía de un buen empleado de la crítica puede dar, en el mejor de los casos, un prolijo porcentaje estadístico; en el peor, monoblocks escarpados que escamotean de la crítica su miseria, remisiones descaradas a tal o cual estridente eminencia, o, mejor, a tal o cual remota autoridad cuyo virtual aporte es, todavía, el secreto de unos pocos. Porque no podemos creer que cierta frivolidad no sea pertinente. ¿Qué me pondré bajo el brazo este invierno?, preguntábamos, jorobando, los integrantes de esta mesa. El problema es que a veces esos tenues avisos espirituales se convierten en un tenebroso juego de atribuciones: ya hubo quienes

Murena, de Viñas y de los trabajos min. No faltará mucho para que, fingiéndonos alarmados, nos alegre-¿Y dónde estaba, dónde quedaba mos porque alguien ha pedido al Baudrillard.

> En cualquier chiste hay un elesi el sistema probatorio quiere probarse a sí mismo que el esplendor de la crítica puede olvidar la miseria emergente de un encuentro fortuito, de lo que se nos ocurre a toda marcha, como destrucción constitutiva de un texto que, en caso contrario, avanzaría de rodillas. Esto no quiere decir que destruyamos -o intentemos destruir— el formalismo ruso, ni que practiquemos la amnesia con Foucault porque un francés acatarrado tiene ganas de ser "el último". Destruir ciertas intrusiones puede dejarnos en la ruina, que es la miseria estricta.

Cuando una épica de la destrucción del texto pide quedar a la vista, el consorcio decreta la vigencia de un nuevo reglamento: pueden quedar afuera las "intenciones", y adentro, cuerpos, notoriedades, genealogías, o viceversa. Ahora bien, sin pretender autonomía (pero sin oponer resistencia a ser juzgada. puesto que es crítica), un nervioso temperamento ha entronizado el devastador hábito de no consultar al lector para ejercer su dominio. Al lector, al primer lector: el crítico. Ese "inocente descarriado" (así solía llamar Ben Jonson a la víctima de la que era víctima) proclama, por ejemplo: "La libertad y el aprendizaje en las novelas de Jane Austen", o, para citar un ejemplo claro a los lectores de Salinger, "La genitalidad de Flaubert en sus novelas y cuentos". Es bastante lógico que el frugal espía, nutriéndose de brevedades o efusiones, produzca un lógico sistema que articule fatal u obviamente la presunción de avasallamiento en la relación institutriz/niña o que descubra un busto de Flaubert rematado por el bulto escrotal. Nada más verosímil que ese crítico, sojuzgado por las ficciones que anima. Nada menos temperamental, más decepcionante.

La crítica debería poder prescindir de las gestiones del gusto, como sugirió Pierre Ménard a través de su amanuese, pero en esos casos su vocación teórica está asegurada. Uno se puede asomar sin vértigo a la teoría literaria y maravillarse. Puede verla como espacio de intrigas, como espectáculo de servi-

dumbres, como consultada programación de relevos, como digno y ocurrente repertorio de análisis. Pero la crítica no es la teoría. La crítica es definitivamente más pobre, más empeñosa. Puede poner —y debe atisbos teóricos, pero no puede descuidar sus omisiones, no puede disimular sus agravios. Lisa y llanamente debe entender que no nació para ser rica sin quejarse de esa distribución, porque le conviene, sin preocuparse por ese conjetural determinismo. Debe extraer de esa pobreza la cortesía de sus pudores.

Después de descuartizar casi con ternura a la mayoría de sus contemporáneos, Alberto Cardín, poeta y crítico español, baja la voz para de-

> "Nadie, espero, tome en serio estas afirmaciones. No hay en poesía crítica válida, y la mejor crítica es siempre el ataque. Por lo mismo que el mejor crítico es el que se identifica con el propio verso, que sólo respeta los atisbos que del mismo percibe en los demás. Esto, o las secuencias rítmicas y la crítica temática, propias para siglos de oros. Sólo espero para mí idéntica injusticia.'

Nadie tome en serio estas afirmaciones. Sólo espero para mí idéntica injusticia: respeto, coraje y cortesía. Cardín, crítico, no puede decirlo todo. No quiere defenderse detrás de ninguna estrategia impersonal. Claudica parcialmente, gesto que indica, sin embargo, que ha comenzado la batalla.

#### EL cocodrilo anímico

Pero cuando no se trata de poesía, algo más que las secuencias rítmicas y la crítica temática se pide. Se trata de Puig, y Puig no es un autor, es casi lo contrario de lo que estamos habituados a llamar un

> "Para Puig (...) la rectitud es el sitio a que van las ilusiones a morir: una boquita pintada de provincias que se frunce en la vejez metropolitana y burguesa, una carta que leerá, junto con el lector, fatuo, el fuego que consume, párrafos dulcemente joviales que dejan un sabor de tristeza al final del libro. Es, como se ve, un sentimentalismo ambiguamente asumido: no hav que creer mucho en las lágrimas novelísticas de Puig, pues ese escritor que duerme a la orilla del agua en que contempló sus ondas de recuerdo, no es un narciso fati

gado en el autoerotismo ni el tronco inerte que parece de lejos, sino
un peligroso cocodrilo anímico,
con una piel tan correosa como
aviesa son sus intenciones para
cualquiera que caiga inadvertido
en el doble estanque provinciano
de las costumbres rancias y la
conversación amable. (Nota bene:
leer a Jane Austen después de leer a M. Puig, o leer a M. Puig después de leer a Corín Tellado.)

Esto fue escrito críticamente por un gran escritor, Cabrera Infante, al promediar la década del sesenta.

Alan Pauls en su trabajo sobre La traición de Rita Hayworth va más lejos. Puig no es una textura estilística sino una colección de estilos, un conjunto de texturas estilísticas que, condenadas a la literatura, llevan al pie una firma, la firma de alguien que no es el artista artesano siempre a punto de recordar que esa atenuación, ese anfiteatro o ese crepúsculo son su huella digital.

Escribe Pauls:

"...es erróneo hablar de estilo en La traición y en Manuel Puig. El estilo es ese uso privado del lenguaje contra el cual la escritura de Puig planea sus insurrecciones. Decir que se trata en realidad de un estilo "coloquial" no resuelve el problema. Mientras permanezcamos en la órbita del estilo seguiremos sin entender en qué consiste el rabajo puiguiano. No es cuestión de impugnar un estilo para defender otro, un estilo hablado contra un estilo escrito, la baja oralidad contra la alta escritura. Puig sabe muy bien que no hay mejor escondite para el estilo que los estilos menos "literarios". En él, ningún populismo, ninguna condescendencia. (...) No hace falta ser letrado para tener un estilo. Hay estilos vulgares, estilos naturales, estilos pobres: no basta con alejarse de la literatura para atentar contra la idea de estilo. Un sentimiento personal, una angustia o una pasión, la marca de un origen social o la fatalidad de la pobreza: en todos estos avatares se esconde un estilo, fermenta la posibilidad de que un sujeto posea el lenguaje y traduzca su sentimiento, confiese su angustia, revele su pasión, delate su origen social o dramatice su pobreza. Tampoco es la evidencia de una variedad lo que acabará con el estilo: más bien tenderá a consolidarlo. Mientras el estilo siga fundado en ese encuentro privilegiado entre un lenguaje y un sujeto, no habrá multiplicidad que lo haga temblar: la polifonía también puede ser apenas un pluralismo de idiolectos."

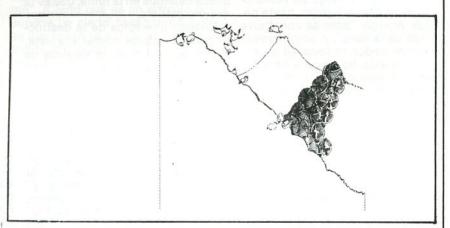
Uno podría quejarse de que haya sido un solo lector crítico el que ha escrito esto, pero me gustaría insistir aquí (abusando de la paciencia de los que oyen) en que consideremos al crítico no un lector privilegiado, que termina siendo un lector superfluo, sino un lector múltiple, una múltiple posibilidad de estrategias.

El libro de Pauls sobre La traición... demuestra que un crítico es una multiplicidad capaz de hacer temblar los hábitos de lectura. Y ya dentro del estilo de la pobreza al que los he acostumbrado, no me queda más que el deseo de dramatizar mi encuentro con este texto: empecé leyéndolo con alivio, asintiendo; a medida que me adentraba iba persiguiendo cada vez más envidiosamente a ese lector/escritor

protegido por la invulnerabili-

dad de una fluidez pasmosa, parecía encontrar siempre la contraseña ideal para que su relevo continuase; y terminé dudosamente de pie, leyendo en voz alta. Leyendo en voz alta este texto sobre La traición... que no fue escrito para ser declamado sino para esa voz baja de la que hablaba un filósofo austríaco que pensó siempre muy cerca del oído: "Así como a veces se puede reproducir una música sólo en el oído interno, pero no silbarla porque el silbido ahoga la voz interna, así también algunas veces es tan baja la voz de un pensamiento (...), que el ruido de las palabras habladas lo ahoga y ya no se puede oírla, si a uno se le plantea una cuestión y tiene que responderla".

Por eso también he querido reconocer en voz alta esta deuda en voz



# PRÓXIMOS NÚMEROS

Enrique Molina / Desamparo junto a un muro

Silvina Ocampo / Cuento

Natalio R. Botana / Actualidad de Tocqueville

Irving Howe / Disidencia en Estados Unidos

Paul Veyne / Los juegos olímpicos: pasado y presente

Luis Gusman / Entrevista

Pierre Schneider / Rostros de Giacometti

# PARAGUAY: RETÓRICA Y REALIDAD

#### por Rubén Bareiro Saguier

Traducción de Marcela Pimentel

La dramática situación en la que viven los indios guaraníes en Paraguay fue puesta de relieve en el reciente film La Misión. La película muestra cómo los indios guaraníes fueron introducidos al cristianismo por la influencia española al principio del siglo XVII, y a través de los iesuitas, sólo para ser entregados en manos de crueles explotadores cuando la orden fue expulsada del Paraguay en 1768. Desde entonces, los descendientes de los guaraníes encontraron su lenguaje y su cultura ignorados, cuando no abiertamente perseguidos, mientras el poder blanco era ejercido por la pequeña mayoría "blanca" que alegaba un linaje directamente europeo.

Desde que el general Alfredo Stroessner llegó al poder, en 1954, ha existido un énfasis oficial sobre el Paraguay como un país con herencia dual, española e indígena. Se supone que el castellano y el guaraní tienen el mismo uso e importancia y existe un respeto oficialmente proclamado por el modo de vida guaraní. Pero la realidad es muy diferente. El debilitamiento de esta cultura divergente dentro de la nación paraguaya atenúa lo que podría ser una fuerza poderosa de cambio, y la actual dictadura, la más larga en América latina, busca la inmobilidad por sobre todas las cosas. Rubén Bareiro Saguier fue deportado del Paraguay en 1972 y actualmente trabaja en el Centro Nacional de Investigaciones Científicas en París. Aquí examina cómo las autoridades continúan minando la lengua guaraní mientras se proclama lo contrario.

Parecería que vale la pena recordar los hechos básicos con respecto al bilingüismo actual en el Paraguay. El país es un caso especial en el subcontinente latinoamericano. No es que el guaraní sea el único sobreviviente de un lenguaje incoamericano, ni tampoco el único con un gran número de

hablantes. Existen entre 3 y 4 millones de personas que hablan el guaraní y que viven en Paraguay, Argentina y Brasil, frente a los 12 millones que hablan quechua en los países andinos. Lo que es único es que nuestro lenguaje indígena haya permanecido como lenguaje común de una sociedad nacional: en Paraguay cerca del 95 % de la población lo utiliza. Sólo el 5% de los paraguayos son monolingües en castellano y el 50% habla en guaraní solamente. El 45 % restante son bilingües, como uno u otro lenguaje predominante de acuerdo a la región. Además de este uso generalizado, el guaraní se utiliza por todos los grupos sociales y es hablado más en el campo que en la ciudad.

A pesar de todo esto, el guaraní está marcado con el estigma de la opresión: es el idioma de los dominados. El castellano es necesario para el avance cultural y económico, aún cuando hay muchas profesiones para las cuales el guaraní es indispensable (medicina, leyes). La relación entre las dos lenguas apunta hacia un proceso de colonización interna que comienza en la propia Constitución Nacional. El Artículo Quinto señala: "Las lenguas nacionales de la República son el castellano y el guaraní. El uso oficial es dispensado al castellano."

Este énfasis desigual se refleja en el campo de la educación. Aquí ha sido impuesta una especie de amnesia en relación a la lengua y a los valores guaraníes. En los establecimientos educativos se enseña una historia que comienza con la colonización española. El mundo guaraní ha sido relegado a una región nebulosa donde "la nobleza de la raza ancestral" se mezcla con "indios bárbaros y salvajes", un ejemplo de la capacidad mental colonialista para contradecirse a sí misma. Todos los héroes en el calendario nacional son los de la Colonia o los de la república mestiza que la sucedió

Mientras ni una sola calle lleva el nombre de los líderes de la resistencia contra los españoles, las principales avenidas de la capital, Asunción, y de otras ciudades importantes, rinden tributo a los amigos y aliados de nuestro dictador (tales como el Generalísimo Franco o Anastasio Somoza).

El general Alfredo Stroessner siguió muy de cerca la tradición nacionalista que emergió en Paraguay en los años '30, y cuyo principal fundador y teórico fue Natalicio González (1897-1966). Hombre político y escritor (tuvo la presidencia de la República durante seis meses en 1948-1949), González propuso su propia forma de nacional(social)ismo, donde absorbió y adaptó las corrientes totalitarias en ese momente en boga en Europa a las circunstancias específicas de la sociedad paraguaya. Hizo uso de principios altisonantes para conciliar una interpretación de la historia destinada a ganarse a la opinión pública para sus propios fines. Sus métodos incluyeron la promoción de "virtudes ancestrales" y la distorsión de la naturaleza de la cultura paraguaya.

Por más de 30 años, la dictadura de Stroessner ha ido perfeccionando esta doctrina "nacionalista", utilizándola para condicionar a la sociedad paraguaya. La lengua guaraní y su cultura son ensalzadas en los discursos oficiales, cuyo principal exponente y defensor es el mismo general Stroessner. "Alma de nuestra raza", la "raza exaltada". "nuestra melodiosa y sublime lengua", son frases empleadas extensamente a través de los años: mas poco se ha hecho activamente para apoyar la lengua o la forma de vida quaranies. Las escasas iniciativas han sido casi exclusivamente empleadas para la propaganda demagógica. Así, la "enseñanza" del guaraní ha sido engañosamente incorporada en la escuela primaria y secundaria y un esquema piloto de alfabetización guaraní ha sido puesto en marcha, cuyas características discutiremos después.

#### Medio preferido

El ministro de Educacióan ha creado algunos centros experimentales donde se lleva a cabo la "enseñanza bilingüe" durante los tres primeros años de la educación primaria. Los resultados son claros en base a una encuesta de alumnos a

punto de ingresar en el 4º año. Ha- labras cotidianas" en castellano bía un 55 % de monolingües en castellano, un 46 % de alumnos bilingües y sólo el 7% de aquellos para quienes el guaraní es su única lengua fueron capaces de pasar la prueba de lectura. Además, los números oficiales del ministro muestran que en el programa de los primeros tres años, de 1979 a 1981. el 35 % de los alumnos enrolados no completaron el curso. "Esta situación es muy seria", de acuerdo con el experto paraguayo en educación G. Corvalán, "cuando uno considera el número de años que esos niños gastan en su educación. En las áreas rurales, el cuarto año, o como máximo el sexto, marca el final de su escolaridad. Ya que el castellano es solamente usado en las escuelas de estas áreas rurales, el niño sufre un retroceso veloz hacia el analfabetismo por falta de práctica".

Estos resultados son la consecuencia inevitable de un sistema que contiene una visión distorsionada del papel que juegan uno u otro idioma como conductores de la "cultura". Los mismos profesores consideran el castellano como el medio preferido para impartir conocimientos, y frecuentemente faltan la habilidad o el conocimiento para adoptar un más amplio acercamien-

#### Proyectos de alfabetización

Fuera del ámbito escolar se han aprobado dos proyectos de alfabetización guaraníes, uno a cargo de una agencia gubernamental, el otro por la iglesia católica. El proyecto del ministro de Educación comenzó en 1968 y fue implementado en "centros de alfabetización". El método gira en torno del uso de "palabras cotidianas", que se encontrarán en el manual del curso, el Alfabeto Guaraní. Este es una traducción literal del manual de alfabetización venezolano Rompiendo las Cadenas, del cual fueron donados 100.000 ejemplares por el gobierno venezolano. Pese al hecho de que en la introducción se señala que está "adaptado" a las circunstancias paraguayas, allí ni siquiera los emblemas nacionales han sido reproducidos fielmente (hay errores en los colores de la bandera nacional y en fechas históricas importantes, y Bolívar aparece como un héroe de la independencia paraguaya, etc.). Muchas de las "pa-

son de origen caribeño y simplemente no son usadas en Paraguay (maraca, godo, lama, fuste, caimán, etc.). Algo similar ocurre con dichos, expresiones y refranes populares. que son diferentes a los que circulan dentro de la tradición oral paraquava contemporánea.

La segunda mitad del libro cuenta la historia de Juan Rojas, un pobre peón de estancia quien, a fuerza de 'voluntad, esfuerzo y dedicación", hace un progreso asombroso gracias, entre otras cosas, a su período como conscripto en las fuerzas armadas, convirtiéndose con el tiempo en propietario de tierras y casándose con la hija más bella del estanciero. Un campesino self-made man sacado de las páginas de una novela romántica.

Sin embargo, algunas secciones de Rompiendo las Cadenas han desaparecido totalmente del Alfabeto Guarani. Son las que se refieren a los derechos humanos y civiles (el respeto por la vida y la libertad) y aquéllas que hablan sobre el derecho al trabajo. Cualquier mención de sindicatos ha sido eliminada de la misma forma, incluyendo cómo funcionan el derecho a la organización colectiva y cualquier mención sobre cooperativas obreras. Estas omisiones son un claro ejemplo de cómo las autoridades paraguayas no pierden oportunidad para limitar el desarrollo social de sus ciudada-

El segundo proyecto de alfabetización fue puesto en práctica en las comunidades rurales de Tuna y Jejui, donde asociaciones agrarias inspiradas en las ideas de la teología de la liberación fueron impuestas a fines de los '60. Aquí, los experimentos de alfabetización se basaron en los métodos del brasileño Paulo Freire, donde es usado un vocabulario "generativo" que se refiere directamente a la vida diaria de los campesinos, de cuya discusión emerge la conciencia estudiantil de la situación social de hombres y mujeres, y vincula estrechamente el poder de la lectura con el poder para cambiar esa situación por una mejor. El proyecto de las asociaciones agrarias comenzó en 1972, pero fue conducido a un abrupto final en 1975, cuando las tropas atacaron y destruyeron sus comunidades. Los dirigentes de las asociaciones fueron muertos, muchas de sus mujeres violadas y el cura local, Braulio Maciel, fue tiroteado y herido. Para un gobierno como el de Stroessner, el florecimiento de una alfabetización efectiva vinculada a un movimiento campesino organizado, en un país en gran parte rural, significaba un grave peligro.

El tema de la alfabetización es sólo un ejemplo de las políticas educativas del régimen hacia culturas indígenas. (Debe recordarse cuán abajo están en la lista las prioridades educativas: en 1979, el 1.96 % del presupuesto nacional fue dedicado a educación, en contra del 27% para defensa.) Un decreto reciente, el Nº 38454, establece los "objetivos del gobierno para la educación primaria". El texto abunda en rasgos exaltadamente chauvinistas. Por ejemplo: "La educación paraguaya deberá dirigirse a sí misma hacia el aseguramiento de que cada persona cultive un patriotismo saludable, basado en el respeto y en la veneración de los valores históricos que fortifiquen nuestra identidad nacional y refuercen aquellos sentimientos que tipifican el carácter paraguayo, con la aspiración de apoyar y defender la autonomía, la seguridad y la soberanía nacional". El decreto prosigue hablando de "asegurar que cada persona tenga la misma igualdad de oportunidades para un máximo acceso a la cultura por medio de las dos lenguas nacionales". Después de esto es interesante leer el Art. 2: "La educación primaria está encaminada a asegurar que cada niño o niña, de acuerdo a sus habilidades, puedan comprenderse y comunicarse confiadamente en ambas lenguas nacionales y desarrollar las habilidades básicas de comprensión, habla, lectura y escritura en castellano - comprensión y lectura en guaraní".

El dictador Stroessner ha utilizado el sistema educativo para reforzar los intereses del grupo dirigente en detrimento de la mayoría de los paraguayos que hablan el guaraní. Aunque está aprobado oficialmente, el bilingüismo es de hecho desalentado y la lengua guaraní no se usa para ayudar a salir adelante a los analfabetos, lo cual afecta posiblemente al 40 % de la población. Este desprecio ha negado a la lengua y a la cultura indígena del Paraguay cualquier posibilidad de contribuir al cambio y progreso de la sociedad: lo que, por supuesto, sirve a las aspiraciones de autoperpetuación de la actual dictadura.

© Index on Censorship.



# Por derecho y elección los extranjeros votan.

Ayer, con ese derecho, hombres y mujeres de todo el mundo eligieron a la Argentina como país. Hoy, la democracia los convoca a participar eligiendo concejales y consejeros vecinales en las elecciones del 6 de setiembre próximo.

- Pueden votar los extranjeros con más de cinco años de residencia en el país y que actualmente tengan domicilio en la Capital Federal.
- La Justicia Electoral habilitó, a partir del lunes 15 de junio y hasta el 20 de julio inclusive, 12 lugares de inscripción.
- Si no tiene Documento Nacional de Identidad de Extranjero, tramítelo en el Registro Civil cercano a su domicilio presentando la documentación que posea.
- Los Registros Civiles, como así también el Registro Nacional de las Personas y la Dirección Nacional de Migraciones, habilitaron oficinas de asesoramiento para agilizar la realización de los trámites correspondientes.
- Las sedes electorales tendrán mesas exclusivas para extranjeros.

Las direcciones autorizadas a realizar el empadronamiento son las siguientes:

Uruguay 740 Sarandí 1273 Lafuente 2668 Rivadavia 7202

S. de la Frontera 5.172 Uruguay 759 Guzmán 780 Miller 2.751

Mendoza 2.377 Córdoba 5.688 Tucumán 1.320 (bis) Leandro N. Alem 232



# Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires

# Editorial Sudamericana novedades

## ONDINA SUPERTRAMP Emilio Rodrigué

El psicoanalista revolucionario, el hombre que procuró incursionar en todas las experiencias del vivir, ofrece un nuevo tomo de su autobiografía, que es mucho más que eso: una imagen del amor y la plenitud del existir. "Escribir lo que vivo y vivir lo escribo": tal es el lema del autor.

# TEXTOS COSTEÑOS II Gabriel García Márquez

Crónicas diarias que son como breves ficciones deslumbrantes de gracia. Y una multitud de temas: la defensa de la guaracha, un tropezón de Bernard Shaw, las posibilidades de la antropofagia... A partir de hechos minúsculos, resurge el prodigioso don de contar de García Márquez.

#### CHINA DESPUES DE MAO Alieto Guadagni

Un minucioso análisis que muestra los cambios ocurridos en China tras la muerte de Mao: proceso de reforma, de modernización, y paso del orden totalitario a un autoritarismo más benigno. Este proceso de cambio se estudia como un aspecto positivo y con relevancia para nuestro país.

## TRES TRES MORRONGOS María Elena Wlash

Un libro con deliciosas ilustraciones que hace llegar a nuevas generaciones de niños la gracia, la fantasía y el humor de María Elena Walsh. El regocijo infantil se encuentra así con la aventura permanente de lo que se le cuenta y la recreación no menos fantasiosa de los dibujos de Vilar.

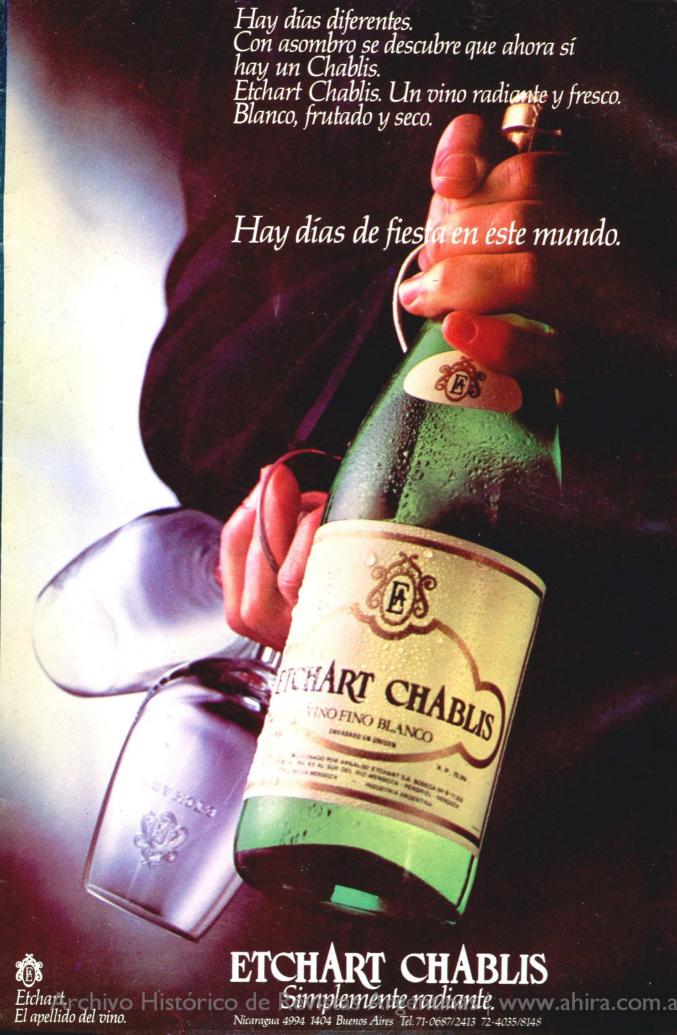
### LOS REYES Julio Cortázar

Un texto ya clásico del joven Cortázar: un poema dramático de tenso lirismo que recrea el mito de Minos, Teseo, Ariana y el Minotauro desde las perspectivas del rey, el héroe, la anhelosa alma femenina y el monstruo.

# Editorial Sudamericana S.A.

HUMBERTO 1º 531 ● 1103 BUENOS AIRES ● Rep. Argentina 

2 362-7496/2128/7364 ● Télex Sudamericana 25644 SUPLA AR



# La gran novela que identificó a Latinoamérica, a 20 años de su aparición

# Gabriel García Márquez



Cien años de soledad

Editorial Sudamericana

#### OTRAS OBRAS DEL MISMO AUTOR:

- \* LA AVENTURA DE MIGUEL LITTIN CLANDESTINO EN CHILE
- \* EL AMOR EN LOS TIEMPOS DEL CÓLERA
- \* RELATO DE UN NÁUFRAGO
- \* EL OLOR DE LA GUAYABA
- \* CRÓNICA DE UNA MUERTE ANUNCIADA
- LOS FUNERALES DE LA MAMA GRANDE
- \* EL CORONEL NO TIENE QUIEN LE ESCRIBA
- \* LA HOJARASCA
- \* LA MALA HORA
- \* OJOS DE PERRO AZUL
- \* EL OTOÑO DEL PATRIARCA
- LA INCREIBLE Y TRISTE HISTORIA DE LA CÁNDIDA ERÉNDIRA Y DE SU ABUELA DESALMADA



Editorial Sudamericana



v.ahira.com.ar